FLORILEGIO DE POESÍAS CASTELLANAS

DEL SIGLO XIX

162 f

FLORILEGIO

DE

POESIAS CASTELLANAS

DEL SIGLO XIX

Con introducción y notas biográficas y críticas

POR

JUAN VALERA

De la Real Academia Española.

TOMO III

9893
14/1

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera de San Jerónimo, 2

1902

MADRID, 1902.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4

DON JOSÉ ZORRILLA

LA NOCHE DE INVIERNO

Á Don Genaro Villaamil.

Pintor, el viento se estrella
Bramando en esa ventana:
En pos de su airada huella
La lluvia y la noche van;
Prepara lienzo y pinceles,
Yo escribiré tu pintura,
Y conquistemos laureles
Al través del huracán.
Agua las nubes abortan;
Se ve la lumbre amarilla
De las centellas, que cortan
Nubes y lluvia al caer;
Se oyen girar las veletas
Sobre la gigante torre,
Y las pizarras sujetas
Agua y viento repeler.

Se ven oscilar tus lienzos,
Del crudo viento impelidos,
Que por los vidrios hendidos
Penetra inquieto hasta aquí.
Esos retratos colgados,
Que unos con otros se chocan,
Son escudos conquistados
Y blasones para tí.
Y se oye el son temeroso
De campanas que rompiendo
De los hombres el reposo,
Conjuran la tempestad:
Se oye en la calle azorado,
De alguno que huye la lluvia,
El paso precipitado
Cruzando en la obscuridad.
Encendamos una hoguera
Cuya roja llama alumbre
Esos rostros en hilera
Colgados en la pared:
Que mecidos por el viento
Y animados por la llama
Nos darán un pensamiento
Y una corona tal vez.
Tú tienes dentro la mente
Galerías, catedrales,
Y todo el lujo de oriente
Y un mundo para pintar:
Tú tienes en tus pinceles
Derruídos monasterios,
Con aéreos botareles
Y afiligranado altar.

Tienes torres con campanas
Y trasparentes labores,
Castillos con castellanas
Que aguardan á su señor;
Y bóvedas horadadas,
Y silenciosas capillas
Donde en marmóreas almohadas
Yace el muerto fundador.
Y antiquísimas ciudades
Que, por el tiempo roídas,
Cuentan al tiempo verdades
Que él se desdeña escuchar:
Tienes en el valle fuentes,
Peñascos en la montaña,
Y en los peñascos torrentes
Que se arrastran á la mar.
Tienes en los mares islas,
Con ciudades y jardines,
Y en los jardines festines,
Y en los festines placer...
Prepara lienzo y pinceles,
Y deja que el viento brame,
Y la lluvia se derrame,
Y estalle el rayo al caer.
A inspirarnos han venido
La noche con sus tinieblas,
El rayo con su estampido,
La lluvia con su rumor:
Tú pintarás lo que sientas;
Yo escribiré lo que siento
En el empuje violento
Del huracán bramador.

Yo escribiré cómo muge
El vendaval en tus torres,
Cómo entre las jarcias cruje
Del buque que va á anegar:
Cómo zumba en las almenas
Con que ciñes tus castillos,
Cómo silba en las cadenas
Que el puente han de sujetar.
Escribiré cómo imita
La humana voz en las rocas,
Y como el milano grita,
Y ruge como el león,
Silba como la serpiente,
Sorbe como la lechuza,
La voz de un incendio miente
Al cruzar un torreón.
Miente el graznido del cuervo,
Brama como el ronco toro,
Remeda el distante lloro
De una garganta infantil;
Y azotando los cristales,
Finge el fantástico vuelo
De espíritus infernales
Que pasan de mil en mil.
É imita el rumor confuso
De clarines y de aceros,
De carros y caballeros
Que van marchando detrás,
Y de un lejano combate
Los alarmantes clamores,
Y el ruido de los tambores
Que redoblan á compás.

Tú pintarás la montaña
Entre la niebla sombría,
Pintarás la lluvia fría
Derramada desde allí;
Los alcázares morunos,
Los pilares bizantinos,
Monumentos peregrinos
Embellecidos por tí.
Pintarás los gabinetes
Cincelados de la Alhambra,
Y el humo de los pebetes
Y las bellas del harem.
Tú pintarás las memorias
Que nos quedan por fortuna,
Yo escribiré las historias
Que vida á tus cuadros den.
Te diré el blando murmullo
De las aguas destrenzadas,
Y el melancólico arrullo
De la tórtola que amó;
Te diré como se mecen
Las flores sobre los tallos,
Cómo nacen, cómo crecen
Cómo el sol las agostó.
Tú nos pintarás al hombre
Con su choza ó su palacio,
Y yo te diré su nombre,
Y lo que en el mundo fué:
Tú al mundo darás colores,
Yo le daré lengua y vida;
Tú pintarás los amores,
Y yo te los cantaré.

¡Pintor! que la noche ruede
Con el ronco torbellino,
Que envuelta en tormentas quede
La desvelada ciudad:
Nosotros lejos del mundo
Otro mundo gozaremos,
De la hoguera que encendemos
A la roja claridad.
Calderón, Murillo, Ercilla,
Colgados por las paredes
Con su estoque y su golilla,
Forman nuestro mundo aquí.
Ahí están Lope, Cervantes,
Vinci, Rivera, el Ticiano...
Con tintas para tu mano,
É inspiración para mí.
Prepara lienzo y pinceles,
Desplega tu fantasía;
Cuando nos sorprenda el día
Que alumbre una creación.
Pintor, ese torbellino
Ha venido á visitarnos,
En él nos trajo el destino
La violenta inspiración.

ORIENTAL

Corriendo van por la vega
A las puertas de Granada
Hasta cuarenta gomeles
Y el capitán que los manda.

Al entrar en la ciudad,
Parando su yegua blanca,
Le dijo éste á una mujer
Que entre sus brazos lloraba:
—Enjuga el llanto, cristiana,
No me atormentes así,
Que tengo yo, mi sultana,
Un nuevo Edem para tí.
Tengo un palacio en Granada,
Tengo jardines y flores,
Tengo una fuente dorada
Con más de cien surtidores.
Y en la vega del Genil
Tengo parda fortaleza,
Que será reina entre mil
Cuando encierre tu belleza.
Y sobre toda una orilla
Extiendo mi señorío;
Ni en Córdoba ni en Sevilla
Hay un parque como el mío.
Allí la altiva palmera
Y el encendido granado,
Junto á la frondosa higuera
Cubren el valle y collado.
Allí el robusto nogal,
Allí el nópalo amarillo,
Allí el sombrío moral
Crecen al pie del castillo.
Y olmos tengo en mi alameda
Que hasta el cielo se levantan,
Y en redes de plata y seda
Tengo pájaros que cantan.

Y tú mi sultana eres,
Que desiertos mis salones
Están, mi harem sin mujeres,
Mis oídos sin canciones.
Yo te daré terciopelos
Y perfumes orientales;
De Grecia te traeré velos
Y de Cachemira chales.
Y te daré blancas plumas
Para que adornes tu frente,
Más blancas que las espumas
De nuestros mares de oriente;
Y perlas para el cabello,
Y baños para el calor,
Y collares para el cuello;
Para los labios... amor! —
—¿Qué me valen tus riquezas,
Respondióle la cristiana,
Si me quitas á mi padre,
Mis amigos y mis damas?
Vuélveme, vuélveme, moro,
A mi padre y á mi patria,
Que mis torres de León
Valen más que tu Granada.—
Escuchóla en paz el moro,
Y manoseando su barba,
Dijo, como quien medita,
En la mejilla una lágrima:
—Si tus castillos mejores
Que nuestros jardines son,
Y son más bellas tus flores,
Por ser tuyas, en León,

Y tú diste tus amores
A alguno de tus guerreros,
Hurí del Edem, no llores;
Vete con tus caballeros.—
Y dándola su caballo
Y la mitad de su guardia,
El capitán de los moros
Volvió en silencio la espalda.

De la Noche inquieta.

EL SILENCIO Y LA OSCURIDAD

Cuando tras vela afanosa
Fatigados nos dormimos,
Soñamos con lo que vimos
O lo que creimos ver,
Así en tropel misterioso
Se agitan confusamente
Los delirios que la mente
Despreció velando ayer.
Por huir de ella tan solo
En ella se cobijaron,
Y dentro de ella aguardaron
De revelarse ocasión;
Que esos fantásticos sueños
Que turban nuestro reposo
Del ánimo religioso
Secretos abortos son.
Porque el que cree y el que duda
Por descuidado que viva,

En algo el creer estriba
Y en algo estriba el dudar;
Y alguna vez engañado
Por las que creyó evidencias,
En sus dudas y creencias
Ha por fin de vacilar.
El ruido y el movimiento
La voz y la compañía
Que nos da la luz del día
Impiden pensar tal vez,
Y entonces, creencias, dudas,
Dentro del ánimo callan,
Y en él guarecidas hallan
Asilo en su timidez.
Por eso en órgia insensata
El disoluto mancebo
Dice: – «En el licor que bebo
Ahogo cuanto creí.» —
Por eso en placer sumido
Dice el embriagado amante:
Yo no creo en este instante
¡Vida mía! más que en tí.
Por eso ante sus monedas
El jugador avariento
Dice con audaz acento:
—«Creo en el oro no más.»
Y por eso el pendenciero
Que el triunfo lidiando alcanza
Dice osado á su venganza:
—«Honra, satisfecha estás.»
Pero si en la noche umbría
Tras sueño inquieto despierta,

Cada sentido una puerta
Á sus creencias le da;
Y duda, y teme, y vacila,
Y azorado el hondo pecho,
En derredor de su lecho,
Fantasmas fingiendo está.
  Su lámpara ya apagada
Al matar la última lumbre,
Dejó sombra en la techumbre,
Dejó sombra en la pared;
Cerrado dentro la alcoba
El aire falto de ruido
Escucha en vano el oído
La voz de la lobreguez.
  En vano miran los ojos
La sombra descolorida;
Con una ilusión mentida
Vienen á tocar al fin;
Doquier que avaros se tornan
Ven una masa uniforme,
Una sombra espesa, enorme,
Que no se ciñe á confín.
  La mente duda medrosa,
Los sentidos se adormecen,
Y embriagados se estremecen
Con cada nueva ilusión:
Todo en la mente se agita
Todo en la mente se embota,
Todo en torno nuestro flota
En callada confusión.
  Y á tanto mirar los ojos,
Á tanto oir los oídos,

Fatigados, aturdidos,
Rumor oyen, sombras ven;
El ánima se amedrenta,
Y brotan los pensamientos
Medrosos y antiguos cuentos
Que la atosigan también.
  Entonces es cuando el eco
De un caballo que tropieza
Nos retumba en la cabeza
Con chasquido colosal;
Entonces semeja el roce
De la ropa mal plegada
La voz seca y prolongada
De rápido vendaval.
  Entonces es cuando el ruido
De nuestro azorado aliento
Nos parece el sordo acento,
La lejana confusión
De las invisibles alas
De aves mil desconocidas
Que van cruzando perdidas
Los aires en rebelión.
  Y escuchamos á lo lejos
Huellas de pies recelosos
Y vagidos vaporosos
Que se apagan al nacer:
Y crujen en las vidrieras
Confusos sacudimientos,
Y ahullidos, gritos y acentos
De rabia, espanto y placer.
  Entonces fingen los ojos
Á compás de estos rumores

Mil fantásticos colores,
Sombras y delirios mil;
Bultos que ruedan informes,
Círculos de luces bellas,
Vagas y raudas centellas
Del miedo aborto febril.
  Y fantasmas que en tumulto
Pasan, corren, flotan, vuelan,
Y se apagan y rielan
Sin tener luz ni color;
Y parece que cruzando
Por las tinieblas oscuras,
Arrastran sus vestiduras
Con repugnante rumor.
  Caprichos, menos que nada,
De esencia desconocida,
Delirios sin voz, sin vida,
Nada pueden, nada son;
Mas sin cuerpos ni colores
Tienen cuerpos y semblantes
Que los ojos delirantes
Les prestan en su ilusión.
  Les presta voz el oído,
Y movimientos la mente,
Y vienen confusamente,
Mente y oído á acosar;
Y mente, y ojos, y oídos
Con tan fantástico empeño
Alejan el blando sueño
Y empiezan á delirar.
  Llenan entonces el aire
Peregrinas ilusiones

Y frágiles creaciones
De la duda y de la fé,
Donde entre iguales contornos
Una en otra confundida
La miseria de la vida
Y la religión se vé.
  Allí entre un miedo mundano
Y entre una creencia errada
Va una idea de la nada
Ó una olvidada verdad;
Y en tan cumplidas tinieblas,
En silencio tan completo
Se transparenta un objeto
Inmenso... la eternidad.
  ¿Quién no cree y quién no duda
Cuando á solas en su lecho
En el reloj de su pecho
Sus horas contando está?
¿Quién no cree y duda entonces
En el silencio y la sombra?
¿Quién pensando no se asombra
Lo que existe *más allá?*
  Porque esos seres aéreos,
Que en redor nuestro sentimos,
El rumor que percibimos
En torno nuestro bullir,
Aquel extraño delirio
En que creemos dudando
Que hay quien nos está mirando
Sin podérselo impedir;
  Ese rumor misterioso
Que con la sombra murmura,

Esa luz leve, insegura,
Que radia la oscuridad;
Ese temor sin objeto
Que la sombra nos infunde
Y en la mente nos confunde
La mentira y la verdad;
  Ese insectillo nocturno
Que nos asalta y aterra,
Que con nosotros se cierra
Importuno á combatir,
Que en monotona algazara,
En ronco y sonoro ruido
Acosa nuestro descuido
Sin dejar de ir y venir;
  Ese insecto á quien juzgamos
En nuestra aflicción medrosa
Un ser, un soplo, una cosa
Que nos dice *no sé qué;*
Un *no sé qué* misterioso
Que nos traspasa de miedo,
Que de un labio revoltoso
Se derrama y no se vé;
  Y aquel afanoso empeño
Con que dormir procuramos
Y con quien tanto porfiamos
Que hace inútil nuestro afán,
Son voces de nuestra nada
Que soñando comprendemos,
Y que á gritos—si creemos—
Preguntándonos están.
  Por eso si en órgia inmunda
El disoluto mancebo

Dice —«en el licor que bebo
Ahogo cuanto creí»;
Por eso si en sus placeres
Dice el insensato amante:
—Yo no creo en este instante
¡Vida mía! más que en tí;—
  Por eso si ante su oro
El jugador avariento
Dice con seguro acento:
—Creo en el oro no más;—
Por eso si el pendenciero
Que el triunfo lidiando alcanza
Dice altivo á su venganza:
—Honra, satisfecha estás;
  En la sombra de la noche
Con su corazón á solas
Luchan con las turbias olas
De la duda y el temor;
El uno por sus festines,
El otro por su dinero,
Por su honor el pendenciero,
Y el amante por su amor.
  Porque ese fugaz murmullo,
Ese crepúsculo vago,
Son el reflejo, el amago
Del final de nuestro ser;
Y dudar en el silencio,
Temer en la sombra oscura,
No es ni duda ni pavura,
Es conocerse y creer.

LA MARGEN DEL ARROYO

¡Qué dulce es ver muellemente
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo transparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!
Ver como la yerba blanda
En la margen se le inclina,
Y como crece
De violas morada banda
Que la linfa cristalina
Salpica y mece.
Los juncos de las riberas
En haz espeso apiñados
Se le encorvan,
Y las raíces someras
Evita por ambos lados
Si le estorban.
Insectos de mil colores
Con mil susurros campestres
Le dan ruido,
Y en vez de cuidadas flores
Rueda entre lirios silvestres
Escondido.
Y no han de envidiar sus olas
De cortesanos jardines
La hermosura,
Porque á cientos amapolas,

Jacintos brota y jazmines
    Su frescura.
Ni han de envidiar á los ríos
Los alcázares y puentes
    Que sustentan,
Porque esos monstruos sombríos
Más que coronar sus frentes
    Las afrentan.
Ni á las fuentes y cascadas
Sus tazas de jaspe y oro,
    Ni sus rocas,
Aunque se vierten hinchadas
En estrépito sonoro
    Por cien bocas.
Que ambas le cercan orillas
Entre agudas espadañas
    Cortadoras,
Esponjadas y amarillas
Altas y sonantes cañas
    Cimbradoras.
Ni ha de envidiar á los mares
De buques la excelsa pompa
    Y gritería,
Ni sus altos alminares,
Ni de su bélica trompa
    La voz impía.
Porque tiene en un remanso
Sauces y olmos corpulentos
    Encopados,
Que le hacen murmullo manso
Al suspirar de los vientos
    Perfumados.

Y en vez de roncos clarines
Columpia trinando amores
La ancha copa
De mirlos y colorines
Y vistosos ruiseñores
Pintada tropa.
¡Oh, dulce es ver muellemente
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo transparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando.

DEL «LIBRO DE LAS PERLAS»

DEL POEMA «GRANADA»

Todo en silencio duerme
En la arboleda umbrosa
Donde Al-hamar reposa:
En calma universal
Yacer parece inerme
Naturaleza entera,
Cual si á sopor cediera
De atmósfera letal.
La cuádriga argentina
Del carro de la luna
Su curso al mar declina:
Y de su carro en pos,
Sombría, taciturna,
Su negro velo tiende
La lobreguez nocturna
Ante la luz de Dios.

La escasa y vacilante
Que radian las estrellas
Da apenas espirante
Su postrimer fulgor:
Reflejo moribundo,
Que cuando espire en ellas
Hará del ciego mundo
Un bulto sin color.
Ya lo es. Doquier se carga
De espesa sombra, y queda
Sumida la arboleda
En densa obscuridad.
Indefinible encanto
Doquier la vida embarga:
Exhala pavor santo
La muda soledad.
Y he aquí que en este punto,
Del fondo de la fuente
Que arrulla mansamente
El sueño de Al-hamar,
La faz resplandeciente
De un Genio, que ilumina
La linfa cristalina,
Se comenzó á elevar.
Tocó en el haz del agua
Su cabellera blonda:
Quebró la frágil onda
Su frente virginal:
Dejó el agua mil hebras
Entre sus rizos rotas,
Y á unirse volvió en gotas
Al limpio manantial.

Como vapor ligero
Del lago se levanta,
Cual de aromosa planta
Exhálase el olor,
Cual del albor primero
Del día que amanece,
Fantástico aparece
El vago resplandor,
Del agua cristalina
Así elevó serena
Su aparición divina
El Genio celestial,
Cuyo contorno áereo
Rodea alba aureola
Que el valle tornasola
Con luz matutinal.
Al fuego repentino
Que en torno á sí derrama,
Soltó su alegre trino
Despierto el ruiseñor:
Su voz de rama en rama
Las auras extendieron,
Y en cánticos rompieron
Mil aves en redor.
Dió un paso en la pradera,
Y al agitar el viento
Su rica cabellera,
El aire se aromó.
Dejó escapar su aliento,
Y cuanto allí vivía
Su aliento de ambrosía
Con ansia respiró.

Y entonces la callada
Blanca visión llegando
Donde por sueño blando
Vencido está Al-hamar,
Los céspedes por lecho,
La mano perfumada
Le puso sobre el pecho,
Y así le empezó á hablar:
«Ilustre y venturoso
Caudillo Nazarita,
Tu místico reposo
Bendice al despertar.
Tu espíritu, que lucha
Con mi visión, se agita
Medroso en vano: escucha
Mi voz, rey Al-hamar.
«Mi voz es la armonía
Cuando habla á un ser amigo
De Dios. y es lo que digo
Más dulce que la miel:
Mi origen es el cielo,
Mi edad es la del día,
Mi esencia es el consuelo,
Mi nombre es Azäel.
«Yo soy un ángel y era
El ángel más perfecto,
El ser más predilecto
Del sabio Criador.
Moraba yo en la esfera
Más alta y más vecina
A la mansión divina
De mi inmortal Señor.

«Un día... ¡día aciago!
Cruzóme fugitivo
La mente loca un vago
Delirio criminal:
Pensé, mirando altivo
Mi esencia y mi hermosura
Que no era criatura
A las demás igual.
«Imaginé que origen
Más puro y soberano
Me pudo dar la mano
Del Hacedor tal vez:
Mas ¡ay! los que su mente
Por su altivez dirigen,
Verán cuán torpemente
Soñó su insensatez.
«Apenas un momento
Tan orgullosa idea
Brotó en mi pensamiento
Y en él lugar la dí,
Tiniebla inesperada
Cegó mi mente rea,
Y ante la faz airada,
Del Criador me ví.
«Desnudo ante la vista
Del Dios que le llamaba,
Como arrancada arista
Mi sér se estremeció;
La luz de su presencia
Mi nada iluminaba:
Juzgóme, y su sentencia
Así me fulminó:

«Tres siglos es preciso
Que llores por tu yerro:
Sal, pues, del Paraíso;
El globo terrenal
Te doy para destierro:
Tus nobles atributos
Te dejo: nobles frutos
De tu hálito inmortal.
«Que broten de tus lágrimas
En el lugar que mores
El germen de las flores
Y el manantial del bien.
Sé allí su luz vivífica,
Sé tú su astro benigno,
Y vuelve al cielo digno
Del celestial Edén.»
«Dijo: y tendí mi vuelo
Llorando hacia la tierra;
Caí sobre este suelo,
Y en este manantial
Do tengo mi retiro
Mi espíritu se encierra:
Yo soy el que suspiro
De noche en su raudal.
«Yo soy el que velando
En esta margen bella
Pródigo vierto en ella
La vida y la salud.
Tú en ella sin respiro
Me vienes estrechando,
Y yo la fe te inspiro,
La ciencia y la virtud.

«Tú luchas por la gloria
De tu falaz creencia,
Y espléndida existencia
Preparas á tu grey:
Y yo que sé tu historia,
Tu origen y tu sino,
Arreglo tu destino
Por misteriosa ley.
«Sí, tú eres una espada
Que blande ajena mano:
Tú á impulso soberano
Obedeciendo vas:
Tú siembras la simiente
Que encuentras apilada:
Mas siembras diligente
Para quien va detrás.
De aquí me desalojas
Cuando estos sitios pueblas,
De aquí conmigo arrojas
La gracia y el pudor:
Mas yo ví en las tinieblas
Resplandecer tus ojos,
Te conocí, y de hinojos
Dí gracias al Señor.
«Su vista rutilante,
Que el universo abarca,
Posada en tu semblante
Desde tu cuna está:
Y el dedo omnipotente
Sobre tu noble frente
Grabó la regia marca
Que á conocer te da.

«Naciste favorito
Del genio y de la gloria;
Tu nombre es la victoria,
Tu voluntad ley es.
Tu tiempo es infinito,
Tus huellas indelebles;
Los montes son endebles
Debajo de tus pies.
«¿Tú anhelas un tesoro?
Mis lágrimas son perlas:
El Darro te trae oro:
Plata te da el Genil:
Cien minas en tu suelo
Posees: despierta á verlas,
Y haz de este valle un cielo
Para tu grey gentil.
«Encumbra este hemisferio
Con el poder de Oriente...
Yo en él haré á otra gente
Plantar su pabellón.
Yo te daré un imperio,
Mas tú para pagarme
Tendrás al fin que darme
Tu fe y tu corazón.
«Adiós ¡oh Nazarita!
Mi aparición recuerda
Cuando el pesar te muerda
Con aguijón de hiel:
No olvides en tu cuita
Que abrió sobre este suelo
La fuente del consuelo
El ángel Azäel.»

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

EL ALCALDE RONQUILLO

Y EL OBISPO ACUÑA

Poco antes que en el Duero se sepulte,
Cruza Pisuerga plácida campiña,
Donde la rica mies, la rica viña,
Derraman sus tesoros á la par.
Descuella un monte allí: sobre su cumbre
Un gigantesco torreón se eleva,
Monstruo que con las víctimas se ceba
Que le da el despotismo á devorar.
Agrio són de cadenas y cerrojos,
Amenazas de bárbaros sayones,
Súplicas, alaridos, maldiciones
Llenan aquella lúgubre mansión.
Fortaleza la llama quien lejano
Su mole ve sin registrar su centro,
Llámala infierno quien suspira dentro,
Cárcel la ley, su afrenta la razón.
Allí un anciano en miserable estancia,
Más bien que calabozo sepultura,

Sufre de sus pesares la tortura
Con el pie de la muerte en el umbral;
Pero en aquella frente consagrada
Señales duran de lo que era un día,
Centellea en su frente todavía
La llama del espíritu marcial.
Bajo el morado episcopal vestido
Violento late el corazón de Acuña:
Cuando su mano el pectoral empuña,
Fué un acero tal vez lo que buscó.
¡Padilla! sin cesar suena en su labio,
Y un ¡ay! le sigue y el prelado llora,
Y es el audaz prelado que en Zamora
¡Santiago y libertad! apellidó.
«¿Por qué, Señor, arrodillado dice
Delante de un ebúrneo Crucifijo,
Por qué, señor, tu cólera maldijo
La jornada infeliz de Villalar?
¿Era pendón de iniquidad acaso
La bandera del noble comunero?
Por defender el injuriado fuero,
¿No es lícito la espada desnudar?»
Si entronizado el codicioso belga,
Saqueaba el palacio y la cabaña,
Y desangrando á la infeliz España
Ríos de oro enviaba á su nación;
Si reía en espléndido banquete
Sirviéndole de música el gemido
De un pueblo que, por él empobrecido,
Moribundo imploraba compasión;
Si al pedirle justicia el triste padre,
Padre á quien deshonró vil cortesano,

Decía el extranjero al castellano:
Cómprame la venganza y la tendrás;
¿Debió Castilla tolerar su afrenta?
¿No debió armarse para entrar en liza
Y gritar á la chusma advenediza:
«No reinarás sobre mi suelo más?»
  ¿Condenaste, Dios mío, por mi culpa
La empresa que si no te fuera grata
Porque, soltando el báculo de plata,
Del profano bastón el puño así?
No, que Samuel, ministro de tus aras,
También en sangre se bañó la diestra,
Joyada de tu templo hizo palestra,
Moisés armó los brazos de Leví.
  Lo veo, sí; con nuestra ruin fortuna
Tú quisiste enseñar á las naciones
En dos tremendas útiles lecciones
Lo que merecen, lo que deben ser.
Quéjese el pueblo que agobiado llora
Sólo de sí porque obedece al yugo;
Mas sepa, si combate á su verdugo,
Que sin unión es fuerza perecer.
  Perecieron por eso en el cadalso
Los hijos de la gloria y de la guerra,
Sus casas igualadas con la tierra
Yacen cubiertas de ignominia y sal.
¿Por qué me ha perdonado la cuchilla?
¿Por qué esta cárcel mi vivir esconde?
Una voz pavorosa le responde:
«Porque te espera muerte de dogal.»
  Ábrese con estrépito la puerta,
Y precedido de villana tropa,

Vestido un hombre de funesta ropa
Resuelto avanza en la prisión el pie.
Vara sutil de magistrado lleva,
Que en él parece látigo sangriento,
Ningún rasgo de humano sentimiento
En su frente fanática se ve.
Sanguinaria la boca, sanguinarios
Los torvos ojos de iracunda hiena,
Con desplegar el labio ya condena,
Con su mirada martiriza ya:
Mudo, pasmado el infeliz Acuña
La decisión espera de su suerte,
No le acobarda la imprevista muerte,
Pero le aterra ver al que la da.
«En nombre de don Carlos os lo mando,»
Grita á los suyos el feroz alcalde,
Pero dicta sus órdenes en balde,
Tiembla el esbirro, párase el sayón.
«Obedeced» el bárbaro repite,
Los satélites claman ¡Sacrilegio!
Y acatando el sagrado privilegio
Se lanzan en tropel de la prisión.
«No teme el vengador de la justicia,
Dice el cruel, del hombre ni del cielo,
Ese dogal tirado por el suelo
No quedará sin víctima esta vez.»
¡Ronquillo! fué á exclamar el sacerdote,
Pero apagó su voz el duro lazo
Que estrechó con la planta y con el brazo
Aquel verdugo en hábito de juez.
Por los tránsitos luego de la cárcel
Su trofeo arrastró, dejando en ellos

Con la sangre de Acuña y los cabellos
Señalado el camino que llevó.
Y á un corredor llegando guarnecido
De dorado arabesco pasamano,
Á ver el espectáculo inhumano
Testigos el sacrílego llamó.
  Y llegaron, y dijo: «Comuneros
Que desdorar quisísteis la corona,
La clemencia de Carlos os perdona,
De Simancas salid, pero mirad.»
Y el cordel ominoso atando á un hierro,
Lanzó al aire el cadáver palpitando...
Cayó la turba mísera temblando,
Pasmada de terror y de piedad.
  Alzóse un alarido que llenaba
Del ancho patio el ámbito vacío;
Sucedió al penetrante vocerío
Misterioso susurro de oración.
Y oscilaban pendientes entre tanto
Del corredor los míseros despojos,
Y el llanto que asomaba en muchos ojos
Lo tragaba en secreto el corazón.
  Pero el cáñamo vil con un crujido
Turbó el piadoso fúnebre homenaje
Y anunció desde el alto barandaje
Nuevos horrores que mirar después.
Cruzaba el patio el bárbaro Ronquillo...
Sonó un golpe violento... Y de repente
De sangre salpicósele la frente
Y vió el roto cadáver á sus pies.
  «Esconda, dijo, su ignominia luego
La sepultura que á pedirme vino.

Comuneros, sabéis vuestro destino;
Sed fieles al invicto Emperador.»
Y salió del castillo á lento paso,
Con la mano enjugándose la cara
Y agitando en el aire aquella vara
Que sembraba el espanto y el horror.

LA HERMANA DE LA CARIDAD
EN LA GUERRA DE ÁFRICA

Yo de rodillas pedí
El hábito en que me miras,
Previendo ya que tus iras
La peste probara en mí.
A buscarla vine aquí;
Riesgo mi vida corrió;
Pero en nada engrandeció
Eso mi sagrado ser:
Cumpliendo estaba un deber,
Y ese me le impuse yo.
El ministro del altar,
Con impulso igual al mío,
Fué por su libre albedrío
Con los que van á lidiar.
Como él, el sabio en curar
Al campo marchó también:
Coronas condignas den
A su virtud y valor;
Mas hay corona mayor
Guardada para otra sien.
El capitán valeroso
Que alcanza insigne victoria,

Voluntario de la gloria
Siguió su estandarte hermoso.
Laurel ciña esplendoroso
De gratitud nacional,
Y con aplauso inmortal
Su nombre entre todos ande:
Aun hay corona más grande
Guardada en este hospital.
Mira allí, entre aquellas dos,
Que son la Ciencia y la Fe,
Aquel joven que se ve
Pronto á dar el alma á Dios.
No fué de la gloria en pos
Por ver un lauro en sus sienes:
Pasaba, pobre de bienes,
Los verdes años fugaces;
Dijo España: «Falta me haces;»
El repuso: «Aquí me tienes.»
Le hirieron hijos de Agar
Con rabia y feroz delirio;
Por Dios padeció martirio,
Y El le viene á coronar.
Óyele el nombre invocar
Del que es de justicia Sol...
¡Mira en divino arrebol
Su rostro inmortal bañado!...

El Poeta.

¿Quién es ese hombre?

La hermana de la Caridad.

¡Un soldado
Del ejército español!

ANTÓN BERRIO,

POETA DE LA CORTE DE JUAN II DE CASTILLA,
AL MUY EXCELENTE SCRIPTOR
DON MANUEL JOSEF QUINTANA.

Onorate l'altissimo poeta.

Señor mucho amado mio:
Dé convusco en hora buena
La trova que vos envio
Yo el coplero Antón Berrío,
Compadre de Joan Baena.
Del vueso coronamiento
Fízosenos relación,
E saltamos de contento
Nos, é fasta el fundamiento
D'aquesta elisia region.
E segund prístina usanza,
Solenidad fué dispuesta
Súbito en vuestra alabanza,
E tócame aquí en la danza
Ser el yoglar de la fiesta.
Cierto cuento asaz galano
Romanzar por ende quiero,
D'un pastorcico insulano
E un sculpidor palanciano,
Muy sotil imaginero.
El pastor Andrés Llorente,
Que es subjeto de la frasi,
Vivía entre pobre gente
En la Insula Escura, casi
Fuera del mundo yaciente.

Los insulanos Escuros
Alzaron una capiella
De flacos é humildes muros,
Do plañir en sus apuros
A la Madre sin manciella.
Un bulto labrarse hía
De Doña Virgen María;
Non hi habiendo entallador,
Juró que el bulto faria
Nueso Llorente el pastor.
Omne era d'engeño noto;
Mas nunca estrumentos viera
Del arte cinceladera,
E con un cuchillo boto
Decentaba la madera.
Fué asín, que el tallado leño
Tosquilla sacó la faz
Del santo, fermoso Dueño;
Mas tod'el vulgo insuleño
Contentóse d'el asaz.
E vedes, por aventura,
Que aporta en la Insula Escura
Bajel que aventó é lievol
Fasta allí tormenta dura,
De tierras de claro sol.
En la nao derrotada
Un entallador veníe
De maestría muy sonada,
E una imágen hí traíe
De la sola Inmaculada.
Pasmóse cada insular,
E la efigie, decernieron

Ser maravilla sin par,
Fuéras ende que quisieron
Ver al maestro labrar.
  El sacó formon é gubia
E lima de recorrer
Fasta el hoyuelo postrer,
Pintura azul, blanca é rubia,
E todo su menester.
  E trasteando con ello,
E dejando á todos vello,
Dijo el Maese á la fin:
«Con aquesto faz aquello
Quien sabe facerlo asín.»
  Un lenguaraz le arguyó
(Ca de malandrines tales
Nadie en la vida escapó):
«Con estrumentos iguales
Ficiera otro tanto yo.»
  «Non ficieras, mal tu grado,
Respuso el pastor honrado,
E nada tu dicho val:
Con fierro bien aguzado
Mano torpe labra mal.»
  «Yo adelgacé cuanto pud,
Mas mi obra non es de prez;
De la d'este no hay quien dud:
Fuera pues ingratitud
Non le dar lo que merez.»
  «Con rico lauro de honor
Premien al entallador,
E digan los sabidores:
«Si este usó medios mejores,

Fizo también lo mejor.»
  Tal ha judgado de tí,
Perinclito, buen *Quintana,*
La poetal familia hispana,
Que leda conmora aquí,
Libre d'afición mundana.
  Hobo ántes del tu nascer
Poetas de grand valer;
Mas poco antaño prestaba
Voz que tartamudeaba
Con pequeñuelo saber.
  Fabla é dotrina meior,
Aun en edad posterior,
Alzó más la poetría;
Fincaba empero vacía
La siella de más altor.
  Tu fuiste á sazón venido
Para ser enaltecido
Rey del castellano metro:
Mil corrieran tras tu cetro;
El s'es á tus manos ido.
  Ca tú, superno Cantor,
Sublimaste cual ningún
Virtud é sciencia é valor,
E tierno gemiste aun
Trances de mortal dolor.
  Tú al toledano Moisés,
Tú al español Abrahan,
Tú al campeón burgalés
Luz diste con que después
Fulgir eternales han;
  Tú al que en Villalar cayera,

Suerte derrocando fiera
Su generoso pendón,
Trocaste en laude honradera
El malsinante padrón.
  Tú el mar pintaste furente,
Tú la blanda fermosura;
Grande tu cor é tu mente,
Loaste cuanto ha excelente
El omne é l'alma Natura.
  Noblescidos en tus cantos
Grandes fechos é quebrantos,
El feliz é non feliz,
De las coronas de tantos
Una para tí se fiz.
  Luengos años de alegranza
Goces esa bienandanza
Que al tu mérito convien,
E troven en tu membranza
Omnes, é damas también.
  Vítores de alegre afán
Te envían de nueso albergue
Pelayo, el Cid é Guzmán,
E con Lauria é Gutembergue
El privado de don Joan.
  E tod'un pueblo en tropel,
De Pirene á Lusitaña,
Glorifique ese laurel
Que te da en nombre d'España
La magnánima *Isabel.*

EN LA CORONA POÉTICA DEL SEÑOR DON ALBERTO LISTA

Yo era infeliz: contra mi suerte en vano
Luchaba sin cesar, ella vencía.
Los umbrales de Licio piso un día:
Licio me tiende la benigna mano.
A la sagrada voz del vate anciano
El mal huyó de la morada mía,
Y sin ceño Melpómene y Talía
Me vieron en el Pindo castellano.
Licio no existe ya; corona santa
Cíñele Dios; la patria generosa
Hijo le llora, célebre le canta.
Y entre el aplauso y el dolor profundo,
Yo, Licio, grabo en tu modesta losa:
«Fuiste mi bienhechor; sépalo el mundo.»

DON JUAN FLORAN

(*Marqués de Tabuérniga*).

LA DESPEDIDA

Riberas amenas
Del fertil Segura,
Zagalas morenas
De garbo gentil,
Adiós! que mi dura
Fortuna me lleva
Á ver tierra nueva
Do corre el Genil.
En vano al dejaros,
Mi llanto reprimo;
En vano al hablaros,
Quisiera llorar:
Y al cabo, si gimo,
Mi mal no se calma;
Ni muero, si el alma
Concentra el pesar.
¡Adiós, patria mía!
¡Adiós, cuna amada!

Mi bien, mi alegría,
Murieron en flor.
La bella Granada,
Si más bella fuera,
Tampoco pudiera
Templar mi dolor.
¡Oh, nunca sus prados,
Sus cármenes fríos
Tus valles llorados
Me harán olvidar:
Tus valles sombríos,
Tus altas moreras,
Tus aguas parleras,
Tu blando azahar.
Si alguna zagala,
Al verme tan niño,
Quisiere por gala
Prenderme en su amor,
Mi tierno cariño
Direle que habita
Do nunca marchita
La nieve el verdor.
¡Adiós, mis pastores,
¡Adiós, mis zagalas!
Sabrosos amores
De pecho infantil!
Del viento en las alas
Mi pena á deciros
Mis tiernos suspiros
Vendrán del Genil.

SONETO

Pura y undosa fuente, que serena
Retratas en tu fondo cristalino
La copa erguida del flexible pino
Cuando tu seno con su sombra llena;
Así corone cándida azucena
Tu solitaria margen de contino;
Así nunca rebaño peregrino
Enturbie tu raudal, huelle tu arena,
Que me digas, te ruego, si mejora
Ese cristal mi rostro, pues no fuera,
Á ser tú fiel, tan cruda mi pastora.
Esto dijo Mirtilo, y considera
Su imagen en el agua; empero llora,
Y el agua turba y su retrato altera.

DON BALTASAR LIROLA

SIERRA NEVADA

Por fin te ví, magnífico portento
Que la gloria de Dios al mundo cantas,
Llevando tu cabeza al Firmamento
Y al hondo Abismo las marmóreas plantas.
Pasmóse mi atrevido pensamiento
Al verme en tus picachos que levantas
Circundados de nubes y vapores,
Teñidos de fantásticos colores.
Por fin te ví de cerca, yo que un día,
Sierra Nevada, te admiré de lejos,
Cuando ansiaba mi ardiente fantasía
Tu nieve penetrar y tus reflejos;
El deseo de ver me consumía
Tu ceñidor de robles y de tejos
Y gozar en tus valles y en tu sima
Otra luz, otro ambiente y otro clima.
Por fin lo conseguí... ¡cual palpitaba
Ya próximo á saciar este apetito,
La senda al escalar que serpeaba
Por laderas de jaspe y de granito!

De terror y de asombro me llenaba,
Mi mente se perdía en lo infinito
Contemplando el poder que hizo la Sierra
Cual gigante atalaya de la Tierra.
¡Oh! ¡como el pensamiento se engrandece
Marchando por la senda solitaria!
Aquí el espino ó la aulaga crece,
Allí la fuerte encina centenaria;
Mas allá el sáuce silvador florece
Junto á la desmedrada parietaria,
Que á las piedras asida multiplica
Y el arroyo al saltar moja ó salpica.
Á un lado el espantoso precipicio
La muerte en el abismo nos retrata,
Y con mujiente atronador bullicio
Á otro lado la inmensa catarata
Que arranca los peñascos de su quicio
Y al Sol esparce ráfagas de plata,
Y cayendo al barranco entre la bruma
En nieve se transforma y en espuma.
Altísimos castaños la rodean;
La oropéndola allí cuelga su nido,
Las parleras urracas picotean
El fruto en sus espinos guarecido;
Por encima las águilas otean,
Y los cuervos repiten su graznido,
Y bandadas de tórtolas azules
Arrullan en madroños y abedules.
La cabra montaraz pasa saltando
Los bosques, las malezas ó el torrente;
En un puntal la cierva rebramando
Al ciervo llama de ramosa frente;

El jabalí de su cubil saltando
En los troncos afila el blanco diente,
Y al aullido del lobo, allá á lo lejos,
Los gamos tiemblan y huyen los conejos.
  Los mil insectos que en el aire zumban,
Los mil reptiles que alimenta el suelo,
Las mil cascadas que al saltar retumban,
Los mil colores que refleja el Cielo,
Los vientos que los árboles derrumban,
De las neblinas el ligero velo,
Forman esa magnífica belleza
Que recibió de Dios Naturaleza.
  Mi alma también atónita y pasmada
Al contemplar tu fuerza creadora
Te saluda, Señor, desde la nada
Y reverente tu poder adora;
La gloria donde quiera te sea dada,
De donde muere el Sol hasta la aurora,
La alabanza, el honor á Tí tan solo
Desde un polo, Señor, al otro polo.
  Mas ya se enrisca el áspero sendero
Y se corta tal vez... tal vez se pierde;
Nada ve el atrevido viajero
Que la escena pasada le recuerde;
Ni tórtolas, ni ve gamo ligero,
Ni árbol frondoso ve ni yerba verde,
Y donde quiera que su planta toca
Siempre pisa en la nieve ó en la roca.
  Hondísimos barrancos y mesetas,
Torrentes y cascadas infinitas,
Algún arbusto seco entre las grietas,
Sulfúreas y metálicas piritas,

Jaspes pintados con ligeras vetas
De color y labores exquisitas,
Tajos elevadísimos cortados
Como plata ó cristal pulimentados.
De la Sierra tal es el triste aspecto
Al alejarse de su verde falda
Y al caminar con paso circunspecto
Sobre su resbalosa húmeda espalda.
Pero ¿qué humano artista ó arquitecto
Pudo jamás hacer una guirnalda
De nieve y luz, inmensa y esplendente
Cual la que adorna tu terrible frente?
Sublime es de aquel sitio en la aspereza
Sentarse en el silencio más profundo
Y apoyando en las manos la cabeza
Olvidar los pesares de este mundo,
Ante la fiera y colosal grandeza
De un paraje en horrores tan fecundo,
Que ocupa el pensamiento y la memoria,
Con los recuerdos de sangrienta historia.
Allí el ardiente natural deseo
De libertad y de mejor fortuna,
Dió á los moriscos funeral empleo;
Sin grandes medios ni esperanza alguna,
Quisieron levantar nuevo trofeo
Á la siempre vencida media luna,
Y sin temer las armas del más fuerte
Gritar osaron: ¡Libertad ó muerte!
Gritos valientes y á la par terribles
En el alto Veleta resonaron.
Las cien lenguas alígeras, movibles
De la Fama, á Granada los llevaron;

Á estos ecos de guerra aborrecibles
Las torres de la Alhambra retemblaron,
Y esperaron alegres con fe ciega
Moros del Albaicín y de la Vega.
¡Menguada fe que desmintió el suceso
Y tanta sangre derramar debía!
¡Poder fatal el que con tanto exceso
Á los tristes moriscos oprimía,
De atroz esclavitud doblando el peso!
¡Y día miserable, aciago día
En que negando la cristiana ley
Quisieron nuevo Dios y nuevo rey!
Mísero Aben-Humeya ¿qué ambicionas?
De reyes moros descendiente fiero,
¿Por qué en la rebelión buscas coronas
De mano del ladrón, del bandolero?;
La nobleza acabó de que blasonas,
Pues faltaste á la fe de caballero
Y te acogiste á la Nevada Sierra
Cual malhechor para mover la guerra.
Allí acudió para empezar la liza,
Mal armada, sin orden y sin tino,
Gran multitud de gente allegadiza
Que del saqueo esperanzada vino;
La tierra destruyó, y en su ojeriza
Contra todo lo santo y lo divino,
Degolló niños y violó mujeres,
Incendió templos y abolió deberes.
Mas pronto del ejército cristiano
La fuerza presentóse, frente á frente;
En mil encuentros el furor insano
La sangre derramó como un torrente;

Aben-Humeya, inepto soberano,
Cayó al fin, despreciado de su gente,
Y acabó su existencia y sus afanes
Á manos de sus mismos capitanes.
  Hay una cueva cenagosa, impura,
Bajo el Muley-Hassen siempre nevado,
Donde dicen que está la sepultura
Del rey de la Alpujarra desdichado.
En altas horas de la noche oscura
Se aparece tal vez de acero armado
Negros la espesa barba y el cabello,
Y el vil dogal en derredor del cuello.
  Así lo dicen tímidos pastores
Que al rayo de la luna lo observaron,
Y lo afirman valientes cazadores
Que su gemido fúnebre escucharon;
Y aún hay quien cuenta, exagerando horrores,
Que al pasar, sus vestidos le rozaron,
Y espeluznado se mantuvo quedo
Casi mortal por el asombro y miedo.
  Estos cuentos tal vez son ilusiones
De la atemorizada fantasía,
Ó tal vez son antiguas tradiciones
Que del tiempo alteró la lejanía;
¿Y quién sabe? ¿Se dan fuertes razones,
Las ha dado algún sabio hasta este día
Para probar como evidente ó cierto
Que no puede volver al mundo un muerto?
  Y no se ve doquiera más que nieve
Que cubre los caminos y senderos:
El pie vacila y con temor se mueve
Al borde de profundos ventisqueros;

Ya hasta la cima la distancia es breve,
Y aunque no pueden ir los pies ligeros,
Pronto se toca al fin la ansiada meta
Al llegar á la cumbre del Veleta.
  Salud, pico sublime... que anhelante
Tanto ansió por gozar el alma mía,
Que brillas engastado cual diamante
En la joya mejor de Andalucía,
Y tu nieve en raudal refrigerante
La lleva la abundancia y la alegría.
Salud una vez más y otras y ciento
Gloria de España, espléndido portento.
  ¡Ah! Dejadme deseos y cuidados,
Dejadme que tranquilo aquí respire
Estos aires purísimos, delgados,
Y que de Dios la omnipotencia admire;
Dejadme que estos picos elevados,
Una vez y cien mil, pasmado mire,
Dejadme que disfrute de la vida
Con que el ambiente plácido convida.
  ¡Como se eleva el alma y todo el hombre,
Ante tan esplendente panorama,
Tantas bellezas viendo, aunque sin nombre
Del sol de Julio á la encendida llama!
Y porque más se admire y más se asombre,
Bajo sus pies el trueno que rebrama
Y una masa de nieve blanca y pura
De mil varas, lo menos, en altura.
  Al pie de esta pirámide de hielo,
Que vió del mundo los primeros años,
La Alpujarra se extiende de agrio suelo
Y sus pueblos cercados de castaños,

Cuelgan entre el abismo y entre el Cielo
Sin temor de peligros ni de daños,
Siendo los moradores de la Sierra
Dulces en paz, terribles en la guerra.
Allí nacen las fuentes á millares,
Allí saltan cien ríos cristalinos,
Allí hay lagos, azules como mares,
Circundados de robles y de pinos;
Allí está la laguna de Vah-Kares
Donde se juntan brujas y adivinos,
De la que cuentan fúnebres consejas
Susto de los muchachos y las viejas.
Dirigiendo á lo lejos la mirada
Otro cuadro preséntase más bello,
La existencia del mar ilimitada
Del divino poder limpio destello;
La mente á lo infinito transportada
De la mano de Dios conoce el sello,
Viendo ante sí, de pronto y en un punto
De tantas maravillas el conjunto.
El Atlántico mar al Occidente,
El mar Mediterráneo al Mediodía,
Y en la morisca tierra que está enfrente
Las crestas de la inculta Berbería;
Al Norte una llanura reluciente
Con blancos pueblos, flores y armonía,
Y cual reina de Oriente recostada
Á su derecha la sin par Granada.
Granada, la sultana de las flores,
Con su manto de rosas carmesíes,
Donde juegan riendo los amores
Entre nardos, claveles y alhelíes,

Donde aún suenan las fiestas y clamores
De los Abencerrajes y Zegríes,
Cuando danzando en bulliciosa zambra
Placeres respiraban en la Alhambra.
  Cuando galantes ó amorosos fines
Ostentaban en justas y torneos,
Ó del Generalife en los jardines
Encontraban el premio á sus deseos;
El perfume de rosas y jazmines
Allí excitan amantes devaneos,
Y aún guardan los cipreses la memoria
De una Sultana y su amorosa historia.
  Debajo corre el Dauro envanecido
Con el oro que llevan sus arenas,
Murmurando con plácido ruido
Ya suspiros de amor ó ya de penas;
En sus linfas con vago colorido
De la Alhambra se pintan las almenas,
Y él corriendo entre cármenes y verde
Llega al fin al Genil donde se pierde.
  Porque todo se pierde y se consuma
En el mundo falaz, perecedero.
Vuela la gloria como leve pluma
En las alas del tiempo pasajero;
Se acaba la belleza cual la espuma
De un niño al soplo tímido y ligero;
Polvo es en fin, y nada la existencia,
El poder, las riquezas y la ciencia.
  Mas tu, Sierra Nevada, desafías
Este poder del tiempo y lo resistes;
Pues al nacer el mundo tú nacías,
Y tras de tantos siglos aún existes;

¡Cuántas mudanzas en tan largos días!
¡Cuántas ruinas y sucesos tristes
Habrás visto pasar como aquilones
Por los hombres, los pueblos y naciones!
  Á pesar de esa vida sin segunda
También tu acabarás, Sierra Nevada,
En el día que todo se confunda
Y vuelva el mundo á su primera nada;
En que el fuego voraz consuma y funda
Cuanta materia fué por Dios creada,
Igualmente lo antiguo y lo moderno
Porque tan solo Dios es El Eterno.
  Pero el Sol revolviéndose en la esfera
Se inclina ya á bajar á otro hemisferio.
De Guarnón el barranco nos espera
Para darnos abrigo y refrigerio,
Y es fuerza abandonar tu cima fiera,
Sierra más bella que el mejor imperio,
Y guarecernos en la noche fría
De las heladas que tu seno cría.
  Adiós... Adiós, magnífico Veleta
De nieves y vapores circuido,
Como está el solitario anacoreta
De su sayo parduzco revestido;
Que tus glorias entone otro poeta,
Yo de tanto admirar estoy rendido,
Y á la impresión sublime me abandono
De haber llegado á tu imponente trono.
  Nieves, adiós... y tempestad y truenos.
No me veréis ya más, que la corriente
De mi vida, volando huye sin frenos,
Y ya su fin el corazón presiente.

¿Y es tan triste morir?... Yo por lo menos
Podré morir en paz tranquilamente
Sin que la vida compasión implore...
¡Ay! no tengo en el mundo quien me llore...

DON ANTONIO MARÍA SEGOVIA

LA PROFESIÓN DE FE POLÍTICA

Insistís en vuestra carta,
Graciosa señora mía,
En que de mis opiniones
Os dé explicación precisa.
Poco importa para amarnos
Que sean blancas ó tintas,
Y por eso se me antoja
La pregunta peregrina.
No os quiero yo ciudadana,
Sino mujer monda y lisa;
Queredme á mi vos por hombre,
Lo demás es bobería.
Si opinásemos acordes,
Queda inútil la pesquisa,
Y lo que es en este punto
No habrá altercados ni riñas.
Si mi opinión y la vuestra
Fuesen acaso distintas,
Maldita de Dios la cosa
Que por ello habrá perdida:

Yo os estrecharé en mis brazos,
Hermosísima enemiga,
Y comenzará en nosotros
La fusión tan descreída.
Mas, porque es el daros gusto
En mi obligación debida,
Os dejaré satisfecha
Con respuesta bien sencilla.
Yo soy liberal, y en serlo
Ningún mérito se cifra;
Que soy pobre, y mal se avienen
Pobreza y tacañería.
Liberalidad sin plata
Dirán que es cuerpo sin vida;
Cierto, pero eso no es culpa
Sino de mi suerte esquiva.
Exaltado soy, si tiernos
Esos dos ojos me miran,
Que motines y asonadas
Tienen en lugar de niñas.
¿Quién, herido de los rayos
De esas dos negras pupilas,
A no ser hecho de mármol
¡Ay Dios! no se exaltaría?
Moderado en mis deseos
Soy, pues solo se limitan
A que vos tan solamente
Seáis sola y siempre mía.
A sociedades secretas
Algo mi afición se inclina,
Si un *club* tenebroso hacemos
Entre los dos algún día.

Cuando estoy á vuestro lado
Es tan grande mi delicia,
Que estacionario me vuelvo
Porque no acabe tal dicha.
Mas cuando después os dejo,
Volviendo hacia atrás la vista,
Retrógrado mi deseo
Por lo pasado suspira.
Sólo en quereros, señora,
Con la pasión más activa,
Es mi corazón amante
Ardoroso progresista.
Si os llegareis al obispo,
Y en otro nombre os confirma,
Como él os ponga Carlota,
Yo me declaro carlista.
Por la inquisición no tengo
Las mayores simpatías,
Mas hay en mi pecho hogueras
De la fe de amor más viva.
En dominar vuestro afecto,
Aunque parezca osadía,
No entiendo de libertades,
Quiero ser absolutista,
Bien que en desquite mi alma,
Renunciando sus franquicias,
Un trono os ofrece en donde
Ejerzáis la tiranía.
Hay otras varias cuestiones,
En que España dividida,
Defendiendo el pro y el contra,
Sus disensiones atiza.

El *veto*, yo os lo concedo
Con la condición, querida,
De no usarle si os propongo
Un proyecto de caricias.
De petición el derecho
Reclamo, aunque ya es antigua
Costumbre el ser pedigüeño
Yo, cuanto vos negativa.
Si al bajar una escalera
Muchas manos os convidan,
Y vos, dejando las otras,
Con la vuestra honráis la mía,
Sostendré, por conservarme
Tan bella prerrogativa,
Que la de elección directa
Es la más sana doctrina.
En punto á contribuciones
Yo las votaré excesivas;
Pero os dispenso del diezmo
Si me guardáis las primicias.
Si el imprimir libremente
Como derecho se estima,
Permitid que en vuestros labios
Los míos su amor impriman,
Y más que luego el Jurado
En su sentencia decida
Que ha lugar á formar causa
Contra quien á tanto aspira.
Yo haré ver que es vuestra cara,
Por lo picante y lo linda,
Incitadora al desorden,
Sediciosa y subversiva.

Satisfecha habréis quedado
De explicación tan prolija;
Profesión de fe más clara
Jamás se habrá visto escrita.
Si tal vez, por sospechoso,
De extraordinarias medidas
Usáis para perseguirme,
Me permitiréis que os diga
Que el sentenciarme á destierro
Ausente de vos, sería
Lo propio que castigarme
Con la pena de la vida,
A no ser que vos quisiérais
Venir en mi compañía,
Que entonces nada me importan
Canarias ni Filipinas.

CARTA DE UN FLACO

Saber pretendes de mí,
Esposa bella y querida,
Qué tal me paso esta vida
Que paso lejos de tí.
No es fácil, á lo que entiendo,
Decir que tal vida paso
Con un vivir tan escaso
Como es el vivir muriendo.
Ni como ni duermo apenas
Pensando en la negra ausencia,
Que es vigilia y abstinencia
Que guardo á tus duras penas.

Si amor causa enflaquecer,
Bien puedes asegurar
Que nadie ha sabido amar
Como yo te sé querer.
Solo un provecho consigo
No comiendo; y es la palma
De ver que logra mi alma
De menos un enemigo.
Porque el *demonio* y el *mundo*
Podrán darme algún cuidado;
Mas la *carne* me ha dejado
En un descanso profundo.
Sin ella me ando tan serio,
Hecho esqueleto ambulante,
Como el más seco habitante
Del más viejo cementerio.
Incalculables progresos
Voy haciendo cada día
En esto de anatomía,
Á puro tentarme huesos.
Con ellos noches enteras
Paso haciendo evoluciones;
Ya marchan por escalones,
Ya desfilan por hileras.
Y en tan fiero desbarato
Hecho mi cuerpo un ovillo
Suelo encontrarme un tobillo
Allá junto á un homoplato.
Dan en jugar del vocablo
Muchos, diciendo que excedo
Por muy *agudo* á Quevedo,
Por *sutil* al mismo diablo.

La gente al verme se asombra
Como ando al sol por la villa,
Y que en lugar de sombrilla
Con el bastón me hago sombra.
Ya conoces á Esquivel,
Pintor, que no hay en la corte,
Quien un retrato que importe
No encomiende á su pincel.
Pues éste por demostrar
Un día su industria extraña,
Quitó á una escoba la caña,
Y en ella empezó á pintar.
Y siendo yo original,
Mi retrato verdadero
Bosquejó, de cuerpo entero,
De tamaño natural.
El médico me receta
Baños fríos todo el año:
Yo le obedezco, y me baño
En un cañón de escopeta.
Pero al salir de las aguas
Tiritando, de contado
Me acuesto, bien arropado
Con la funda de un paraguas.
Dicen que me ha de llevar
El viento, y yo lo desmiento
Porque en llegando á mí el viento
Se pasa sin tropezar.
¿Te ríes de mi franqueza?
Pues más merece en verdad
Quien con tal ingenuidad
Confiesa así su flaqueza.

Detrás de estas niñerías
El hecho cierto está oculto;
Que son verdades de *bulto*
Sin embargo de ser mías.
Si doy así en consumirme,
Tal vez no vuelvas á verme,
Pues vendré á desvanecerme
Ya que no venga á morirme.
Siguiendo la antigua usanza,
Para entonces ya he mandado
Que mi cuerpo embalsamado
Entierren en una lanza.
En cuanto al descanso eterno
Del alma, vivo seguro,
Que el que es espíritu puro
Como yo, no va al infierno.

DON FERMÍN DE LA PUENTE Y APECECHEA

LA CORONA DE FLORA

Hijas del Sol, que en el regazo hermoso
Nacéis de la risueña Primavera,
Y de Favonio al soplo cariñoso
El beso dais, amor de la pradera;
En cuyo cerco puro, luminoso,
La luz en mil colores reverbera:
Bellas, modestas, divinales flores,
En mi lira escuchad vuestros loores.

Otras el lauro de la gloria viste,
Que del tiempo voraz vence la ira;
Nada á la magia de su voz resiste
Que á dar al héroe eternidad aspira;
Ó bien de funeral ébano triste
Se oyen gemir en humeante pira,
Y la beldad que devoró la llama
Vuelven eterna al eco de la fama.

No tan alto vigor llena la mía:
Vosotras la ceñid, divinas flores;
La voz del corazón su acento guía,
Su numen la ternura y los amores.

Aura de celestial melancolía
De juventud templando los ardores,
Dar del reino de Flora la corona
Á modesta beldad solo ambiciona.
  Ya vuela á tí mi indagadora vista,
Hija de mayo, pompa de Citeres;
¿Qué corazón habrá que te resista,
Rosa gentil, oh flor de los placeres?
A donde quiera que el amor exista,
Emblema dulce de sus triunfos eres;
Tiñe tu cerco sangre de una diosa,
Y del céfiro reinas dulce esposa.
  Mas ¿qué á mí que el rubor tiña tu frente,
Si el soplo de las auras licencioso
Murmura entre tus hojas blandamente,
Y un beso al fin te arranca victorioso?
Punzante espina de amador ardiente
Defiende en vano el vástago precioso;
O con breve dolor, ó sin herida
Cede al fin tu beldad envanecida.
  Y tú también, oh cándida azucena,
Tiendes de nieve las brillantes alas,
Y de fragancia y granos de oro llena
Desplegas noble tus altivas galas:
Yo la inocencia de tu faz serena
Amo, y el dulce bálsamo que exhalas;
Mas si el oro á tu seno se confía,
¿Qué fuego anima tu belleza fría?
  Yo en tu cáliz purísimo le miro,
Clavel ardiente, que en el prado ameno
Vences la rica púrpura de Tiro,
La roja aurora en el azul sereno:

O ya la nieve con gracioso giro
Manche el color de tu rizado seno,
Alzas en el jardín tu frente hermosa,
Rival de la azucena y de la rosa.
  Mas ya que no á tu flor, tu airosa rama
Ni balsámico olor tu gloria fíes,
Sabes el noble fuego que te inflama,
Y de su gloria y tu poder te engríes.
Del genio ostentan la brillante llama
Tus encendidas hojas carmesíes;
Mas ¡ay! mintiendo adulación traidora
La afrenta tu altivez aja y desdora.
  Ni vosotras, oh lilas! que la frente
Ceñís al tronco maternal altivas,
Pomposo en hoja, en ramas floreciente,
Hoy vuestro triunfo aplaudiréis festivas;
Amo aspirar el perfumado ambiente,
Cuando bañáis sus alas fugitivas;
Mas sois en cuna altísima mecidas,
No sombra á recibir, á dar nacidas.
  ¿Qué á mí la varia flor con que tu cima,
Amor al uso, altiva se engalana,
Si la inconstancia tu color anima,
Rival ó de la nieve, ó de la grana?
Si hay quien vuestra beldad eterna estima,
Que la ley del amor resiste ufana,
¡Oh siemprevivas! circundad su frente:
¡Nada pidáis á un corazón ardiente!
  Tú le hablas, ¡ay! admiración de Flora,
¡Oh milagrosa, oh dulce sensitiva!
Toma en tí la modestia encantadora
Virgíneo velo que el amor aviva:

Mas si á la noche, al aura silbadora
Niegas prudente tu hermosura esquiva,
El beso, tan sabroso diferido,
¿Por qué no premia al amador rendido?
¿Eres, dí, por ventura más modesta
Que la violeta pálida, amorosa,
Cuya beldad oculta en la floresta,
Revela solo el aura bulliciosa?
Salve ¡oh divina flor! tu encanto presta
Al arpa que decir tus glorias osa,
Y tu virtud y tu beldad proclama,
Y noble reina del jardín te llama.
Yo te miro nacer donde resbala
Sonante arroyo entre guijuelas de oro:
Brotas humilde entre la verde gala,
Creces oculta, espléndido tesoro.
El aroma dulcísimo que exhala
Tu cáliz, lleva el céfiro sonoro,
Y entre la rosa y el clavel ardiente
Hay quien tu aroma delicado siente.
Y si bajo las hojas maternales
Te hallan en sabia oscuridad envuelta,
Mira la luz tus gracias virginales,
De tu talle sutil la gracia esbelta;
No á fascinar los corazones sales
Como la rosa altiva y desenvuelta:
Bella, débil, modesta, halagadora,
¿Quién es el que te mira, y no te adora?
Crece, ¡oh tímida flor! do quiera veas
Latir de amor un corazón sensible,
Emblema dulce de su fuego seas,
Su amada como tú, bella, apacible;

Y pues de Flora el reino enseñoreas,
Y yo canté tu triunfo bonancible,
El aura que tu bálsamo respira
Hiera también las cuerdas de mi lira.

DON ENRIQUE GIL

UNA GOTA DE ROCÍO

Gota de humilde rocío
Delicada,
Sobre las aguas del río
Columpiada;
La brisa de la mañana
Blandamente,
Como lágrima temprana
Trasparente,
Mece tu bello arrebol
Vaporoso
Entre los rayos del sol
Cariñoso.
¿Eres, dí, rico diamante
De Golconda,
Que, en cabellera flotante
Dulce y blonda,
Trajo una Silfide indiana
Por la noche,
Y colgó en hoja liviana
Como un broche?

¿Eres lágrima perdida,
Que mujer
Olvidada y abatida
Vertió ayer?
¿Eres alma de algún niño,
Que murió,
Y que el materno cariño
Demandó?
¿Ó el gemido de espirante
Juventud,
Que traga pura y radiante
El ataúd?
¿Eres tímida plegaria,
Que alzó al viento
Una virgen solitaria
En un convento?
¿Ó de amarga despedida
El triste adiós,
Lazo de un alma partida
¡Ay! entre dos?
Quizá tu frágil belleza,
Quizá tus dulces colores,
Tus cambiantes y pureza,
Y tu esbelta gentileza,
Tus fantásticos albores,
Son imágenes risueñas
De contento y de ventura;
Son citas de una hermosura,
Son las tintas halagüeñas
De alguna mañana pura.
Que acaso bella te alzaste
Entre el cantar de las aves,

Y magnífica ostentaste
Tu púrpura y oro suaves,
Y con ellos te enlazaste.
Que acaso en cuna de flores
Viste la lumbre del día,
Y blando soplo de amores
Te llevó una noche umbría
En sus alas de colores.
Y en la rama suspendida
De un almendro floreciente
Oiste trova perdida,
En el perfumado ambiente
Por los ecos repetida.
Ruiseñor enamorado
Cantaba encima de tí,
Y junto al tronco arrugado
Oiste un beso robado
A unos labios de rubí.
Misterios, y colores, y armonías,
Encierras en tu seno, dulce sér,
Vago reflejo de las glorias mías,
Tímida perla que naciste ayer.
Pero es tan frágil tu existencia hermosa
Y tu espléndida gala tan fugaz,
Que es un vapor tu púrpura vistosa
Que quiebra el ala de un insecto audaz.
Mañana ¿qué será de tus encantos,
De tus bellos matices, pobre flor?
No habrá pesares para tí, ni llantos,
Ni más recuerdo que mi triste amor.
Si tu vida fué un soplo de ventura,
Si reflejaste el celestial azul,

No caigas, no, sobre esta tierra impura,
Desde tu verde tronco de abedul.
  Pídele al sol que con su rayo ardiente
Disipe por los aires tu vivir,
Ó á un pájaro de pluma reluciente
Que recoja en su pico tu zafir.
  Que no naciste tú para este suelo,
Para trocar en lodo tu beldad;
Tú, más baja que espíritu del cielo,
Más alta que la humana vanidad.
  Quédate ahí pendiente de tu rama,
Cual blanco mensajero de oración,
Que sólo el verte la esperanza inflama
Y alienta al quebrantado corazón.
  Quizá al pasar un ángel solitario
Te cubrirá con su ala virginal...
Si caes envolverá frío sudario
Tu forma vaporosa y celestial.

DON FERNANDO DE LA VERA E ISLA

EN LA TUMBA DE DON ENRIQUE GIL

No de altivo laurel rama frondosa
Colgaré yo con mano temeraria
Donde tu tierno corazón reposa
Bajo tumba modesta y solitaria;
Blanca azucena, y encendida rosa,
Llanto ardoroso, y síncera plegaria,
Serán los dones que mi amor te ofrece
Y que el recuerdo de tu amor merece.
Que tu existencia como el aura suave
Pasó sin ruido por el triste suelo,
Como la blanca estela de la nave,
Cual la línea que forma con su vuelo
Sobre el tendido firmamento el ave.
Así pasaste de la tierra al cielo,
Dejándola bañada en armonía
Los ecos de tu dulce poesía.
Ni á los aplausos de guerrera gloria,
Ni al rumor de tumultos populares
Mezcló tu nombre nuestra triste historia,
Ni la ambición lo guarda en sus altares.

Pura, como tu vida, tu memoria
Quedará en tus dulcísimos cantares,
Como queda en el vaso cristalino
La rica esencia de licor divino.
  Adiós, dulce poeta, tierno amigo,
Que en los helados brazos de la muerte
Hallaste al fin impenetrable abrigo
Contra los tiros de envidiosa suerte.
Si tu espíritu baja á ser testigo
Del llanto acerbo, que mi pecho vierte,
Huelle á lo menos tu querida sombra
De frescas flores olorosa alfombra.
  ¡Ay! esas flores, que mi amor te envía,
Regadas con el llanto de mis ojos,
Eran ayer emblema de alegría;
Hoy lo son de la muerte y los enojos.
Al esparcirlas en la tumba fría,
Que guarda para siempre tus despojos,
Imagen son á mi angustiada mente
Del bien pasado, y del dolor presente.

LA FUENTE

  ¿No ves esa fuente pura,
Cuya plácida corriente
Resbala desde la altura
  Dulcemente?
  ¡Cuán alegre y bulliciosa
Ya forma cintas de plata,
Ya entre los guijos medrosa
  Las desata!

Ya, con voluptuoso enlace,
Recibe en globos de perlas
Al aura, que las deshace
Por beberlas.
Ya, con ademán esquivo,
Rïéndose de su pena,
Burla su abrazo lascivo
En la arena.
Y sus ondas, en reposo,
Retratan con formas suaves
El vuelo raudo y gracioso
De las aves.
Corona el césped su frente
Con el menudo guijarro,
Tan limpio, que no consiente
Paso al barro;
Porque un velo virginal
Sobre su margen florida
Tiende, aún puro, el manantial
De su vida.
No lejos del blando lecho
Donde reposa esa fuente,
Se agita el hinchado pecho
Del torrente.
Se oyen de su frente rota
En las peñas los chasquidos,
Y del viento que lo azota
Los silbidos.
¡Cuán acongojada escucha
La pobre fuente apacible
Los ecos de aquella lucha
Tan terrible!

Paréceme en tu temblor
Inocente fuentecilla,
Que te apartas con pavor
De tu orilla.
¡Ay! cuando del seco estío
Caigan las espigas rubias,
Y venga el otoño frío,
Con sus lluvias,
Y tus ondas, hoy serenas,
Sientas crecer con furor,
Esparcirse por tus venas
El vigor,
Y á un desconocido impulso
Halles tu margen estrecho
Para el palpitar convulso
De tu pecho;
Ese terrible combate,
Cuyo rumor te intimida,
Porque en tu pecho aún no late
Bien la vida,
Tú misma lo buscarás,
Y en porfiada batalla,
Por ir hasta él romperás
Cerca y valla.
Tú misma, rotos los lazos
De tu retiro inocente,
Te arrojarás en los brazos
Del torrente,
É irás con él, sin saber
Quién te empuja en tu camino,
Si será pena ó placer
Tu destino.

Tal vez la cerúlea espalda
Tiendas por verde campiña,
Y á tus sienes den guirnalda
Mies y viña;
Y, de un cielo transparente
A los limpios resplandores,
Sea el espejo tu corriente
De las flores.
Tal vez, entre zarza y breñas
Despedazado tu seno,
Se arrastre sobre las peñas
Con el cieno,
Y en vez de florida alfombra
Y de risueño horizonte,
Te apesadumbre la sombra
De algún monte.
Pero alegre, ó afligida,
Correrás, que esa es tu suerte:
Ir enlazando la vida
Con la muerte.
Si te toca padecer
No te quejes, pues natura
De tu pena ó tu placer
No se cura.
Porque la voz misteriosa
Que en el mundo te recibe
No dijo: «Vive dichosa»:
Sino: «Vive».
Vive para algún objeto,
Que no te es dado saber,
Y se guarda en el secreto
De tu sér.

¿Puede en la ruidosa orquesta
Saber de si el instrumento
Por qué lanza un són de fiesta
O un lamento?
Tal vez es, en la armonía
Del universal conjunto,
Tu dolor ó tu alegría
Sólo un punto.
Vive y corre, ¿qué te importa?
Tu carrera ha de parar,
Triste, alegre, larga ó corta,
En el mar.
Allí, batido tu seno
Contra la barra alterada,
Dejará el grosero cieno
A la entrada:
Y si en el dolor deshecho,
Antes de hallar el reposo,
No queda en tu limpio lecho
Ningún poso,
Aquella parte más pura
De tu agitada existencia,
La que vertió en la llanura
Rica esencia,
La que dió jugo á las flores,
Y á los frutos de este suelo,
Subirá luego en vapores
Hasta el cielo.
Y el sol, que perpetuamente
Regocija el firmamento,
Le dará en cerco luciente
Su ornamento.

DON ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ

LA DÁDIVA DEL POETA

Mil esperanzas que en tu amor se abrieron
Aquí guardadas en el alma están.
Dime ¿tal vez para morir nacieron?
Dime ¿infelices como yo serán?
Oh! no desdeñes por humilde el ruego
Del que vive y respira para tí,
Que no hallarás quien con tan puro fuego
Te dé un amor como el que alienta en mí.
Puede otro amante en homenaje darte
Riquezas mil y joyas de valor,
Y con rico tocado engalanarte
Con perlas orientales brillador.
Yo, pobre trovador y sin fortuna,
Un corazón de fuego te daré,
Y tu frente, modesta cual la luna,
Con joya de gran precio adornaré.
Doble corona de laurel y rosa
Arrebatando al genio creador,
Yo la pondré sobre tu frente hermosa,
Sobre tu frente pálida de amor.

LA NOCHE DE VERANO

Hermosa noche, como el alma mía
Obscura y melancólica... salud!
Tu balsámico ambiente de ambrosía
Dulcifica piadoso mi inquietud.
Ay! que del sol la llama abrasadora
Mis ojos irritados deslumbró...
Bien hayas tú que, blanda y bienhechora,
Callando duermes cuando gimo yo.
Esa serena luz basta á mis ojos:
Ese triste rumor basta á mi afán:
Silencio y sombras buscan mis enojos,
Silencio y sombras anhelando están.
Y busco, en mi ansiedad, de tu aura fría
El fantástico arrullo vibrador,
De inefable y dulcísima armonía,
Grato al placer, benéfico al dolor.
Ahora puedo llorar! De mis querellas
El eco en tu silencio morirá,
Y la tímida luz de tus estrellas
Mi llanto solamente alumbrará.
Lloremos ¡ay! como mujer inerme
De tibia luna al trémulo arrebol!
Lloremos, sí, mientras el mundo duerme,
Antes que alumbre mi vergüenza el sol.
Venid y suspirando mansamente,
Céfiros de la noche, susurrad,
Y por el vago y silencioso ambiente
Los ecos de mis quejas derramad.

Venid... pero en silencio voluptuoso,
Trémulos, sin murmullos y sin voz,
Mientras dormita el mundo perezoso
En breves sueños de ilusión veloz.
Y llevad á mi bien con mi suspiro
Estos cantares de doliente son,
Y llevadla el amor en que deliro,
Y el fuego de mi ardiente corazón.
Y, oreando su negra cabellera
Y el seno que arde en amorosa lid,
Con perezosa calma lisonjera
En su oloroso lecho os adormid.
Soplad lascivos, céfiros de amores,
Con dulce y misterioso susurrar,
Y en jardines bebed blandos olores
Perfumando el ambiente de azahar.
Hermosa noche! en tu dormir tranquila
No escuchas, ay, mi lúgubre clamor!
Despierta, oh noche, y á mi hermosa dila
Que estoy velando con mortal dolor.
Mas si los ojos de mi hermoso dueño
Tal vez dormidos en la calma están,
Haz que me mire en su apacible sueño
Víctima triste de continuo afán.
Y en ilusión de lánguido embeleso
Blanda sonría y se estremezca á par,
Y, suspirando, regalado beso
Piense en mis labios con ardor clavar.
Que acaso á la ilusión de los placeres
Suele también el corazón latir,
Y es blando el corazón de las mujeres
A esa ilusión de celestial mentir.

DON GREGORIO ROMERO Y LARRAÑAGA

EL DE LA CRUZ COLORADA

ORIENTAL

Díme tú, el rey de los moros,
El de los bellos jardines,
El de los ricos tesoros,
El de los cien paladines,
El de las torres caladas
Con sus agujas labradas,
El de alcatifas morunas,
El rey de las medias lunas,
De los reyes soberano,
El de la Alhambra dorada,
El de la hermosa Granada,
¿En dónde está mi cristiano
El de la cruz colorada?
Bellos tus moros Gomeles
Y diestros son en la zambra:
Discretos son tus donceles
Si platican en la Alhambra:
Para las justas mañeros,

Para la liza guerreros,
Para cabalgar airosos,
Enamorando amorosos,
Modelos en lo galano
Y en su apostura extremada;
Pero algo falta en Granada,
Y es mi donoso cristiano
El de la cruz colorada.

Trovas discretas de amores
Tus granadinas merecen,
Mas tienes tú trovadores
Que esas bellas engrandecen:
Entre los bailes morunos
Dispuestos como ningunos;
En los adufes sonoros,
No hay otros como esos moros,
Que es su estilo cortesano.
Pero ¡ay! que fuera Granada
Más hermosa y celebrada
Cantándola mi cristiano
El de la cruz colorada.

Empavonados arneses,
Tocas de grana, almaizares,
De plata finos paveses
Y bordados capellares,
Y marlotas con borlones,
Y tunecinos jubones,
Y en sedas paños labrados
Por turbantes y tocados,
Realzan el aire ufano
De tu juventud preciada;
Pero ¡ay! que falta en Granada

La banda de mi cristiano
El de la cruz colorada.
Aquí del Dauro y Genil
Tus bridones corredores,
Esos de estampa gentil,
Esos que son los mejores;
Me admiran esos corceles
Guiados por tus donceles,
Ó en las ramblas piafando,
Ó por las calles ruando,
Dóciles siempre á la mano.
Pero ¡ay! que falta en Granada
La airosa yegua alheñada
De mi perdido cristiano
El de la cruz colorada.
¿Cautivo está entre cerrojos?
Dime, moro, si es tu esclavo:
Si vierten lloro sus ojos,
Si merced le harás al cabo,
Si te duelen mis dolores
Y sus tempranos amores,
Si puedo pagar sus prendas!
Ay! aunque esclava me vendas,
A mi deshonra me allano;
Iré á tu harem enlutada.
No seré más desdichada
Que si pierdo mi cristiano
El de la cruz colorada.
Yo soy la flor de Sevilla,
Y en Jerez, donde nací,
Me llaman su maravilla
Y aquí en Granada la Hurí.

No puedo darte, rey moro,
El alma, que es del que adoro;
Mas si en lo hermosa soy perla,
Tú, sultán, debes tenerla
Cual joya á tu fausto vano;
Como lámpara estimada
En tus serrallos colgada.
¡Ay! salve yo mi cristiano
El de la cruz colorada.

En el cerco de Antequera
Prendí ese cristiano yo;
Era su Alcaide, y él era
El que más moros mató.
En tanto que fuese vivo
Juré tenerle cautivo;
Mas tu amor templa mi saña,
Que en mujer es cosa extraña
Guarde fe quien ama en vano!
Y diera yo mi Granada
Por verte de mí prendada,
Como lo estás del cristiano
El de la cruz colorada.
Hermosa, enjuga tu lloro;
Lluvia es que empaña tu sien;
Sensible soy, aunque moro,
Y espléndido soy también.
No quiero por ser piadoso
Me ofrezcas don tan precioso:
Peleo yo con mi alfanje;
Mas consentir este canje
Fuera un tráfico villano.

«Abran la torre ferrada,
»Y á esa mujer dèsolada
»Entréguenla su cristiano
»*El de la cruz colorada.*»

Las órdenes del sultán
Cumplen siervos guardadores;
Ya está libre el capitán
Con su bella y sus amores.
«Bendito seas el moro,
»El de los palacios de oro
»Y harenes para el placer:»
Exclamaba una mujer
Mientras corre en su alazano
Con su cautivo abrazada.
«Bendito...» calló turbada
Porque la abraza el cristiano,
El de la cruz colorada.

DON JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS

RECUERDOS DE BAENA

Sobre una altura escarpada,
Cuyo solo aspecto admira,
Por los años respetada,
Una población alzada
Cual roca del mar, se mira.
Jardín de eterna verdura,
Rico en fragancia y colores,
Cerca en torno á aquella altura,
Que ramillete figura
Tejido de hermosas flores.
Villa fuerte y fronteriza,
Fué espanto y terror del moro;
Y su vega fertiliza
Un río, que se desliza
Por entre arenas de oro.
Denegridos torreones
Cual marcial corona ostenta:
Como otros tantos pregones,
Con que á las generaciones
Sus timbres de gloria cuenta.
Y allá en la cima, aun en pie,

De su castillo famoso,
Que obra del árabe fué,
Trocado en jardín el foso,
La fortaleza se ve.
Sus armas ennoblecidas,
Triunfantes en cien batallas,
Mantienen, allí esculpidas,
Cinco cabezas, rendidas
Delante de sus murallas.
Y cuentan las tradiciones,
Que guardó cautivo, allí
En aquellos torrëones,
Como prez de sus varones,
Al rey moro Boabdelí.
De veinte pueblos señora,
Alza su almenada frente;
Y al resplandecer la aurora,
Recibe allá triunfadora
Los homenajes de Oriente.
Envuelta en niebla sutil
Y celajes de arrebol,
Ve á sus plantas bellas mil,
Venciendo el florido Abril
Y eclipsando al mismo sol.
Las hermosas circasianas
No son á su lado bellas,
Ni pueden las georgianas
Levantar la frente ufanas
Donde la levantan ellas.
Que es tanta su bizarría
Y tan gentil su apostura,
Que, dando luces al día,

El encanto y la alegría
Difunden con su hermosura.
  Sus negros ojos abrasan
Y su mirar envenena;
Y por doquiera que pasan,
Los corazones traspasan
Las hermosas de Baena.
  Sus labios de grana son
Como encendido capullo;
Y es su acento, una canción,
Que conmueve el corazón
Con su armonioso murmullo.
  Y van siempre recatadas;
Porque saben que alucina
El candor de las tapadas:
Que no hay glorias más preciadas
Que las que el alma adivina.
  Pero á través de su velo
Un rostro dejan mirar,
Que los ángeles del cielo,
Si descendieran al suelo,
Tuvieran por qué envidiar.
  No ostentan en el tocado
Ni perfumes ni falsía,
Pero tienen vinculado
El gracejo celebrado
De la sal de Andalucía.
  No han menester más riqueza
Para cautivar de amor,
Que su gracia y gentileza:
Pues vale más su belleza
Que el falso adorno exterior.

Al Excmo. Señor

DON JACOBO MARÍA DE PARGA

CON MOTIVO

DE UN VIAJE QUE HIZO ÉSTE Á SALAMANCA

El mundanal estruendo y torbellino
Huyes, Jacobo, y buscas solitario
De la virtud el templo peregrino.
Dichoso tú, que libre del precario
Bajel, y de la sirte y golfo exento,
Te abrigas en el puerto hospitalario!
Combatido yo aquí por rudo viento,
El turbado timón sostengo apenas,
Ya el pecho quebrantado y sin aliento.
Las horas para tí vuelan serenas
En tanto, y los antiguos capiteles
Contemplas ya de la española Atenas.
Sus cúpulas doradas las cruëles
Manos del tiempo acaso confundieron,
Y talaron sus ínclitos laureles.
Do en la pasada edad resplandecieron,
Las ciencias, hoy de nuestro flaco orgullo
Desdén al par y escarnio recogieron.
Pues no del cierzo al destemplado arrullo,
Que tierna mies agosta y arrebata,
Abren las rosas virginal capullo.
Los mármoles y bronces, donde acata
Su saber de otros siglos la cultura,
Ya nada enseñan á la turba ingrata.

De sí misma olvidada, ni aun procura
Sus altos timbres conservar, ni advierte
Que ciega labrará su desventura.
Tú levantas erguido el pecho fuerte
Y la contemplas mísera! ¿Quién sabe
Si su inercia fatal podrá vencerte?...
En vano inquieres! Que tu acento grave
Asombra á los que doctos se apellidan,
Y huyen de tí, cual de siniestra ave.
No ya del sabio fundador convidan
Los nobles láuros á la docta Escuela,
Do caducas memorias solo anidan.
Subir la prole generosa anhela
Del árduo monte á la empinada cumbre,
Do la ciencia inmortal sus dones cela.
Mas al correr tras la distante lumbre
Sin guía, en hondo abismo se despeña,
Y sigue del error la servidumbre.
¿Por qué hoy se acogen á su negra enseña
Los que ayer ilustraban las edades?...
¿Por qué su orgullo la verdad desdeña?...
Al carro de mundanas vanidades
Uncidos, mueven el indocto labio
A disculpar sus torpes liviandades.
La razón al mirar en tanto agravio,
Cubre el rubor tu esclarecida frente
Y la asombrada faz ocultas sabio.
Ninguno precia de la edad presente,
Que de error en error ciega camina,
De otra edad los tesoros diligente!
Ni aun hallas de la ciencia á que te inclina,
La pura lumbre de tu ingenio raro,

Quien la senda frecuente peregrina.
  No el pórfido de Egipto, ni de Paro
El dócil mármol, ni el diamante duro
Que en Catay persigue inglés avaro:
  No el tostado león y tigre oscuro
De la desierta Hircania y Libia ardiente,
Ni el camello veloz y al par seguro:
  Tampoco la benéfica serpiente
Que América en su seno lleva y cría,
Ni el pez dorado que la mar consiente,
  Busques, Jacobo, en singular porfía:
Tu ciencia es ya culpada de enojosa,
Y, tal vez, condenada como impía!...
  Si al desplegar ligera y temblorosa
Sobre el nítido cáliz de las flores
Sus alas la versátil mariposa,
  Ostenta los bellísimos colores
Que los rayos del sol en mil cambiantes
Quiebran, robando al par sus resplandores;
  Si abre sus tiernos pétalos fragantes
De Jericó la rosa entre jazmines,
Estrellas de la aurora rutilantes,—
  No esperes, dulce amigo, ni imagines
Que hallarás quien contemple en su hermosura
De Dios la mano y los ocultos fines.
  Al levantar los ojos á la altura
Donde, en eternos ejes suspendido
Por invisible ley, el sol fulgura,—
  No, de insólito ardor el pecho herido,
Quien descubra hallarás su movimiento,
En tan sublime arcano embebecido.
  Si un tiempo de Colón el alto acento

Resonó en los dorados artesones,
Asombro de los sabios y portento,
  Desiertos de tan ínclitos varones
Yacen los nobles pórticos, trocadas
En fúnebre silencio sus lecciones.
  De sus preclaros timbres despojadas,
Las Musas huyen del recinto ameno,
Do se vieron de láuro coronadas.
  No ya soltando, cual sonoro trueno,
La voz fogosa y grave y expresiva
Que subyuga la mente, agita el seno,
  Se escucha al docto cordobés Oliva,
Ni vence el gran León la turba insana,
Que en su daño se ceba vengativa.
  Muda está del Brocense la romana
Elocuencia, durmiendo en triste olvido
Su doctrina, otro tiempo soberana.
  En vano en tu memoria va esculpido
Tanto recuerdo!... Que en tu pecho sólo
Hallan altar las ciencias erigido.
  La dulce voz del valenciano Polo,
Que venciera en sus cantos la ternura
De Tibúlo emulando al sacro Apolo,
  Envuelta ya en silencio y sombra oscura,
No repite de luso las canciones,
Del pastoril albergue en la ventura.
  Los mármoles de egrégias inscripciones
Cubre ignorante polvo, envilecidas
Sus glorias y sin fúlgidos blasones.
  En las rabiosas manos sacudidas,
Arde la destructora horrible tea,
Las fábricas del arte destruidas.

El rico alerce entre el escombro humea,
Y derrumbado el capitel famoso,
La torre de cien codos, ya flaquea.
El humo crece, y crece el espantoso
Crujir, y la alta bóveda cayendo,
El suelo gime al golpe fragoroso.
Al bárbaro estallido y ronco estruendo,
De las abiertas tumbas profanadas,
Un grito de dolor sale tremendo;
Y del oscuro centro levantadas,
Entre las turbias llamas resplandecen
De cien héroes las sombras veneradas.
En sus hondos asientos se estremecen
Las moles de granito, y convertidas
En polvo y en ceniza, desparecen.
Do las gigantes cúpulas bruñidas
Mostraban sus cabezas, donde alzaron
Nuestros padres sus preces doloridas,—
Ora tus tristes ojos encontraron
Incultos erïales, donde apenas
Las frágiles memorias se guardaron.
Entre el movible polvo y las arenas
Buscas, acaso, un nombre esclarecido,
Y en vano el pecho de esperanzas llenas.
Al cabo llorarás tu afán perdido;
Pues do brilló la losa funeraria,
El beleño retoña maldecido.
Ni aun,benigna una mano hospitalaria
Del oscuro naufragio y fiera ruina
Las reliquias salvó!... ¡Suerte contraria!
¿Dónde el sepulcro está del docto Espina?
¿Do el túmulo modesto?... ¿Do el lucillo,

Recuerdo humilde del festivo Encina?...
  Si de eterna aureola el puro brillo
Rodea de León la sien gloriosa,
Creciendo el láuro, á que mi frente humillo,
  No esperes, no, de su ignorada losa
Hallar ¡oh dulce amigo! algunas señas,
Ni el sitio descubrir donde reposa.
  Tal vez remueves calcinadas peñas,
Y entre ellas viendo mustia siempreviva,
La ansiada dicha alborozado sueñas.
  Mas ¡ay! Todo ilusión!... La raza altiva
Quiso escalar soberbia el alto cielo,
Los nobles restos esparciendo esquiva!
  Escombros, ruinas, tu incansable anhelo
Logra doquier, y tristes desengaños
De acíbar llenan de tu edad el hielo.
  La que admiraba un tiempo á los extraños,
Prez de Castilla y de la España gloria,
Cayó postrada al golpe de los años!
  Apenas reverdece la memoria
De la preclara salmantina Escuela,
Ilustre monumento de la Historia.
  Y es fama que en la noche oscura vuela
Sobre los altos muros leve sombra,
Que en llanto acerbo su dolor consuela;
  Y entre suspiros mil los hijos nombra
De la docta Academia, y lastimera
A la rústica gente al par asombra.
  La Musa es inmortal del grande Herrera,
La de sublime voz y alzado estilo,
Que, del Bétis dejando la ribera,
Viene á llorar los manes de Batilo!

DON ANTONIO DE TRUEBA

LA NIÑA DE OJOS AZULES

I

Ved á la dulce niña
De ojos azules
Risueña como el cielo
Cuando no hay nubes;
Vedla qué hermosa,
Vedla coloradita
Como las rosas!
Fué ayer á San Antonio
De la Florida,
Que da el Santo bendito
Novio á las niñas.
Y un bello novio
Le salió al dar la vuelta
De San Antonio.
Por eso está contenta,
Por eso canta
Como los pajaritos
Por la mañana;

Que era muy triste
Sin tener un mal novio
Cumplir los quince.
  El novio que á la niña
Salió ayer tarde,
Jura que la idolatra
Porque es un ángel;
Y ella es tan niña,
Que cree en juramentos
A pie juntillas.—
  Niña, palabras dulces
No te seduzcan,
Pues en el Diccionarío
Las hay de azúcar;
Préndate de hechos,
Pues en el Diccionario
No se hallan ésos.
  Si un galán te abandona,
No te dé pena;
Pronto encontrarás otro
Que más te quiera,
Pues, niña hermosa,
«Tienes ojos azules,
Ojos de gloria.»

II

  Niña de ojos azules,
Ojos de gloria,
Si estabas colorada
Como las rosas,

Hoy estás, niña,
Como las azucenas
Descolorida.
  Un besito apostemos
A que adivino
Por qué tienes el rostro
Descolorido...
Por más que calles,
En este mundo, niña,
Todo se sabe.
  Sales todas las noches
A tu ventana,
Y los hondos suspiros
Que en ella exhalas
Van á la mía
Y me lo cuentan todo,
Todito, niña.
  Tienes enferma el alma
De mal de amores;
Quieres y no te quieren...
¡Pícaros hombres!
Así son todos:
A la que quiere mucho
La quieren poco.
  No me admira el mal pago
De tus amores,
Que amores de este mundo
Buscan los hombres,
Y en mi concepto
Los tuyos se parecen
A los del cielo.
  ¡Quien espera en amores

Hallar la dicha
Cuando llora por ellos
La pobre niña,
La niña hermosa,
La de ojitos azules,
Ojos de gloria!

III

Te he visto en la Almudena
Muchas mañanas
A los pies de la Virgen
Arrodillada.
¿Por qué escondías
La cara con el velo
De tu mantilla?
Niña, se me figura...
¡Dios me perdone!
Que mezclabas con llanto
Tus oraciones.
¿Qué le pedías
A la Santa Patrona
De Madrid, niña?
¿Le pedías venganza
Contra el ingrato
Que su amor te rehusa,
Que un día acaso
Ante la Santa
Patrona de la villa
Fe te juraba?
Pero tus dulces ojos

Bien claro dicen
Que es amor, no venganza,
Lo que tú pides,
Quien tu amor siente,
En lugar de vengarse
Perdona y muere.
¡Ay, Dios, quién fuera dueño
De tu amor, niña,
Como aquel que te puso
Descolorida,
Que te desdeña,
Que ha trocado las rosas
En azucenas!
Por que tienes el alma
Que yo ambiciono,
Y el amor de los cielos
Miro en tus ojos.
Pues, niña hermosa,
«Tienes ojos azules,
»Ojos de gloria.»

IV

¡Silencio!... Las campanas
Tocan á muerto!
¿Si habrá muerto la niña
De ojos de cielo?
Sin duda es ella,
Que no la he visto há días
En la Almudena,
Que no se oyen suspiros

En su ventana,
Que están mustias las flores
Que ella regaba,
Que su cabello
Adornaba con tristes
Rosas de muerto!...
  Yo la hubiera querido
Con alma pura,
Como quieren las almas
Como la suya;
Pero esa niña
Me dijo: «Un amor basta
Para una vida.»
  Vengan ingratitudes
Otras mujeres;
Pero... ¡bendita aquélla
Que amando muere,
Por más que el mundo
Siembre ironía y burlas
En su sepulcro!
  Más allá del martirio
Se encuentra un cielo
Donde los nobles mártires
Tienen asiento,
Donde halla siempre
Amor de los amores
Quien de amor muere.
  Y en él está la niña
Desventurada
Que lloró en la Almudena
Muchas mañanas,
La niña hermosa,

La de ojitos azules,
Ojos de gloria.

LA PEREJILERA

Al salir el sol dorado
Esta mañana te ví
Cogiendo, niña, en tu huerto
Matitas de perejil.
Para verte más de cerca
En el huerto me metí,
Y sabrás que eché de menos
Mi corazón al salir.
Tú debiste de encontrarle,
Que en el huerto le perdí.
«Dámele, perejilera,
»Que te le vengo á pedir.»

LA SERRANA

I

Allá abajo en el valle
Tengo una choza;
Manzanitos floridos
Le dan su sombra,
Y entre las ramas
Cantan allí las aves
Por la mañana.

Al lado de mi choza
Mana una fuente,
Una fuente fresquita
Como la nieve,
Y á mi ventana
Trepan á darme flores
Las pasionarias.
Sólo falta á mi choza,
Y el alma busca,
Una cara de cielo
Como la tuya.
«Serrana hermosa,
»Deja tu serranía,
»Vente á mi choza.»

II

Esos ojos de cielo
Dicen, serrana,
Que el amor es la gloria
Que más te agrada.
Sígueme al valle,
Que amor de los amores
Allí he de darte.
Verás qué envidia tienen
Tus compañeras
Cuando al bajar á misa
Tu dicha vean,
Verás qué ingratas
Parecen estas sierras
A las serranas.

Como que tú mereces
Un paraíso,
Paraíso es la choza
Con que te brindo.
«Serrana hermosa,
»Deja tu serranía,
»Vente á mi choza.»

Á LA LUZ DE LAS ESTRELLAS

I

—¡Con que adiós, sol de los soles!
—¡Jesús! ¿tan pronto te vas?
—No me puedo detener,
Que el alba despunta ya,
Y si nos ven aquí hablando,
¡Sabe Dios lo que dirán!
—Pues si te vas, no me olvides.
—Yo no te olvido jamás.
¡Mal haya amén tu ventana
Que en el quinto cielo está!
—Si quieres una escalera,
En la iglesia la tendrán.
—Iré á pedirla muy pronto.
—Pues sólo así subirás.
—Adiós, sol.
—Adiós, lucero.
—Adiós, prenda.
—Adiós, galán.

¡Qué gallardo! ¡qué gallardo!
Le quisiera contemplar
Mientras atraviesa el raso
Que hay desde aquí al robledal.
«Estrellitas relumbrantes,
»Dadme vuestra claridad
»Para seguirle los pasos
»A mi amante que se va».

II

Entre los mozos del valle
No hay ninguno tan galán
Como el que el alma me roba,
Como el que mi esclavo es ya.
Ojos míos, ojos míos,
No le dejéis de mirar,
Que los suyos también miran
De cuando en cuando hacia acá.
De alegría va cantando...
¡Ay, qué precioso cantar!—
—«Aunque no quieran tus padres,
»Ni el cura, ni el sacristán,
»Si me cumples la palabra,
»Contigo me he de casar.»—
Nos casaremos, bien mío;
Y si no, me enterrarán.
Pero ya sale del raso,
Ya se acerca al robledal,
Ya la sombra de los robles
Me le ha empezado á ocultar...

«Estrellitas relumbrantes,
»Dadme vuestra claridad
»Para seguirle los pasos
»A mi amante que se va.»

DOÑA CAROLINA CORONADO

EL AMOR DE LOS AMORES

I

¿Cómo te llamaré para que entiendas
Que me dirijo á tí, dulce amor mío,
Cuando lleguen al mundo las ofrendas
Que desde oculta soledad te envío?...
A tí, sin nombre para mí en la tierra
¿Cómo te llamaré con aquel nombre,
Tan claro, que pueda ningún hombre
Confundirlo, al cruzar por esta sierra?
¿Cómo sabrás que enamorada vivo
Siempre de tí, que me lamento sola
Del Gévora que pasa fugitivo
Mirando relucir ola tras ola?
Aquí estoy aguardando en una peña
A que venga el que adora el alma mía;
¿Por qué no ha de venir, si es tan risueña
La gruta que formé por si venía?
¿Qué tristeza ha de haber donde hay zarzales
Todos en flor, y acacias olorosas,

Y cayendo en el agua blancas rosas,
Y entre la espuma lirios virginales?
  Y ¿por qué de mi vista has de esconderte;
Por qué no has de venir si yo te llamo?
¡Porque quiero mirarte, quiero verte
Y tengo que decirte que te amo!
  ¿Quién nos ha de mirar por estas vegas
Como vengas al pie de las encinas,
Si no hay más que palomas campesinas
Que están también con sus amores ciegas?
  Pero si quieres esperar la luna,
Escondida estaré en la zarza-rosa,
Y si vienes con planta cautelosa
No nos podrá sentir paloma alguna.
  Y no temas si alguna se despierta,
Que si te logro ver, de gozo muero,
Y aunque después lo cante al mundo entero,
¿Qué han de decir los vivos de una muerta?

II

  Como lirio del sol descolorido
Ya de tanto llorar tengo el semblante,
Y cuando venga mi gallardo amante,
Se pondrá al contemplarlo entristecido.
  Siempre en pos de mi amor voy por la tierra
Y creyendo encontrarle en las alturas,
Con el naciente sol trepo á la sierra,
Con la noche desciendo á las llanuras.
  Y hallo al hambriento lobo en mi camino
Y al toro que me mira y que me espera;

En vano grita el pobre campesino
«No cruces por la noche la ribera».
  En la sierra de rocas erizada,
Del valle entre los árboles y flores,
En la ribera sola y apartada
He esperado al amor de mis amores.
  A cada instante lavo mis mejillas
Del claro manantial en la corriente,
Y le vuelvo á esperar más impaciente
Cruzando con afán las dos orillas.
  A la gruta te llaman mis amores;
Mira que ya se va la primavera
Y se marchitan las lozanas flores
Que traje para tí de la ribera.
  Si estás entre las zarzas escondido
Y por verme llorar no me respondes,
Ya sabes que he llorado y he gemido,
Y yo no sé, mi amor, por qué te escondes.
  Tú pensarás, tal vez, que desdeñosa
Por no enlazar mi mano con tu mano
Huiré, si te me acercas, por el llano
Y á los pastores llamaré medrosa.
  Pero te engañas, porque yo te quiero
Con delirio tan ciego y tan ardiente,
Que un beso te iba á dar sobre la frente
Cuando me dieras el adiós postrero.

III

  Dejaba apenas la inocente cuna
Cuando una hermosa noche en la pradera

Los juegos suspendí por ver la luna
Y en sus rayos te ví, la vez primera.
  Otra tarde después, cruzando el monte,
Ví venir la tormenta de repente,
Y por segunda vez, más vivamente
Alumbró tu mirada el horizonte.
  Quise luego embarcarme por el río
Y hallé que el són del agua que gemía,
Como la luz mi corazón hería,
Y dejaba temblando el pecho mío.
  Me acordé de la luna y la centella,
Y entonces conocí que eran iguales
Lo que sentí escuchando á los raudales,
Lo que sentí mirando á la luz bella.
  Vago, sin forma, sin color, sin nombre,
Espíritu de luz y agua formado,
Tú de mi corazón eras amado
Sin recordar en tu figura al hombre.
  Angel eres, tal vez, á quien no veo
Ni lograré, jamás, ver en la tierra;
Pero sin verte en tu existencia creo
Y en adorarte mi placer se encierra.
  Por eso entre los vientos bramadores
Salgo á cantar por el desierto valle,
Pues aunque en el desierto no te halle,
Ya sé que escuchas mi canción de amores.
  Y ¿quién sabe si al fin tu luz errante
Desciende con el rayo de la luna,
Y tan sola otra vez, tan sola una,
Volveré á contemplar tu faz amante?
  Mas, si no te he de ver, la selva dejo,
Abandono por siempre estos lugares,

Y peregrina voy hasta los mares,
A ver si te retratas en su espejo.

IV

He venido á escuchar los amadores
Por ver si entre sus ecos logro oirte,
Porque te quiero hablar para decirte
Que eres siempre el amor de mis amores.
Tú ya sabes, mi bien, que yo te adoro
Desde que tienen vida mis entrañas,
Y vertiendo por tí mares de lloro
Me cansé de esperarte en las montañas.
La gruta que formé para el estío
La arrebató la ráfaga de Octubre...
¿Qué he de hacer allí sola al pie del río
Que todo el valle con sus aguas cubre?
Y ¡oh Dios! quién sabe si de tí me alejo
Conforme el valle solitario huyo,
Si no suena jamás un eco tuyo
Ni brilla de tus ojos un reflejo.
Por la tierra ¡ay de mí! desconocida,
Como el Gévora, acaso, arrebatada,
Dejo mi bosque y á la mar airada
A impulso de este amor corro atrevida.
Mas si te encuentro á orilla de los mares
Cesaron para siempre mis temores,
Porque puedo decirte en mis cantares
Que tú eres el amor de mis amores.

V

Aquí tu barca está sobre la arena:
Desierta miro la extensión marina:
Te llamo sin cesar con tu bocina
Y no pareces á calmar mi pena.
Aquí estoy en la barca triste y sola
Aguardando á mi amado noche y día;
Llega á mis pies la espuma de la ola,
Y huye otra vez, cual la esperanza mía.
¡Blanca y ligera espuma trasparente,
Ilusión, esperanza, desvarío,
Como hielas mis pies con tu rocío
El desencanto hiela nuestra mente!
Tampoco es en el mar á donde él mora,
Ni en la tierra mi amor quizás existe:
¡Ay! dime si en la tierra te escondiste
O si dentro del mar estás ahora.
Porque es mucho dolor que siempre ignores
Que yo te quiero ver, que yo te llamo
Solo para decirte que te amo,
Que eres siempre el amor de mis amores!

VI

Pero te llamo yo ¡dulce amor mío!
Como si fueras tú mortal viviente,
Cuando solo eres luz, eres ambiente,
Eres aroma, eres vapor del río.

Eres la sombra de la nube errante,
Eres el són del árbol que se mueve,
Y aunque á adorarte el corazón se atreve,
Tú solo en la ilusión eres mi amante.
Hoy me engañas también como otras veces;
Tú eres la imagen que el delirio crea,
Fantasma del vapor que me rodea,
Que con el fuego de mi aliento creces.
Mi amor, el tierno amor por el que lloro
Eres tan solo tú ¡señor Dios mío!
Si te busco y te llamo, es desvarío
De lo mucho que sufro y que te adoro.
Yo nunca te veré, porque no tienes
Ser humano, ni forma, ni presencia:
Yo siempre te amaré, porque en esencia
A el alma mía como amante vienes.
Nunca en tu frente sellará mi boca
El beso que al ambiente le regalo;
Siempre el suspiro que á tu amor exhalo
Vendrá á quebrarse en la insensible roca.
Pero cansada de penar la vida,
Cuando se apague el fuego del sentido,
Por el amor tan puro que he tenido!
Tú me darás la gloria prometida.
Y entonces al ceñir la eterna palma,
Que ciñen tus esposas en el cielo,
El beso celestial, que darte anhelo,
Llena de gloria te dará mi alma.

A MI HIJA MARIA CAROLINA

¡Oh! mucho tiempo, sí; desde que era
Tan niña, que en el campo me dormía
Cuando el sueño feliz me sorprendía
Jugando por la siesta en la pradera.
Hace ya que sentí por vez primera
Una emoción de pena y de alegría,
Que me arrancaba lágrimas extrañas
De la misma raíz de las entrañas.
Sólo con ver el álamo primero
Cubrirse en Marzo de verdor naciente
Y á la primer caricia del ambiente
Brotar el lirio á orilla del sendero;
Y á la cría del pato marinero
Del arroyo cruzando la corriente,
De placer y dolor me estremecía
Y lloraba á la par que sonreía.
El vago revolar de algún polluelo
Que por primera vez dejaba el nido,
Y del otro más joven que escondido
Piaba sin poder alzar su vuelo,
Me llenaban de gozo y de desvelo
El tierno afán y bullicioso ruido,
Y allí, en el árbol la atención cautiva,
Quedaba silenciosa y pensativa.
Si en los huertos buscando dulces flores
Una oruga, en capullo, me encontraba,
En el hueco de un tronco la guardaba
Donde el sol la prestase sus ardores;

Y cuando ya las alas de colores,
Rompiendo su prisión la bella esclava,
Por vez primera al aire sacudía,
Yo lloraba de pena y de alegría.
  Siempre cuando la luna del estío
Nacer veía en el sereno cielo,
Levantaba mis brazos con anhelo
Para estrecharla contra el pecho mío;
Y cuando el astro sosegado y frío
Ocultaba la niebla entre su velo,
Como ausencia de prenda más querida,
Me dejaba impaciente y afligida.
  Yo recuerdo aquel ansia palpitante
Que agitaba mi vida en su mañana
Cuando en las mansas ondas del Guadiana
Se retrataba mi infantil semblante.
Viendo una vaga niña andar flotante
Allá en el fondo, con mi mano insana
Dividía el cristal en mil pedazos
Por querer estrecharla entre mis brazos...
  Pimpollo de los álamos frondosos,
Blanco lirio brotado con la aurora,
Ave nueva de pluma encantadora,
Mariposa de huertos olorosos,
Luna de los estíos más hermosos,
Del agua peregrina moradora,
Encanto de mi alma... ¡Tú, hija mía,
Eras aquel amor que yo sentía!
  ¡Ah! si la torpe y ruda inteligencia,
De mi materno amor siempre ignorante,
Me hubiera dado la preciosa ciencia
De adivinar tu ser por un instante;

Si hubiera comprendido tu existencia,
Si hubiera contemplado tu semblante,
¡Cómo hubiera lanzado ni un gemido
Hija del corazón cuando has nacido!
  Gemido fué de vanidosa artista,
Cuya vida á la gloria consagrada,
De su espíritu flaco y egoísta
No puede dar al sufrimiento nada;
Mas presto yo cuando fijé mi vista
En tu hermosa cabeza idolatrada,
Arrepentida con supremo encanto,
Vertí sobre ella generoso llanto.
  ¡Ay! ¡Cuánto tiempo consumí de vida
Atenta de la fama al vano ruido;
Cuán feliz pude ser y no lo he sido
Hasta que tú naciste, hija querida!
Mas, no de lauro me verás ceñida,
Porque si algunas hojas he obtenido,
Yo ya no quiero para mí ninguna,
Todas están para adornar tu cuna.
  El alma, Carolina, el alma llora
Los años que no pude consagrarte;
Los días que he vivido sin mirarte
Son para mí de pesadumbre ahora!
Volver quisiera á mi naciente aurora
Y seguirte por siempre y no dejarte,
Aunque mi númen á mi genio adverso,
No me inspirase nunca un solo verso.
  ¡Perdóname aquel tiempo ya pasado
En que tanto canté, porque creía
Que era ambición la pena que sufría
Mi pobre corazón desamparado;

La juventud fecunda que he gastado
En inútiles ecos de poesía,
Quisiera recobrar, y uno por uno
Darte mis años sin guardar ninguno!
  Si canto ya, será para adormirte,
Y si me ven con el oído atento
No será para oir mi propio acento,
Será, si te despiertas, para oirte;
Si canto ya será para decirte
Lo que al mecerte entre mis brazos siento;
Pero jamás al número sujeta
Cantaré con el tono del poeta.
  Si quiere ser de mi talento amigo
El númen de los niños inocente,
Yo aprenderé del habla balbuciente
Los vagos tonos para hablar contigo...
Pero ¿cuándo hablarás? Ya en el Oriente
Vuelve á rayar el sol que fué testigo
De mi santo dolor y gozo extraño
Y ya se cumple de tu vida un año!
  Habla para rezar, habla, hija mía,
Que hoy temblando medrosa por tu suerte
Me acuerdo más que nunca de la muerte
Y quiero que le rezes á María;
Ella fué nuestro amparo y nuestra guía,
Ella vino á salvarte y protegerte,
Y aunque amenace la enemiga estrella,
Libres estamos si nos guarda Ella.
  ¡Ah! yo quisiera con mi boca amante
Transmitir el acento á tu garganta
Para que el himno de su gloria santa
Tu boca perfectísima le cante;

¡Ah! si te inspiro yo mi fe constante,
Luego podré morir sin pena tanta;
Porque al dejarte, entonces, decir puedo:
«*¡Se va mi sombra, pero yo me quedo!*»

Á UN POETA DEL PORVENIR

No has nacido á la luz, mas yo te amo;
Espíritu que aún flota en el abismo,
Yo tu futuro corazón reclamo
Cuando no tienes ser para tí mismo.
No á la pureza de mi amor agrada
Forma visible que la mente ofusca;
En los vagos espacios de la nada
La ardiente fe de mi pasión te busca.
¿La nada he dicho?—no: el ser que vive
En el sol, en las nieblas, en el viento,
Que en el espacio inspiración recibe
De la eléctrica luz del pensamiento.
¿Qué importa si fué ayer, ó si es mañana,
Si naciste después, ó si antes vienes,
Si tienes en el mundo forma humana,
Ó en espíritu solo te mantienes?
Todo en la eternidad al par existe,
No hay al alma pasado ni futuro,
Y tu, genio, tal vez apareciste
Como lucero en nuestro cielo oscuro.
Tal vez es ya tu voz esa que suena
Del mar en las profundas soledades,
Y no hay en la creación otra sirena
Que el cantor inmortal de las edades.

Tal vez de nuevo, tú, serás Homero,
Que siguiendo en el turno del cometa]
Para alumbrar al siglo venidero
Vendrás á visitar nuestro planeta.
Tal vez los que en el siglo hemos nacido,
Cantores hoy del mundo transformado,
Delante de tu carro hemos venido
Y tu genio á cantar nos ha impulsado.
Tal vez mi propio ser, mi propia vida,
Tal vez el alto amor que por tí siento,
Son chispa de tu genio desprendida
Que al mundo arrojas para darme aliento.
Tal vez como la pálida alborada
Precursora del astro soberano
El alma que te canta enamorada
Anuncia de tus glorias el arcano.
Tal vez entre tinieblas descendiendo
Á la mente sedienta de armonía,
En impalpable ser estás viviendo
Y eres el alma, tú, del alma mía.
Tal vez voy á morir, oruga inerte
Que en ciega cárcel sepultó sus galas,
Y en el instante mismo de mi muerte
Extiendas tú las deslumbrantes alas.
Y aún hallarás las flores palpitando
Al beso del amor que puse en ellas,
Y de los valles en el césped blando
Junto á las fuentes hallarás mis huellas.
Y de mí te hablarán todas las aves,
Y mis ensueños te dirá la luna,
Y hasta el contrario mar en sones graves
Te contará el rigor de mi fortuna.

Y «¿por qué—me dirás—por qué sufriste
»Alma sensible, para el bien nacida,
»Por qué tu musa solitaria y triste
»No cantó los placeres de la vida?
»Quién eres tú, que con audacia extraña
»Rasgando al porvenir el negro velo,
»Desciendes del abismo hasta la entraña
»Para buscarme en tu amoroso anhelo?
»¿Quién fuiste tú, del siglo transcurrido
»Vaga memoria, evocación doliente,
»Que luchas con las sombras del olvido
»Para llegar cual rayo hasta mi mente?»
—¿Quién fuí, quién soy?—El eco de este canto,
Del infortunio la viviente queja,
De la afligida humanidad el llanto,
El adiós de la musa que se aleja.
La negra prensa, la moderna lira,
Mi libro amante llevará á tus brazos,
Y en estos versos que el dolor inspira
Encontrarás mi alma hecha pedazos.
Mi voz ingenua cantará á tu oido
De nuestro siglo la infernal locura,
Y del alma sabrás cuanto ha sufrido
En sus horas de horrible calentura.
Nosotros somos los que en gran cadena
Lleva el vapor como á la muerte al reo,
Y nos arrastra desde el Ebro al Sena
Las entrañas rompiendo al Pirineo;
Los que del Cénis por la cumbre vamos
Cabalgando en corcel de viva lumbre,
Y sus eternas moles taladramos
Para cruzar después bajo su cumbre;

Los que en el fondo de insondados mares
Políglotas serpientes extendimos,
Los que á la industria consagrando altares,
Del mar Rojo los límites rompimos;
Los que á Atlante y Pacífico enlazamos
De hierro con perpetuos eslabones,
Los que del arpa eléctrica colgamos
En los aires los mágicos bordones;
Y el Dios de la mecánica triunfante
Su carro ornando de laurel y palmas
Sobre el cristiano mundo agonizante
Pasó rompiendo nuestras mismas almas.
Y tú nos hallarás como el viajero
Que del Alpe al subir la cumbre helada
Encuentra al atrevido compañero
Que pereció en mitad de la jornada.
Y ráfaga de luz en noche umbría
Tu mente penetrando en lo pasado,
Al ver la gloria bajo planta impía
Nos llamarás con grito desolado.
Y en vano clamarás.—Rudos silbidos,
Hierros que crujen como en son de guerra,
Ojos sin vista rojos y encendidos
Á todas horas cruzarán la tierra.
Rugiendo con fragor la rueda infame
Que mil guerreros á traición sepulta,
Cuando el honor á combatir te llame
Entre las selvas hallarás oculta.
Y buscarás la libertad en vano,
La libertad bajo el cañón perece,
Y el cañón de la tierra soberano
Las artes y las glorias ensordece...

¡Mas—¿por qué has de nacer?... Que gire el
Sin la luz inmortal de la poesía, [mundo
De la materia al germinar fecundo
Rodando en los espacios todavía.

Y en un astro mejor, y en otra esfera
Nazca la humanidad, y el genio cante:
¡No temáis del espíritu que muera,
Esperad que á los cielos se levante!

D.ª GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

Á ÉL

En la aurora lisonjera
De mi juventud florida,
En aquella edad primera
—Breve y dulce primavera
De tantas flores vestida—
Recuerdo que cierto día
Vagaba con lento paso
Por una floresta umbría,
Mientras que el sol descendía
Melancólico á su ocaso.
Mi alma—que el campo enajena—
Se agitaba en vago anhelo,
Y en aquella hora serena
—De místico encanto llena
Bajo del tórrido cielo—
Me pareció que el sinsonte
Que sobre el nido piaba,
Y la luz que acariciaba
La parda cresta del monte,
Cuando apacible expiraba,

Y el céfiro, que al capullo
Suspiros daba fugaz,
Y del arroyo el murmullo,
Que acompañaba el arrullo
De la paloma torcaz,
Y de la oveja el balido,
Y el cántico del pastor,
Y el soñoliento rumor
Del ramaje estremecido...
¡Todo me hablaba de amor!
Yo—temblando de emoción—
Escuché concento tal,
Y en cada palpitación
Comprendí que el corazón
Llamaba á un sér ideal.
Entonces, ¡ah! de repente,
—No como sombra de un sueño,
Sino vivo, amante, ardiente—
Se presentó ante mi mente
El que era su ignoto dueño.
Reflejaba su mirada
El azul del cielo hermoso;
No cual brilla en la alborada,
Sino en la tarde, esmaltada
Por tornasol misterioso.
Ni hercúlea talla tenía;
Mas esbelto—cual la palma—
Su altiva cabeza erguía,
Que alumbrada parecía
Por resplandores del alma.
Yo, en profundo arrobamiento,
De su hálito los olores

Cogí en las alas del viento,
Mezclado con el aliento
De las balsámicas flores;
Y hasta su voz percibía,
—Llena de extraña dulzura—
En toda aquella armonía
Con que el campo despedía
Del astro rey la luz pura.
¡Oh alma! dí: ¿quién era aquel
Fantasma amado y sin nombre?...
¿Un genio? ¿Un ángel? ¿Un hombre?
¡Ah, lo sabes! era ÉL:
Que su poder no te asombre.

Volaban los años y yo vanamente
Buscando seguía mi hermosa visión...
Mas dió al fin la hora; brillar ví tu frente:
Y «es él», dijo al punto mi fiel corazón.
Porque era, no hay duda, tu imagen querida
—Que el alma inspirada logró adivinar—
Aquella que en alba feliz de mi vida
Miré para nunca poderla olvidar.
Por tí fué mi dulce suspiro primero;
Por tí mi constante secreto anhelar...
Y en balde el destino—mostrándose fiero—
Tendió entre nosotros las olas del mar.
Buscando aquel mundo que en sueños veía,
Surcólas en tiempo valiente Colón...
Por tí—sueño y mundo del ánima mía—
También yo he surcado su inmensa extensión.
Que no tan exacta la aguja al marino
Señala el lucero que lo ha de guiar,

Cual fija mi mente marcaba el camino
Do hallar de mi vida la estrella polar.
  Mas ¡ay! yo en mi patria conozco serpiente
Que ejerce en las aves terrible poder...
Las mira, les lanza su soplo atrayente,
Y al punto en sus fauces las hace caer.
  ¿Y quién no ha mirado gentil mariposa
Siguiendo la llama que la ha de abrasar?...
¿Ó quién á la fuente no vió presurosa
Correr á perderse sin nombre en el mar?...
  ¡Poder que me arrastras! ¿Serás tú mi llama?
¿Serás mi océano? ¿Mi sierpe serás?...
¿Qué importa? Mi pecho te acepta y te ama,
Ya vida, ya muerte le aguarde detrás.
  Á la hoja que el viento potente arrebata,
¿De qué le sirviera su rumbo inquirir?...
Ya la alce á las nubes, ya al cieno la abata,
Volando, volando le habrá de seguir.

AMOR Y ORGULLO

I

  Los negros cabellos
Al viento tendidos,
Los ojos hundidos,
Marchita la tez,
Hoy llora humillada
La hermosa María,
Ejemplo algún día
De altiva esquivez.

Su pecho acongoja
Profundo quebranto;
No alivia su llanto
Su acerbo dolor;
Que en triste abandono
Su amante la deja,
De bronce á su queja,
De hielo á su ardor.
El alba tres veces
Ha visto su pena,
La luna serena
Tres veces también;
Y lenta una hora
Tras otra ha seguido,
Sin que haya traído
Ninguna á su bien.
Ni un punto la noche
Sus ansias sosiega,
Que el sueño le niega
Su efímera paz;
Insomne á los vientos
Les cuenta su historia...
Guardó mi memoria
Su canto fugaz.

II

«Un tiempo hollaba por alfombra rosas;
Y nobles vates, de mentidas diosas
Prodigábanme nombres;
Mas yo, altanera, con orgullo vano,

Cual águila real al vil gusano,
Contemplaba á los hombres.»
«Mi pensamiento—en temerario vuelo—
Ardiente osaba demandar al cielo
Objeto á mis amores:
Y si á la tierra con desdén volvía
Triste mirada, mi soberbia impía
Marchitaba sus flores.»
«Tal vez por un momento caprichosa
Entre ellas revolé, cual mariposa,
Sin fijarme en ninguna;
Pues de místico bien siempre anhelante,
Clamaba en vano, como tierno infante
Quiere abrazar la luna.»
«Hoy, despeñada de la excelsa cumbre,
Do osé mirar del sol la ardiente lumbre
Que fascinó mis ojos,
Cual hoja seca al raudo torbellino,
Cedo al poder del áspero destino...
¡Me entrego á sus antojos!»
«Cobarde corazón, que el nudo estrecho
Gimiendo sufres, dime: ¿qué se ha hecho
Tu presunción altiva?
¿Qué mágico poder, en tal bajeza
Trocando ya tu indómita fiereza,
De libertad te priva?»
«¡Mísero esclavo de tirano dueño;
Tu gloria fué cual mentiroso sueño,
Que con las sombras huye!
Dí, ¿qué se hicieron ilusiones tantas
De necia vanidad, débiles plantas
Que el aquilón destruye?»

«En hora infausta á mi feliz reposo;
¿No dijiste, soberbio y orgulloso:
—Quién domará mi brío?
¡Con mi solo poder haré, si quiero,
Mudar de rumbo al céfiro ligero
Y arder al mármol frío!—»
«¡Funesta ceguedad! ¡Delirio insano!
Te gritó la razón... Mas ¡cuán en vano
Te advirtió tu locura!...
Tú misma te forjaste la cadena,
Que á servidumbre eterna te condena,
Y á duelo y amargura.»
«Los lazos caprichosos que otros días
—Por pasatiempo—á tu placer tejías,
Fueron de seda y oro:
Los que hora rinden tu valor primero
Son eslabones de pesado acero,
Templados con tu lloro.»
«¿Qué esperaste, ¡ay de ti! de un pecho helado,
De inmenso orgullo y presunción hinchado,
De víboras nutrido?
Tú—que anhelabas tan sublime objeto—
¿Cómo al capricho de un mortal sujeto
Te arrastras abatido?»
«¿Con qué velo tu amor cubrió mis ojos,
Que por flores tomé duros abrojos
Y por oro la arcilla?...
¡Del torpe engaño mis rivales ríen,
Y mis amantes, ¡ay! tal vez se engríen
Del yugo que me humilla!»
«¿Y tú lo sufres, corazón cobarde?
¿Y de tu servidumbre haciendo alarde,

Quieres ver en mi frente
El sello del amor que te devora?...
¡Ah! velo, pues, y búrlese en buen hora
De mi baldón la gente.»
«¡Salga del pecho—requemando el labio—
El caro nombre, de mi orgullo agravio,
De mi dolor sustento!...
¿Escrito no le ves en las estrellas
Y en la luna apacible, que con ellas
Alumbra el firmamento?»
«¿No le oyes, de las auras al murmullo?
¿No le pronuncia—en gemidor arrullo—
La tórtola amorosa?
¿No resuena en los árboles, que el viento
Halaga con pausado movimiento
En esa selva hojosa?»
«De aquella fuente entre las claras linfas,
¿No le articulan invisibles ninfas
Con eco lisonjero?...
¿Por qué callar el nombre que te inflama,
Si aun el silencio tiene voz, que aclama
Ese nombre que quiero?...»
«Nombre que un alma lleva por despojo;
Nombre que excita con placer enojo,
Y con ira ternura;
Nombre más dulce que el primer cariño
De joven madre al inocente niño,
Copia de su hermosura:»
«Y más amargo que el adiós postrero
Que al suelo damos, donde el sol primero
Alumbró nuestra vida.
Nombre que halaga y halagando mata;

Nombre que hiere—como sierpe ingrata—
Al pecho que le anida...»
«¡No, no lo envíes, corazón, al labio!...
¡Guarda tu mengua con silencio sabio!
¡Guarda, guarda tu mengua!
¡Callad también vosotras, auras, fuente,
Trémulas hojas, tórtola doliente,
Como calla mi lengua!»

III

Con un gemido enmudeció María.
Y—dando de rubor visible muestra—
Su rostro, que el amor enardecía,
Cubrió un momento con su blanca diestra.
Mas luego se alza, y en su altiva frente
Ya la victoria del orgullo miro,
Cual si del pecho su pasión ardiente
Lanzase envuelta en el postrer suspiro...
Cuando á leve rumor—que entre la hierba
Suena—de humana planta producido,
En medio de su orgullo y saña acerba,
La despechada amante presta oído.
¡Cuál late el corazón! ¡Con qué zozobra
Aquel rumor aproximarse escucha!...
¡Amor su cetro vacilante cobra:
En vano la razón se esfuerza y lucha!
¡Él es! ¡Allí está ya!... Clama el orgullo:
—Tente y escucha mis acentos: ¡tente!—
Mas piérdese su voz, cual el murmullo
De humilde arroyo al ruido del torrente;

Que cuando amor tan imperioso grita,
Razón y orgullo á su placer sofoca,
Y al corazón turbado precipita,
Cual bajel sin timón, de roca en roca.
¡Él es! ¡Allí está ya! Desdén, ausencia,
Todo lo olvida la infeliz María;
Que al verse de su amado en la presencia,
La noche se convierte en claro día.
¡Feliz si en pos de la fatal quimera,
Que hora la inunda en célico contento,
Al despertar del sueño no la espera
Desencanto mayor, mayor tormento!
¡Feliz si de su orgullo la memoria
No turba más su pecho sojuzgado!...
¡Feliz si en el sepulcro de su gloria
Su amor también no deja sepultado!

LA CRUZ

¡Canto la Cruz! ¡Que se despierte el mundo!
¡Pueblos y reyes, escuchadme atentos!
¡Que calle el universo á mis acentos
Con silencio profundo!
¡Y tú, supremo Autor de la armonía,
Que prestas voz al mar, al viento, al ave,
Resonancia concede al arpa mía,
Y en conceptos de austera poesía
El poder de la Cruz deja que alabe!
Se asombra el orbe, se conmueve el cielo,
De ese nombre al lanzar eco infinito,
Que aterroriza al inmortal precito

En su mansión de duelo.
¡Canto la Cruz! El ángel, de rodillas,
Postra á tal voz la luminosa frente;
Tú, excelso querubín, tu ciencia humillas;
Y del amor las altas maravillas,
Absorto adora el serafín ardiente.
Alzad vuestro pendón brillante y puro,
¡Oh de la fe sublimes campeones!
Y que su luz dirija las naciones
Al porvenir obscuro.
Sólo él, que á miles las victorias cuenta,
Disipar puede sombras y vestiglos...
Sólo él, que eterno la verdad sustenta,
Y—como en firme pedestal—se asienta
En la cerviz de diez y nueve siglos.
¡Alzad, alzad vuestro estandarte regio,
A cuyo aspecto hundiéronse al abismo
Los dioses del antiguo paganismo,
Desde su Olimpo egregio!
¡Alzadlo, cual lo alzó resplandeciente
—Como emblema de triunfo—Constantino
Sobre el cesáreo lauro de su frente,
Las águilas de Roma armipotente
Parias rindiendo al lábaro divino!
Alzadlo cual le halló—noble, pujante,
Más fuerte que los pueblos y los reyes—
Sobre escombros de razas y de leyes
El bárbaro triunfante.
Por sus bridones con desprecio hollado
Fué el esplendor romano envejecido;
Mas de esa Cruz ante el poder sagrado
Detúvose el torrente desbordado,

Y el ruego al vencedor dictó el vencido.
  Alzadlo cual se alzó, piadoso y bello,
A ennoblecer bajo su blando yugo
El que al destino descargar le plugo
      De América en el cuello.
Dió un paso el tiempo, y á su influjo vario
—Que tan pronto derriba como encumbra—
Ya no es de un mundo el otro tributario;
Mas inmutable al signo del Calvario
El sol del Inca y del Azteca alumbra.
  ¡Alzad la Cruz! Su apoyo necesita
La vacilante humanidad.—Doquiera
¿No la véis, á la par doliente y fiera,
      Cuál convulsa se agita?
Lanzada entre problemas pavorosos,
Y á impulsos, ¡ay! de un vértigo profundo,
¿Qué le valdrán esfuerzos dolorosos,
Si de esa Cruz los brazos poderosos
No hallan asiento en que descanse el mundo?
  Alzad, alzad vuestro pendón divino,
Símbolo de salud, cifra de gloria,
Pues sólo y siempre explicará la historia
      Del humano destino.
¡Alzadlo! que los siglos él presida,
Como la ígnea columna del desierto,
Que entre las sombras, de esplendor vestida,
Para alcanzar la tierra prometida
Señalaba á Israel camino cierto.
  ¡Alzad la Cruz, con cuyo austero nombre
Su progreso marcó la era cristiana,
Mostrándole ella, en acta soberana,
      La libertad del hombre!

Fué su conquista, y ella la afianza;
Diciendo al porvenir, como al pasado,
Que sólo en ella la igualdad se alcanza,
Pues son sus brazos la única balanza
Donde pesan al par cetro y cayado.
  Allí también la omnipotente diestra
Pesó el valor del mundo... ¡oh maravilla,
Que si del hombre la razón humilla,
        Su dignidad demuestra!
¡Sí! pesó al mundo la eternal justicia,
Pesólo por alzar el que lo abate,
Yugo cruel de la infernal malicia...
Y en aquel tanto amor cargó propicia,
Que la vida de un Dios fué su rescate.
  Por eso en los ásperos brazos
Del leño sagrado, se ostentan
Las manos que al orbe sustentan,
Las manos que rigen al sol.
  Por eso en gemidos se ahoga
La voz que á la nada fecunda,
Velada por sombra profunda
La luz de la gloria de Dios.
  Tú espiras, ¡Autor de la vida!
La muerte contigo se ensaña...
Mas rota quedó la guadaña
¡Al darte su golpe cruel!
  Alzado en tu trono sangriento,
Su trono por siempre derrumbas...
¡Los muertos, rompiendo sus tumbas,
Recogen tu aliento postrer!
  El rey de la tierra, probando
Fatal fruto del árbol de ciencia,

La muerte nos dió por herencia,
Y esclavos nos hizo del mal.
  El Rey de los cielos, cual fruto
Del árbol de amor, nos convida,
La patria nos vuelve y la vida;
¡Por padre al Eterno nos da!
  ¡Florece, Arbol santo, que el astro
De eterna verdad te ilumina,
Y el riego de gracia divina
Fomenta tu inmensa raíz!
  ¡Florece, tus ramas extiende...
La estirpe de Adán, fatigada,
Repose á tu sombra sagrada
Del uno al opuesto confín.
  ¡Te acaten pasando los siglos,
Y tú los presidas inmoble,
Y toda rodilla se doble
Al pie de tu eterno vigor!....
  Los cielos, la tierra, el abismo,
Se inclinen si suena tu nombre...
¡Tú ostentas á Dios hecho hombre!
¡Tú elevas el hombre hasta Dios!

DON RAFAEL M. BARALT

Á CRISTÓBAL COLÓN

AL SEÑOR D. DOMINGO DEL MONTE

> Venient annis sæcula seris,
> Quibus Oceanus vincula rerum
> Laxet et ingens pateat tellus
> Thetisque novos detegat orbes
> Nec sit terris ultima Thule.
>
> (SÉNECA, *Medea.*)

Tu frágil carabela
Sobre las aguas con tremante quilla,
Desplegada la vela,
¿Dó se lanza, llevando de Castilla
La venerada enseña sin mancilla?
Y abriéndose camino
Del no surcado mar por la onda brava,
¿Por qué ciega y sin tino,
Del pérfido elemento vil esclava,
La prora inclina á donde el sol acaba?
¿No ves cómo á la nave
Desconocidos vientos mueven guerra?
¿Cómo, medrosa el ave,
Con triste augurio que su vuelo encierra,

Al nido torna de la dulce tierra?
  La aguja salvadora,
Que el rumbo enseña y que á la costa guía,
¿No ves cómo á deshora
Del Norte amigo y firme se desvía,
Y á Dios y á la ventura el leño fía?
  ¿Y el piélago elevado
No ves al Ecuador, y cuál parece
Oponerse irritado
A la ardua empresa; y cuál su furia crece;
Y el sol como entre nublos se obscurece?
  ¡Ay! que ya el aire inflama
De alígeras centellas lluvia ardiente:
¡Ay! que el abismo brama;
Y el trueno zumba; y el bajel tremente
Cruje, y restalla, y sucumbir se siente.
  Acude, que ya toca
Sin lonas y sin jarcia el frágil leño
En la cercana roca;
Mira el encono y el adusto ceño
De la chusma sin fe contra tu empeño:
  ¡Y cuál su vocería
Al cielo suena; y cómo, en miedo y saña
Creciendo, y agonía,
Con tumulto y terror, la tierra extraña
Pide que dejes por volver á España!
  ¡Ay triste! que arrastrado
De pérfida esperanza, al indo suelo
Remoto y olvidado,
Quieres llevar flamígero tu vuelo!
¿No ves contrario el mar, el hombre, el cielo?
  La perla reluciente

Y el oro del Japón buscas en vano;
En vano á Mangi ardiente;
Ni de las hondas aguas de Océano
Jamás verás patente el grande arcano.
¡Vuelve presto la prora
Al de Hesperia feliz, seguro puerto,
Donde del nauta llora,
Juzgándole quizá cadáver yerto,
La inconsolable madre el hado incierto!
Engañosa sirena
Vanamente el error cante en su lira:
¡Colón! clava la entena;
Corre, vuela; no atrás, avante mira;
Al remo no des paz; no temas ira.
Y aunque fiero, atronado,
Ruja el mar, clame el hombre y brame el viento
En furia desatado,
Resista el corazón, y al rudo acento,
De tus pinos aviva el movimiento.
Por la fe conducido,
Puesta la tierra en estupor profundo,
De frágil tabla asido,
Tras largo afán y esfuerzo sin segundo
Así das gloria á Dios y á España un mundo.
¡Oh noble, oh claro día
De ínclita hazaña y la mayor victoria
De la humana osadía,
En fama excelso, sin igual en gloria,
Eterno de la gente en la memoria!
En la tostada arena
Te vió, sabio ligur, mojar en llanto,
De asombro el alma llena,

Y en voz de amor y de alabanza en canto
Entonar de David el himno santo;
De Cristo el alto nombre
Aclamar triunfador entre la gente
Y un culto dar al hombre
Desde el gélido mar y rojo Oriente
Al confín apartado de Occidente;
Y la sacra bandera
Que nuevo Dios y nuevo rey pregona,
Al viento dar ligera
Del astro de los Incas en la zona,
Astro luego de Iberia y su corona.
La veleidosa plebe,
Humillada á tus pies, en plauso ahora
Al cielo el grito mueve;
Y el que del sol en las regiones mora
Angel te llama y como Dios te adora.
¡Qué humana fantasía
Dirá tu pasmo, y cuánto el pecho encierra
De orgullo y de alegría!
Trocada en dulce paz, ve aquí la guerra;
Cual divina visión, allí la tierra.
No el que buscas ansioso,
Mundo perdido en tártaras regiones;
Mundo nuevo, coloso
De los mundos, sin par en perfecciones,
De innumerables climas y naciones,
De ambos polos vecino,
Entre cien mares que á su pie quebranta
El Ande peregrino,
Cuando hasta el cielo con soberbia planta
Entre nubes y rayos se levanta.

Allí, raudo, espumoso,
Rey de los otros ríos, se arrebata
Marañón caudaloso
Con crespas ondas de luciente plata,
Y en el seno de Atlante se dilata.
De la altiva palmera
En la gallarda copa dulce expira
Perenne primavera;
Y el condor gigantesco fijo mira
Al almo sol, y entre sus fuegos gira.
Allí fieros volcanes;
Émulo al ancho mar lago sonoro;
Tormentas, huracanes;
Son árboles y piedras un tesoro,
Los montes plata y las arenas oro.
¿Qué tardas? ¡Lleva á Europa
De tamaño portento alta presea!
Hiera céfiro en popa,
Ó rudo vendaval, que pronto sea,
Y absorto el orbe tu victoria vea.
El piélago sonante
Abrirá sus abismos, sorda al ruego
La nube fulminante
Su terrífica voz lanzará luego,
Y tinieblas, y horror, y lluvia, y fuego.
Y del mar al bramido
Unirá contra tí la envidia artera
Su ronco horrible aullido.
¡Piloto sin ventura! ¿A qué ribera
Llegará tu bajel en su carrera?
¿Qué será de tu gloria?
Tu nombre, entre las gentes difamado,

¿Morirá sin memoria?
¿Ó tal vez de las ondas libertado
Por tu empresa un rival será premiado?
  Todo será: el delirio
De pérfido anhelar que vence, y llora;
Gozo, gloria, martirio;
Cadena vil y palma triunfadora;
Cuanto el hombre aborrece y cuanto adora.
  Mas ¿qué á tu fe del viento,
Del rayo y la traición, crudos azares?
¡Levanta el pensamiento,
Elegido de Dios; hiende los mares,
Y con nombre inmortal pisa tus lares!
  No Argos más gloriosa
Llevó á Tesalia el áureo vellocino
De Colcos la famosa,
Ni, de Palas guiada, en el Euxino,
Con esfuerzo mayor se abrió camino.
  De gente alborozada
Hierve ondeando el puerto, el monte, el llano,
Cual en tierra labrada
Mece la blonda espiga en el verano
Con rudo soplo cálido solano.
  Y de ella sale un grito
De asombro y de placer que al mar trasciende
Con ímpetu inaudito:
¡Colón! exclama, y los espacios hiende,
Al polo alcanza, hasta el empíreo asciende.
  Del incógnito clima,
¡Oh Rey de Lusitania! los portentos
Y la mies áurea opima,
Llorando el corazón duros tormentos,

Airados ven tus ojos, y avarientos.
De tí y de tus iguales,
El anglo poderoso, el galo fuerte,
Á las plantas reales
¿Un mundo no ofreció, y excelsa suerte,
Del tiempo vencedora y de la muerte?
Si de Enrique tuvieras
El ánimo preclaro, ajena hazaña
En mal hora no vieras,
Ni el mar inmenso que la tierra baña
Hacer de entrambos mundos una España.
Ni á Iberia agradecida,
Del aurífero Tajo hasta Barcino,
Ofrenda merecida
De incienso y flores, cual á ser divino,
Rendirle fiel en el triunfal camino.
Su esfuerzo sobrehumano
Tus joyas, Isabel, trocó en imperios;
Por él ya el orbe ufano
Saluda tu estandarte, y son hesperios
Del uno al otro mar los hemisferios.
¡Fernando! ¿Qué corona
Al huésped de la Rábida guardada
Sus hechos galardona?
¿Bastará tu corona, que empeñada
Con todo su poder se vió en Granada?
Dilo tú, que en el templo
Vagas inulta en medio á los despojos
¡Oh sombra de alto ejemplo,
En cuya mano y sien miran los ojos
Grillos por cetro, y por corona abrojos!
Mas no á la gran Castilla

El rostro vuelvas, ni á Isabel, ceñudo;
No es suya la mancilla;
Que á tí fué abrigo cuando más desnudo;
Al indio madre; al africano escudo.
  Y unirá su alta gloria
Á tu gloria la tierra agradecida
Con perpetua memoria,
Cuando en el indio suelo, al fin rendida,
Vigor nuevo recobre y nueva vida.
  Que Dios un vasto mundo,
Cual de todos compuesto, no formara
Sin designio profundo;
Ni allí de sus tesoros muestra rara
En cielo y tierras y aguas derramara.
  Tu alada fantasía,
Al contemplarlo, en el Edén primero
Volando se creía;
Y Edén será en el tiempo venidero,
De la cansada humanidad postrero,
  Donde busquen asilo
Hombres y leyes, sociedad y culto,
Cuando otra vez al filo
Pasen de la barbarie, en el tumulto
De un pueblo vengador con fiero insulto.
  ¡Ay de ellas, las comarcas
Viejas en el delito y la mentira;
De pueblos, de monarcas;
Cuando el Señor, que torvo ya las mira,
Descoja el rayo y se desate en ira!
  Por las tendidas mares
Entonces vagarán, puerto y abrigo,
Paz clamando, y altares;

Y después de las culpas y el castigo
Nuevo mundo hallarán cordial y amigo:
  ¡Colón! El mundo hermoso
Que de su seno á las hinchadas olas
Arrancaste animoso,
Coronando de eternas aureolas
Las invencibles armas españolas.
  Así de polo á polo
Resuena el canto: extiende tu renombre
Por los cielos Apolo;
Y, emblema de virtud y gloria al hombre,
De una edad á otra edad lleva tu nombre.

DON JOSÉ HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO

¡Á ITALIA!

Como en la azul atmósfera
Desde la cumbre alpina,
Rauda se lanza el águila,
Hasta que al sol vecina
Un punto el vasto Océano
Y el mundo ve á sus pies;
Mas si flechero impávido
Tiro mortal le asesta,
Herida el ave ciérnese,
Y luego en la alta cresta
Ya moribunda abátese
Rendida su altivez;
Así caíste, ¡oh mísera!
De la sublime cumbre;
Y ora so el yugo férreo
De odiosa servidumbre
Inclinas mustia y pálida
La antes soberbia faz:
Te humillas ante el bárbaro
Tirano que te asuela,

Sin que haya un ser magnánimo
Que de tu mal se duela,
¡Ni un campeón intrépido
Que ose por tí lidiar!
¡Qué! ¿Sólo esclavos tímidos
Se nutren en tu seno?
La raza de los héroes
De Munda y Trasimeno,
Ni un solo ilustre vástago
Dejó detrás de sí?
Tú, patria de los Césares,
Camilos y Escipiones;
Tú, madre de los Régulos,
Los Brutos, los Catones,
¿No tienes ya ni mártires
Que osen morir por tí?
¡Cuánta en el alma inspírame
Honda piedad tu llanto!
¡Cuánto, oh matrona, el lúgubre
Gemir de tu quebranto,
Dolor infunde al férvido
Ansioso corazón!
¿Y á quién no mueve á lástima
¡Oh Italia! tu amargura?
¡Ay! Tus arroyos límpidos,
Tus campos de verdura,
¿Mas qué?... ¡Tus mismas lágrimas
Libres tampoco son!
Raza de esclavos trémulos,
Nación degenerada,
De tus abuelos ínclitos
Osa empuñar la espada...

¿Qué esperas ya? ¡Levántate!
¡No más esclavitud!
El sacrosanto lábaro
De libertad tremola...
¿Hay en tus campos fértiles,
Hay una piedra sola,
Que no recuerde altísimas
Memorias de virtud?
¡Sús! ¡Al combate! El ánimo
No os faltará, guerreros:
Brillen al aire fúlgidos
Desnudos los aceros!
Pueble el espacio el hórrido
Bramido del cañón;
Llene la trompa bélica
Los ámbitos del mundo,
Y á la ardua lid arrójense
Con brío sin segundo,
Mil y mil dignos émulos
De Bruto y de Catón.
Ya se oye el ronco estrépito
De la feroz batalla;
Ya en ambas partes mézclanse
La sangre y la metralla...
¡Supremo Dios! ¡Ayúdales
En la revuelta lid!
¡Sús! ¡Mis valientes ítalos,
Ilustres ciudadanos!
¡La Italia sus Termópilas
Tendrá y sus Espartanos!
¡Ya so la regia púrpura
Tiembla el tirano vil!

¡Y si al romper impávidos
Vuestra servil coyunda,
Morís, nunca del héroe
La sangre fué infecunda;
Que es el morir dulcísimo
Por patria y libertad!
¡Sabed, nuevos Leónidas,
Morir con frente altiva!
¡Dará á los sacros túmulos
Honor la siempreviva,
Y al llanto de las vírgenes
El lauro crecerá!
Mas ¡ay! el estro olímpico,
El fuego sacrosanto
Del genio sumo fáltame
Á tan sublime canto;
Pobre mi lira y rústica,
Mi acento débil es...
¿Qué importa? El fuego eléctrico
Que abrasa mis entrañas
En manantial clarísimo
De insólitas hazañas,
Para ese pueblo indómito
Se trocará tal vez!
Tal vez la humilde cítara
Indigna de memoria,
Mejor entone el épico
Cantar de la victoria:
¡Tal vez el eco escúchese
En la remota edad!
Y si su gloria efímera
Con el cantor perece

¿Qué importa?—Al vate bástale,
Como á la flor que crece
El sol, el aura plácida
De amor y de amistad.
¡Sús! Mis valientes ítalos,
¡Sús! ¡Al feroz combate!
Responda al rudo cántico
Del extranjero vate,
Responda al grito altísono
De libertad y honor!
Y cuando la vorágine
Del tiempo, en lo futuro,
Con mi cadáver lívido
Trague mi nombre oscuro,
Sólo una amiga lágrima
Os pedirá el cantor.

Á PÍO IX

Fiat lux...

Del más excelso trono
Que leyes dicta á la asombrada tierra,
De allí, donde sin iras, sin encono,
Lanzaste el grito de la santa guerra
Contra abusos tiránicos
Que el tiempo sancionó cual sabias leyes,
Ejemplo dando, altísimo,
Á los pueblos á un tiempo y á los reyes.
Desde el sublime asiento
Á do el cielo ensalzó tu mansedumbre,
Do de saber y de virtud portento
Te admira la extasiada muchedumbre:

Oye, Señor, el cántico
Que por mi voz eleva hasta tu alteza
El entusiasmo férvido
De un pueblo admirador de tu grandeza.
  Que en tí, Señor, reside
De Dios el almo espíritu fecundo
Que en el cielo del sol la lumbre mide
Y agita el mar y fertiliza el mundo:
Cuya mirada fúlgida
Abarca el orbe y la estrellada esfera,
Y traza en orden rápido,
Su suerte al hombre, al astro su carrera.
  Hízote el Poderoso,
Como al Profeta Rey, prudente y sabio;
Como al suyo, á tu acento sonoroso
Dióle la unción divina de su labio;
Nuevo Moisés, del Sinaí
Celestial remontándote á la altura,
Diste á tu pueblo un código
De amor y de esperanza y de ventura!
  Hablaste. – Tus acentos
Despertaron á un pueblo adormecido,
Y en las alas llevados de los vientos
Recorrieron el orbe estremecido.
Bajo el dosel espléndido
Los déspotas también los escucharon,
Y envueltos en su púrpura
Con el frío del miedo tiritaron.
  Hablaste... y al sonido
De tu inspirada voz se estremecieron
Los restos entregados al olvido
De los fuertes varones que vivieron:

En sus modestos túmulos
Gimieron de placer los Escipiones,
Y en eco respondiéronles
Las cenizas de cien generaciones.
  La sangre esclarecida
Hirvió de los egregios genitores,
Y en las venas corrió con nueva vida
De los degenerados sucesores;
É interminables vítores
Saludaron al nuevo soberano
Del Tibre al Volga gélido,
De Europa hasta el confín americano.
  Cual de la excelsa cumbre
Lenta desciende la gigante roca,
Mas luego, por su misma pesadumbre,
Ya corre, ya hacia el llano se desboca,
Y en su carrera rápida,
Detrás de sí dejando inmensa calle,
Trueca en desnudo páramo
El bosque, hasta llegar al hondo valle;
  Tal contra el soberano
Impulso que en tu amor al pueblo diste,
El mundo entero se opusiera en vano;
Que es misión que del cielo recibiste.
¡Sigue, Señor, impávido;
No te arredre la lid, sigue adelante!
¿Qué temes á los déspotas,
Si pugna en tu favor el sumo Atlante?
  De estragos y rencores
El tiempo fué.—La lucha encarnizada
Del pueblo y sus cobardes opresores,
Finará maldecida y execrada:

En vez del casco férreo
De los Julios, tu frente encanecida
Defienda el santo lábaro,
Signo de redención y eterna vida!
  Que el Salvador divino,
De luto y sangre, y de rencor y guerra,
No infausto nuncio al universo vino,
Sino de amor y paz nuncio á la tierra;
Y cuando allá del Gólgota
Le vió expirar la maldecida cumbre,
Rindió el divino espíritu
Entre acentos de amor y mansedumbre!
  Hombres de entrambos mundos,
¡Ved cuán fuerte y lozana se levanta
Y rica en bienes de virtud fecundos
De la alma libertad la egregia planta!
¡Ved cuál ocultan trémulos
Los tiranos la torva faz impía
Al ver el astro présago
De la unión y la paz y la alegría!
  Y tú, Príncipe augusto,
Padre del pueblo, sacerdote santo;
Tú, que la gloria cifras en ser justo
Y enjugar de tus súbditos el llanto:
¿Al corazón magnánimo
Ya que le falta para ser dichoso?
Ver en su amor al ítalo
Libre y feliz, y grande y poderoso!
  Y lo será.—Ya leo
Del hondo porvenir en los arcanos;
En solo un pueblo ante mis ojos veo
Los numerosos pueblos italianos:

Unido al de Parthénope
El romano y lombardo y el de Etruria,
Y el piamontés intrépido,
Y el navegante audaz de la Liguria!
De bárbaros confines
Veo acudir millares de paganos,
Acatando de Dios los altos fines,
Á abjurar sus errores en tus manos.
«¡Aqueste es el Pontífice
Del verdadero Dios; su fe es la santa!»
En inefable júbilo
Postrados clamarán ante tu planta.
¿Y á cuál más pura gloria
Pudo aspirar en su ambición el hombre?
En el inmenso libro de la historia,
¿Qué nombre habrá, Señor, como tu nombre?
La gloria, cual relámpago,
Cae del tiempo en el báratro profundo;
Pero tu fama altísima
Vivirá tantos siglos como el mundo!!!

DON JOSÉ SELGAS

EL LAUREL

Naciendo la mañana, alzábase pomposo
Con noble gentileza magnífico laurel;
Y dicen que la aurora, al verlo tan hermoso,
Suspiró de contento y enamórose de él.
Blandió el laurel sus tallos con arrogante brío,
Y cuando al cielo altiva la frente levantó,
Cayó sobre sus hojas tal lluvia de rocío,
Que al ímpetu doblóse y de placer gimió.
La brisa en tal momento, meciéndose ligera
En los espesos ramos, le dijo al resbalar:
—Soy de la reina aurora la esclava mensajera:
Oye lo que en su nombre te vengo á confiar.
Tu majestad brillante, tu juventud preciada,
El lujo de tus hojas, tu espléndido verdor,
La tienen por tu dicha de amor enajenada:
Yo traigo en mis suspiros las prendas de su [amor.
Y porque siempre viva y eterna en tu memoria
De su cariño tierno la gracia celestial,
Serás entre los hombres un símbolo de gloria;

La frente que tú ciñas también será inmortal.
Dijo, y en vuelo fácil, inquieta y bullidora
Hacia el rosado Oriente sus alas dirigió;
Cayeron nuevas perlas del manto de la aurora,
Se alzó el laurel de nuevo, y el sol lo iluminó.

LA CUNA VACÍA

Bajaron los ángeles,
Besaron su rostro,
Y cantando á su oído dijeron:
Vente con nosotros.
Vió el niño á los ángeles,
De su cuna en torno,
Y agitando los brazos, les dijo:
Me voy con vosotros.
Batieron los ángeles
Sus alas de oro,
Suspendieron al niño en sus brazos,
Y se fueron todos.
De la aurora pálida
La luz fugitiva,
Alumbró á la mañana siguiente
La cuna vacía.

LA SOLEDAD

El perezoso vuelo
Mi pensamiento en calma
Tiende, creyendo ufano
Medir la inmensidad;

Que encuentra más espacio
Para volar el alma,
Aquí donde respira
Silencio y soledad.
Mi oscuridad me aflige,
Mi pequeñez me aterra,
Rayo de excelso origen
Siento en mi frente arder.
Mis pies de frágil barro
Se arrastran por la tierra,
Y el alma aspira el soplo
De su divino ser.
La bóveda del cielo
Sus términos dilata
En insondables ráfagas
De esplendorosa luz;
Los vínculos mortales
Mi espíritu desata,
Y vuela sin fatiga
Por el espacio azul.
Lejos del mundo ciego,
Que su ruindad no advierte,
Ven mis ojos heridos
Por viva claridad,
Bajo mis pies la tierra,
La corrupción, la muerte;
Sobre mi frente el cielo,
La luz, la eternidad.
Aquí el silencio en ecos
De frases nunca oídas,
Dice cómo el principio
Del universo fué;

Aquí de las estrellas
Sin número encendidas,
Nuestra mirada atónita
Los límites no vé.
Eternos caracteres
De espléndida escritura,
Lenguaje sin palabras
Y cánticos sin voz,
Proclaman en la tierra,
Proclaman en la altura,
La pequeñez del hombre
La majestad de Dios.
De este silencio augusto,
En la solemne calma,
Mi pensamiento intenta
Medir la inmensidad.
Que encuentra más espacio
Para volar el alma,
Aquí donde respira
Silencio y soledad.

LA FELICIDAD

Sueño que al alma fatiga,
Luz que ante mí se derrama,
Voz que impaciente me llama,
Ansia que á vivir me obliga;
Felicidad que me hostiga,
Que en pos de mí siempre va,
Que á un mismo tiempo le da
Luz y sombra á mi deseo....

Yo en todas partes la veo,
Y en ninguna parte está.
Vagamente dibujada
La encuentra el alma indecisa,
En el bien de una sonrisa,
En la luz de una mirada,
En toda dicha esperada,
En la que pasó importuna,
En la gloria, en la fortuna,
En lo cierto, en lo imposible...
En todas partes visible,
Y no se alcanza en ninguna.
Nube azul, blanca y ligera
Que los sentidos engaña,
Y tras de cada montaña,
Parece que nos espera:
En impetuosa carrera
El hombre á cogerla va;
Llega... se fué... síguela...
Piensa asirla á cada instante,
La nube siempre delante
Pero siempre más allá.
Tras de la sombra mentida
Que finge tu afán profundo,
Buscándola por el mundo
Vas consumiendo la vida;
Sombra alcanzada ó perdida,
En donde quiera que estés,
Por todas partes la ves...
Mas ¡ay infeliz de tí!
Si llegas, ya no está allí;
Si la alcanzas, ya no es.

¡Felicidad! Sueño vano
De un bien que no está en la tierra,
Ansia que impaciente encierra
Triste el corazón humano;
Luz de misterioso arcano,
Vaga sombra celestial,
Mezcla de bien y de mal,
Tú eres en mi corazón
La eterna revelación
De mi espíritu inmortal.

LA INFANCIA

Cielos azules,
Nubes de nácar,
Limpios celajes,
De oro y de grana;
Campos floridos,
Verdes montañas,
Valles amenos,
Cumbres lejanas,
Ricos paisajes
De sombras vagas
Que misteriosos
Pinceles trazan;
Luces que vienen,
Luces que pasan,
Nidos que pían,
Aves que cantan;
Ángeles bellos
De blancas alas,

Sueños de oro,
Cuentos de hadas;
Días risueños,
Noches calladas
En que discurren
Negros fantasmas;
Ecos del aire,
Voces del agua,
Vagos perfumes
De esencia varia;
Mucha alegría
Mucha esperanza,
Pocas tristezas,
Y algunas lágrimas;
Esa, hijo mío,
Flor de mi alma;
Esa es tu vida,
Esa es la infancia.

LA LLUVIA

Al sentir de la lluvia
Las anchas gotas,
En las tendidas ramas
Tiemblan las hojas.
Del mismo modo
Tiembla mi alma cuando
Lloran tus ojos.
Su limpio azul el cielo
De nubes ciñe;
Su claridad esconde

Porque está triste.
Muda la tierra,
Se enluta con la sombra
De su tristeza.
Cual llanto silencioso
La lluvia cae,
Y de lágrimas lleno
Suspira el aire.
Por los azules
Contornos de los montes
Vagan las nubes.
Lágrimas son del cielo,
Llanto es la lluvia,
Que de frutos y flores
La tierra inunda;
Que el llanto calma
Los amargos pesares
Que siente el alma.
Es arcano insondable
Y hondo misterio
Que halle el alma en el llanto
Vida y consuelo;
Que el amor sea
Lágrimas y suspiros,
Gloria y tristeza.
Nunca es el sol más puro
Que cuando asoma
Al través de las nubes
Que le dan sombra;
Como tus ojos,
Que al través de las lágrimas
Son más hermosos.

Al sentir de la lluvia
Las mansas gotas,
En las ramas tendidas
Tiemblan las hojas.
Del mismo modo
Tiembla mi alma cuando
Lloran tus ojos.

DON ANTONIO ARNAO

FRAY LUIS DE LEÓN

Del Horacio gentil copia cristiana,
Y con el tono austero del profeta,
Cantó la Fe cual místico poeta
En la rotunda lengua castellana.
Aunque docto en la ciencia soberana
Que al Verbo tiene por gloriosa meta,
Aunque en el claustro riguroso asceta,
Logró por premio cárcel inhumana,
Los que su vida inmaculada vieron,
Cual dulce imagen en cristal bruñido,
En ella su virtud mirar pudieron;
Y, firme en la humildad, supo advertido
Por la senda seguir por donde fueron
«Los pocos sabios que en el mundo han sido.»

QUINTANA

Si conquistara yo, con lid ardiente,
La corona que Píndaro ceñía,

Como tributo al genio la pondría
Del hispano cantor sobre la frente.
  El númen de su voz grandilocuente
Los ánimos inflama todavía,
Y el eco vividor de su armonía
Va de edad en edad, de gente en gente.
  Heraldo de magnánimas acciones,
Victorioso alcanzó como trofeo
El laurel de perínclitos varones;
  Mas ¡oh! pintar su apoteosis creo
Con decir que ante el Corso y sus legiones
Fué para España sombra de Tirteo.

Á MURCIA

  A tí, bella ciudad, reina de amores
Adormecida en la feraz llanura,
Que al pintarte en la linía del Segura
Brillas en trono de apiñadas flores;
  A tí cuyo verjel de mil primores
Fecunda el sol que envidia tu hermosura,
Porque te dan hechizo y galanura
Brisas, aves, perfumes y colores;
  Á tí, mi patria, la de Abril constante,
La que infunde en el alma gozo eterno
Bajo su cielo azul siempre radiante;
  A tí dirijo mi saludo tierno,
Y, temiendo morir de tí distante,
Al pensar que te miro, me prosterno.

LA GLORIA HUMANA

Ansiando nombre y gloria,
Hienden unos el mar en frágil leño
Por descubrir región desconocida;
Buscan otros victoria
En el reñido temerario empeño
De la sangrienta lucha fratricida.
Quiénes piden al arte
La luz que el genio próvido reparte;
Quiénes la ciencia invocan,
Y en vivas ansias y vigilia insana
El fin oscuro de su vida tocan.
Inútil afanar! La gloria humana,
¡Tan seductora y bella,
Es cual la sombra que al mortal se adhiere:
Sigue los pasos de quien huye de ella,
Huye de aquel que perseguirla quiere.

LO INVENCIBLE

Vencer se puede al enemigo armado
Que de furor cegado
Nos provoca á la lid en su fiereza;
Puede rendir, quien de lograrlo trate,
Si pertinaz combate,
La más inexpugnable fortaleza.
Del viento la rudeza,
Aunque al marino por terrible asombre,
Firme domina la tajante prora:

De todo queda vencedor el hombre,
Menos de la mujer que ruega y llora.

VIDA UNIVERSAL

Ama la abeja el cáliz de la rosa,
La vid el olmo que sus pasos guía,
El ruiseñor la noche silenciosa,
La pasionaria el despuntar del día.
Insectos, plantas, pájaros y flores,
Cumpliendo ignota ley, sienten amores
Y el alma racional que el bien ansía,
De libertad dotada,
Busca su dicha con ardor profundo,
De ventura idëal enamorada.
Si pues todo en el mundo
Del fuego del amor vida recibe,
Quién vive sin amar ¿dirá que vive?

EL MEJOR EMBLEMA

Para emblema de amor hay quien prefiere
El pomposo clavel que fuego lanza;
Y, aunque temprano muere,
Hay quien cifrar á su despecho quiere
En la flor del almendro su esperanza.
Unos ven en la rosa
Feliz ventura de delicias llena;
Otros misterio y dicha silenciosa
En el vago color de la azucena;
Pero á mí me cautiva,
Como emblema de amor la siempreviva.

DON PEDRO A. DE ALARCÓN

EL MONT-BLANC

¡Heme al fin en la cumbre soberana!....
Nieve perpetua.... , soledad doquiera!....—
¿Quién sino el hombre, en su soberbia insana,
Á hollar estos desiertos se atreviera?
Aquí enmudece hasta la voz del viento....;
Profundo mar parece el horizonte... ,
Única playa el alto firmamento....,
Anclada nave el solitario monte.
¡Nada en torno de mí!.... ¡Todo á mis plan-
Oscuros bosques, relucientes ríos, [tas!—
Lagos, campiñas, páramos, gargantas....
¡Europa entera yace á los pies míos!
¡Y cuán pequeña la terrestre vida,
Cuán relegado el humanal imperio
Se ve desde estos hielos donde anida
El *Monte Blanco*, el rey del hemisferio!
¡De aquí tiende su cetro sobre el mundo!—
El Danubio opulento, el Po anchuroso,
El luengo Rhin y el Ródano profundo,
Hijos son de los hijos del Coloso.

Debajo de él.... los Alpes se eslabonan
Como escabeles de su trono inmenso:
Debajo de él.... las nubes se amontonan
Cual humo leve de quemado incienso.
¡Sobre él.... los cielos nada más! La tarde
Le envidia al verlo de fulgor ceñido....—
Llega la noche, y aún su frente arde
Con reflejos de un sol por siempre hundido.
Allá turnan con raudo movimiento
Una y otra estación....—Él permanece
Mudo, inmóvil, estéril.—¡Monumento
De la implacable eternidad parece!
Ni el oso atroz ni el traicionero lobo
Huellan jamás su excelsitud nevada....
Huérfano vive del calor del globo....
¡En él principia el reino de la nada!
Por eso, ufano de su horror profundo,
Dichoso aquí mi corazón palpita....
¡Aquí solo con Dios...., fuera del mundo!
¡Solo, bajo la bóveda infinita!
¡Y qué suave, deleitosa calma
Brinda á mi pecho esta región inerte!....
—Así concibe fatigada el alma
El tardo bien de la benigna muerte.—
¡Morir aquí! De los poblados valles
No retornar á la angustiosa vida:
No escuchar más los lastimeros ayes
De la cuitada humanidad caída:
Desparecer, huyendo de la tierra,
Desde esta cima que se acerca al cielo:
Por siempre desertar de aquella guerra,
De eterna libertad tendiendo el vuelo....

Tal ansia acude al corazón llagado,
Al mirarte, ¡oh *Mont-Blanc!*, erguir la frente
Sobre un mísero mundo atribulado
Por el cierzo y el rayo y el torrente.
¡Tú nada temes! De tu imperio yerto
Sólo Dios es señor, fuerza y medida:
¡Como el ancho Oceano y el Desierto,
Tú vives sólo de tu propia vida!
La tierra acaba en tu glacial palacio;
Tuya es la azul inmensidad aérea:
Tú ves más luz, más astros, más espacio....;
¡Parte eres ya de la mansión etérea!—
¡Adiós! Retorno al mundo....—Acaso un día
Ya de la tierra el corazón no lata,
Y sobre su haz inanimada y fría
Tiendas tu manto de luciente plata...
Será entonces tu reino silencioso
Cuanto hoy circunda y cubre el Oceano....—
¡Adiós!.... Impera en tanto desdeñoso
Sobre la insania del orgullo humano!

EL SECRETO

«¡Yo no quiero morirme!»
—Dice la niña,
Tendiendo hacia su madre
Dos manecitas
Calenturientas,
Cual dos blancos jazmines
Que el viento seca....—
Un silencio de muerte

La madre guarda....
¡Ay! ¡si hablara vertiera
Mares de lágrimas!
Besa á la niña,
¡Y aun le fingen sus labios
Una sonrisa!
Del cuello de la madre
La hija se cuelga
Y, pegada á su oído
Pálida y trémula,
Con sordo acento,
Dícele horrorizada:
—«*Oye un secreto:*
¿Sabes por qué á morirme
Le temo tanto?
Porque luego me llevan,
Toda de blanco.
Al cementerio....,
¡Y de verme allí sola
Va á darme miedo!»
—«*¡Hija de mis entrañas!*
(Grita la madre)
Dios querrá que me vivas....;
Y, aunque te mate,
Descuida, hermosa;
Que tú en el cementerio
No estarás sola.»

SUEÑOS DE SUEÑOS

Vine á verte y, dormías;
Y dormías tan muda y mansamente,
Que una rosa cerrada parecías.
Era la siesta.—La morisca fuente,
Sola en el patio, conturbaba apenas
La quietud de las anchas galerías
De fresca sombra y de silencio llenas.
Las aves en sus jaulas; el ambiente
Embargado entre opacas celosías;
El perro fiel y el gato negligente
Reposaban también....—Calma y pereza
Era todo en redor....—Tan sólo el vuelo
Del zumbador insecto recordaba
Que el sol, en tanto, vívido lanzaba
Mares de lumbre desde el alto cielo!
He dicho que dormías;
Y dormías tan muda y mansamente,
Que una rosa cerrada parecías.
Dormías...., y, aunque amante desdeñado,
Próximo alguna vez á aborrecerte,
Te admiré en aquel sueño sosegado....,
¡Sin desear que fuera el de la muerte!
Quizás más bien compadecí tu suerte,
Y perdón te pedí de mis antojos....
—«¿Por qué (dije), por qué tan perseguida?
»¿Culpa es acaso de su mansa vida
»Inspirarme este amor que le da enojos?
»¿Obra fué de sus ojos,

»O de los míos mi fatal herida?
»—¡Obra mía no más! Yo soy el reo....
»Ella baja la vista por no verme....,
»Y hasta vuelve la cara si la veo....
»—¡Duerme, pues, duerme; pobrecita duerme;
»Que diga lo que quiera mi deseo
»Obligación no tienes de quererme.»
En esto un aye leve y fugitivo
Lanzaste al modo de suspiro tierno,
Y parecióme que tu pecho esquivo,
Cándido y frío como helado invierno,
Se entreabría al cariñoso rayo
Que en tí fijaban mis amantes ojos,
Como su cáliz de matices rojos
Entreabre una rosa al sol de Mayo.
Lo que quiere decir que aunque dormías,
Dormías tan turbada y tiernamente,
Que una rosa entreabierta parecías.
¿Qué soñabas?—¡Lo ví!.... De mis pesares
Al cabo condolida,
Imaginabas de pasión y gloria
La que te ofrezco venturosa vida.
Suspensa, enternecida,
Amorosa.... (perdóname); soñabas
Estar en brazos del amor prendida....,
Y de temor y gratitud llorabas,
Y mi nombre gimiendo pronunciabas.
—¡Ay! Aquel dulce, generoso llanto
Cayó en mi corazón como el rocío
Sobre el árida arena del desierto....
¡Nunca te he amado tanto!
¡Yo por aquellas lágrimas, bien mío,

Mil veces con placer hubiera muerto!
—Por poco te despierto.
  Perdónale este agravio
A tu propia locura,
Y perdóname á mí, si tal ventura
Se atreve á pronunciar trémulo el labio....
Pero lo ví.... Mi espíritu sin calma
Era ya de tu espíritu un reflejo....
Toda tu alma se copió en mi alma,
Como desnuda ninfa en claro espejo.—
¡Oh sí! Tu pecho ardía
En este amor que siempre desdeñaste....
Me nombrabas.... llorabas.... eras mía....,
¡Y lisonjero ensueño te fingía
Las dichas que despierta me negaste!....
—¡Burla fué del destino
Aquel falso espectáculo halagüeño!....—
¡Yo sé que todo sueño es desatino,
Y el tuyo no pasó de ser un sueño!....
    —Pero ello es que dormías,
    Y dormías tan dulce y blandamente,
    Que ya una rosa abierta parecías.
  La monótona fuente,
Única voz de la callada siesta,
Murmurando seguía
Su cántiga modesta.
Y, del toldo á la sombra,
Con mil líquidas perlas recamaba
Del verde césped la mullida alfombra.
  Retratarte olvidaba.—
Sobre un sofá dormías: una mano
Suave apoyo á tu cabeza daba,

Y el otro brazo lánguido colgaba,
Envidia siendo del cincel pagano.
—Vestías una bata de verano.—
  Sobre tu frente pálida y serena
La aureola de oro
De un ángel tu cabello parecía:
Tus mejillas de rosa y azucena
Aún ostentaban del reciente lloro
Dos perlas que la aurora envidiaría;
Y el cándido tesoro
De tu inocencia púdica, que, aleve,
Indiscreto cendal diera al olvido,
Como palomas que el amor conmueve,
Palpitaba al compás incierto y breve
De tu dichoso corazón dormido.
Tus puros labios, de caricias nido;
Tus dientes, gotas límpidas de hielo:
Tu lindo pie soltando inadvertido
El árabe chapín de terciopelo,
Todo era bello y tentador...., y todo
Me enajenó de modo....,
Que hubiera dado por tu amor la vida,
Aun no siendo mi vida tan cuitada....
—¡Ay! ¡tú prenda adorada,
No te has visto dormida!
  ¡Nunca tan hechicera
Me pareció tu angélica hermosura!
¡Nunca tan noble y celestial!.... Y era
Que el amor le prestaba su dulzura....;
¡Era que amabas por la vez primera!—
  ¡Oh, tú que amabas, sí! Tardes serenas
De soledad conmigo te fingías:

Noches de encanto y de misterio llenas,
Y allá lejanos, bonacibles días,
En que contarnos las pasadas penas.
  Libres éramos ya como las aves,
Libres como los céfiros suaves,
Como las amapolas en los trigos,
Y ni parientes ni tutores graves
Eran fieros testigos,
De nuestras expansiones enemigos.
  Ya podíamos vernos
En mis pupilas tú, yo en tus pupilas,
Y ahogar suspiros con suspiros tiernos,
Y luego en dulces pláticas tranquilas
Pasar instantes de ilusión eternos.
  Y ya eran frutos las primeras flores,
Ó bien de nuestro amor nuevos cariños
Brotaban cual capullos seductores:
Ó, por mejor decir, nuestros amores
Se convertían en alegres niños....
. . . . . .
  Y á todo esto dormías;
Y dormías tan quieta y hondamente,
Que una rosa marchita parecías.—
  Tal soñaste....:—y, en tanto,
La tarde deslizándose había ido
Por la triste pendiente
De la sombra, el silencio y el olvido.
Y su velo tupido
Tendía ya la noche; y el ambiente
Agitaba sus alas bienhechoras....,
Mientras que murmuraba más sonoras
Sus quejas melancólicas la fuente.—

Entonces *desperté....—Ya era de día.—*
Tu sueño recordé....— Mas ¿dónde estabas?
¿Dónde, mi bien, que ya no te veía?....
—¡Ay, desdichado! *Yo era el que dormía,*
Y yo era el que soñaba que soñabas!!

AYER Y HOY

EN EL ÁLBUM DE LA CONDESA DE FUENRUBIA,

hija del Marqués de Benalúa de Guadix.

¿Á quién le pides versos? ¿Al tímido poeta
Que, de sus quince abriles en el risueño albor,
Al pie del alta cima del cándido Veleta,
Feliz cuanto ignorado, cantó el primer amor,
Ó al vate cortesano, político incipiente,
Señor de una rüina que fué su corazón,
Que, en baile aristocrático, ceremoniosamente
Bailó, gentil Condesa, contigo un rigodón?
¿Á quién le pides versos? ¿Á aquel rústico niño
Que, en pastoril zampoña, temblando de inquietud,
Cantó el cielo, y las flores, y el maternal cariño,
Y de la edad pasada la clásica virtud,
Ó al grave publicista que baila y filosofa,
Vestido de etiqueta como un simple mortal;
Que del dolor se olvida y del placer se mofa,
Y estudia en los amores problemas de moral?—
Si es al campestre bardo, sabrás que á la otra orilla
Del río que el pie besa de su ciudad natal,
Reclínase indolente tu solariega villa,
Nombrada hoy *Benalúa* y antes *Ben-al-guad.*

(Quièn dice «*Benalúa*», ha dicho «*Hija del río*»;
Pues *río* es CUAD en árabe; *el*, AL; é *hija*, BEN;
—No olvides este dato, descubrimiento mío,
Y aclámame académico, si te parece bien.)
Decíate, señora (ó bien decir quería),
Que, en los hermosos años de mi pasado Abril,
Soñaba ya contigo mi joven fantasía
En las amenas márgenes del plácido *Guadix*.
En tanto que allí humilde la multitud villana
Me hablaba de su ausente, magnífico Señor,
Forjaba yo á mi antojo la bella Castellana
Que aquí compartiría su nombre y su esplendor.
Consorte ó fija suya, quién fueses ignoraba;
Mas ser y forma y nombre en mi ilusión te dí.
Feudo al señor la villa solícita pagaba....
¡Yo en mis canciones feudo te tributaba á tí!
Y en tí, sin conocerte, la espléndida poesía
Cifraba de la Corte mi ardiente inspiración,
Y todas las novelas y cuentos que leía,
En tí los encarnaban mis sueños de ambición.
Y tú para mí fuiste la altiva castellana
Cantada por Zorrilla, Walter-Scott y Ossián;
La reina, la cautiva, la monja, la sultana....;
¡Y yo me entristecía de no ser. .. ni sultán!—
¡Oh!.... ¡si en aquellos tiempos, gentil señora mía,
Mostrado te me hubieras en tu feudal mansión,
Y oir de mis cantares la tierna melodía
Hubieras deseado, al pie de tu balcón.....
¡Oh Dios! ¡qué trova entonces mi lira diera al viento!
¡Cuán dulce y regalado sonara mi laud!
¡Qué versos te diría!.... Mas hoy (mucho lo siento)
Recuerdo en triste prosa mi ausente juventud.

Hoy soy un cortesano, político incipiente,
Que casi se avergüenza del joven en cuestión.
¡Hoy.... con la sombra aquella que imaginó mi mente
Me he visto mano á mano bailando un rigodón!—
No esperes, pues, señora, suavísimos cantares
Del arpa arrinconada de un trovador de frac:
Espera, sí, requiebros y flores á millares....,
En cuanto lo permita *la buena sociedad*.—
Tú eres hermosa y pura, discreta y elegante,
Y afable, y distinguida, y atenta, y *comm'il faut*,
Y el ideal realizas de la ilusión brillante
Que en los paternos bosques mi alma idolatró·
Sí, sí; tú eres, cual fuiste para el poeta un día,
La musa, la sultana, la náyade, la hurí....—
¡Yo soy el desdichado! ¡Yo soy, dulce María,
Quien no se reconoce...., al conocerte á tí!

DON EULOGIO FLORENTINO SANZ

EPÍSTOLA Á PEDRO

Quiero que sepas, aunque bien lo sabes,
Que á orillas del Sprée (ya que del río
Se hace mención en circunstancias graves)
Mora un semi-alemán, muy señor mío,
Que entre los rudos témpanos del Norte,
Recuerda la amistad y olvida el frío.
Lejos de mi Madrid, la villa y corte,
Ni de ella falto yo porque esté lejos,
Ni hay una piedra allí que no me importe.
Pues recuerda la patria á los reflejos
De su distante sol el desterrado
Como recuerdan su niñez los viejos.
Ver quisiera un momento, y á tu lado,
Cuál por ese aire azul nuestra Cibeles
En carroza triunfal rompe hacia el prado!
Háblame del hogar cuando te hieles...
Átomo harás del mundo que poseas,
Y mundo harás del átomo que anheles!
Al sentir *coram vulgo,* no te creas...
Al pensar *coram vulgo*, no te olvides

De contemplar á solas tus ideas.
  Como dejes la España en que resides,
Donde quiera que estés, ya echarás menos
Esa tierra de Dolfos y de Cides.
  Que obeliscos y pórticos ajenos
Nunca valdrán los patrios palomares
Con las memorias de la infancia llenos.
  Por eso aunque den son á mis cantares
Elba, Danubio y Rhin, yo los olvido
Recordando á mi pobre Manzanares.
  ¡Allí mi juventud!... ¡ay! quién no ha oído
Desde cualquier región, ecos de aquella
Donde niñez y juventud han sido!...
  Hoy mi vida de ayer, pálida ó bella,
Múltiple se repite en mis memorias
Como en lágrimas mil única estrella...
  Que quedan en el alma las historias
De dolor y placer, y allí se hacinan
Del fundido metal muertas escorias;
  Y aunque ya no calientan ni iluminan,
Si al soplo de un suspiro se estremecen,
¡Aun consuelan el alma... ó la asesinan!
  Cuando al *partir del sol las sombras crecen*,
Y, entre sombras y sol, tibios instantes
En torno del horario se adormecen,
  El dolor y el placer, férvidos antes,
Se pierden ya en el alma indefinidos,
Á la luz y á la sombra semejantes.
  Y en esa languidez de los sentidos,
Crepúsculo moral en que indolente
Se arrulla el corazón con sus latidos,
  Pláceme contemplar indiferente

Cuál del dormido Sprée se abre la espalda
Y en lúbrico chapín sesga la gente;
  Ó recordar el toldo de esmeralda,
Que antes bordó el Abril en donde ahora
Nieve septentrional tiende su falda;
  Mientras la luz del Héspero incolora
Baña el ampo sin fin que el norte rudo
Salpicó de brillantes á la aurora!
  Hijo de otra región, trémulo y mudo,
Con la mirada que por tí paseo,
Nieve septentrional, yo te saludo!
  Una tarde de Mayo (casi creo
Que salta á mi memoria su hermosura
De este cuadro invernal, como un deseo);
  Una tarde de flores y verdura,
Rica de cielo azul, sin un celaje,
Y empapada en aromas y frescura;
  En que al son de las auras el ramaje
Trémulo de los tilos, repetía
De otros lejanos bosques el mensaje;
  Con mi secreto afán por compañía,
Del recinto salí que nombró el mundo
Corte del *Rey filósofo* algún día.
  Á su verdor del norte, sin segundo,
De un frondoso jardín los laberintos
Atrajeron mi paso vagabundo...
  En armoniosa confusión distintos,
Cándidos nardos y claveles rojos,
Tulipanes, violetas y jacintos,
  De admirar el verjel diéronme antojos;
Y perdíme en sus vueltas rebuscando,
Ya que no al corazón, pasto á los ojos.

Y una vïola, que al favonio blando
Columpiaba su tímida corola,
Quise arrancar... mas súbito clavando
Mis ojos en el césped, donde sola
Daba al favonio sus esencias puras,
Respeté, por el césped, la viola...
¡Guirnalda funeral, de desventuras
Y lágrimas nacida, eran las flores
De aquel vasto jardín de sepulturas!
Pero *jardín*. Allí, cuando los llores,
Aun te hablarán la madre ó el amigo
Con aromas y jugos y colores...
Y de tu santo afán mudo testigo,
Algo, en aquellas flores sepulcrales,
Algo del muerto bien será contigo.
Dentro de nuestros muros funerales
Jamás brota una flor... Mal brotaría
De ese alcázar de cal y mechinales.
Índice de la nada en simetría,
Que á la madre común roba los muertos
Para henchir su profana estantería:
Ruin estación de huéspedes inciertos
Que ofreciera á los vivos sus moradas
Por alquilar los túmulos abiertos.
De tierra sobre tierra levantadas,
Más solemnes quizá por más sencillas,
Las del santo jardín tumbas aisladas,
Con su césped de flores amarillas,
Se elevan... no muy altas... á la altura
Del que llore, al besarlas, de rodillas.
Mas sola allí... sin flores... sin verdura,
Bajo su cruz de hierro se levanta

De un hispano cantor la sepultura.
  Delante de su cruz tuve mi planta...
Y soñé que en su rótulo leía:
¡Nunca duerme entre flores quien las canta!
  ¡Sobre el césped marchito! ¿Quién diría
Que el cantor de las flores, en tu seno
Durmiera tan sin flores algún día?
  Mas ¡ay del ruiseñor que en aire ajeno,
Por atmósfera extraña sofocado,
Sobre extraña región cayó en el cieno!
  ¡Ay del pobre cantor que amortajado
Con su negro sayal de peregrino,
Yace en su propia tumba desterrado!
  Yo al encontrar su cruz en mi camino,
Como engendra el dolor supersticiones,
Llamé tres veces al cantor divino.
  Y de su lira desperté los sones,
Y turbé los sepulcros murmurando
La más triste canción de sus canciones...
  Y á la vïola, que al favonio blando
Columpiaba allí cerca su corola,
Volví turbios los ojos... y clavando
  La rodilla en el césped (donde sola
Era airón sepulcral de una doncella),
Desprendí de su césped la vïola.
  Y al lado del cantor volví con ella;
Y así lloré, sobre su cruz mi mano,
La del pobre cantor mísera estrella:
  Bien me dice mi voz que soy tu hermano...
¿Quién saludara tus despojos fríos
Sin el ¡ay! de mi acento castellano?
  Diéronte ajena tumba hados impíos...

Si ojos extraños la contemplan secos,
Hoy la riegan de lágrimas los míos.
  Sólo suena mi voz entre sus huecos,
Para que en ella, si la escuchas, halles
Los de tu propia voz póstumos ecos...
  Por las desiertas y sombrías calles
Donde duerme tu féretro escondido,
¡No pasa, no, la virgen de los valles!
  Una vez que ha pasado... no ha venido...
Trajéronla con flores... A tu lado,
La virgen, desde entonces, ha dormido...
  Si su pálida sombra, al compasado
Són de la media noche, inoportuna,
Flores sobre tu césped ha buscado,
  Bien habrá visto, á la menguada luna,
Que en el santo jardín, lleno de flores,
¡Sólo yace tu césped sin ninguna!
  ¡No tienes una flor! ¿Ni á qué dolores
Una flor de tu césped respondiera
Con aromas y jugos y colores?...
  Sólo al riego de lágrimas naciera...
Y de tu fosa en el terrón ajeno
¿Quién derramó una lágrima siquiera?
  ¡Ay, sí, del ruiseñor, de vida lleno,
Que en atmósfera extraña sofocado,
Sobre extraña región cayó en el cieno!
  Cantor en el sepulcro desterrado,
Descansa en paz... ¡Adiós!... Y si ha deshora
Un viajero del Sur pasa á tu lado;
  Si al contemplar tu cruz, como yo ahora,
En su idioma español, el viajero
Te llama aquí tres veces y aquí llora;

Dígale el són del aura lastimero
Cuál en los brazos de tu cruz escueta,
Peregrino del sur, lloré primero...
Recibe con mi adiós *tu violeta!*
La tumba de la virgen te la envía...

. . . . . .

Y al unirse la flor con su poeta,
Ya en el ocaso agonizaba el día.

DON CARLOS RUBIO

Á UNAS AVES

Aves que váis hacia la patria mía
Como van mis suspiros lastimeros,
Llevadla el beso que mi amor la envía.
¡Cuánta impotente envidia siento al veros,
Yo, en nuestro valle piedra desechada
Que con el pie separan los viajeros!
Bella te elevas en la mar salada,
Como en más breve mar la chipria Diosa,
Admirada Albïón, ya que no amada.
De aquel Dios del trabajo eres la esposa
Que los monstruos unció de mar y tierra
Á su regia carroza victoriosa;
Y que con lazos de oro ató á la Guerra,
Cuyo sangriento acero trocó en plumas
Con que arma á la razón que la destierra;
Y aunque quizá olvidando que es de espu-
De tus grandezas el cimiento incierto, [mas
La creación tu pedestal presumas,
Y aunque quizá tu corazón ha muerto,
Y eres estatua colosal de duro

Mármol de tumbas, terso, blanco y yerto,
  Asilo ofreces plácido y seguro
Al proscripto en tu hogar, donde luciente
Ve de la libertad el fuego puro,
  Y no se juzga de su patria ausente,
Porque es la libertad la patria santa
De todo corazón y toda mente.
  Mas no extrañes que anude mi garganta,
Recordando otro pueblo y otra historia,
El dolor que á mi espíritu quebranta:
  Que hasta elevado á la celeste gloria,
Conserva acaso el niño venturoso
De su perdida madre la memoria.
  ¡Oh España! ¡Oh dulce España! ¡Oh sol ra-
¡Oh cielo azul! ¡Oh fuentes cristalinas! [dioso!
¡Oh verde campo en flores abundoso!
  ¡Oh montes coronados de rüinas
Que pueden envidiaros Grecia y Roma!
¡Oh canciones del pueblo peregrinas,
  Engalanadas con aquel idioma
Que como el Tajo aurífero y abundo,
Cual flor de almendro de melífluo aroma,
  Compite siempre con el mar profundo,
Ya cuando ruge como hambrienta fiera
Y espanta y mueve y ensordece al mundo,
  Y ya cuando en la alegre primavera
De amor suspira al declinar el día
Besando cariñoso la ribera!
  ¡Oh humilde albergue en que en la infancia
Junto á mi cuna con amor sentada [mía
Mi madre el libro santo me leía!
  Y, apoyando ambas manos en la espada,

Recordaba mi padre fatigado
Las mil batallas en que fué mellada!
¡Oh solitario bosque perfumado
Do por mí sorprendido en una siesta
Huyó Amor de sus ninfas rodeado,
Y una (la más hermosa y más modesta)
De azules ojos y de voz süave,
Huyendo más risueña y menos presta,
Entre las manos me dejó aquel ave,
En que el poeta sobre el mar mundano
Al firmamento levantarse sabe!
¡Oh templo del saber do quise en vano
Mi alma encender en la sagrada pira
Al escuchar al sacerdote anciano!
Que si el poeta las estrellas mira
Mientras los otros reman, y se aleja
Buscando flores cuyo aliento aspira
Mientras los otros mueven trillo y reja,
Es que está destinado á ser piloto,
Y á sacar miel de flores cual la abeja.
¡Oh puerto resguardado de Euro y Noto,
Donde, cual Juan en Patmos, evocaba
Con el pasado el porvenir ignoto,
Y el gemir en las tumbas escuchaba
De mártires sin fin, y allá en el cielo
El himno redentor que contestaba!
¡Oh callados sepulcros, que en el suelo
Guardáis mi corazón hecho pedazos
Bajo las negras lápidas de hielo!
¡Oh de fiel amistad tiernos abrazos!
¡Oh templo que termina cruz erguida,
Abiertos siempre los piadosos brazos!

¡Oh patria mía, en fin, patria querida!
¿Cuándo volveré á tí, cuándo en tu seno
Podré de nuevo alimentar mi vida?
Pero ¿qué estoy diciendo? ¿Qué veneno
El infortunio en mis sentidos vierte
De todo honrado corazón ajeno?
¡Volver á España á presenciar su muerte
Tras su agonía que vergüenza inspira!
¡Volver á España que reposa inerte,
Yo que llamé á su puerta con mi lira,
Y después con el puño de mi acero,
Y no he logrado despertar su ira!
¡Nunca! ¡Jamás! Recorreré primero
La tierra entera á guisa de mendigo,
Y tumba me dará suelo extranjero!
¡No quiero ser de su opresión testigo!
Bástame su memoria, que, despierta,
Por doquiera que voy viene conmigo.
Con sus lóbregas alas, muda y yerta,
La noche, ave fatídica y gigante,
Cubre una tierra al parecer desierta,
Y en que tan sólo vago y oscilante,
Entre malezas, túmulos y escombros,
Fosfórico fulgor flota un instante.
¿Qué espectro colosal, de cuyos hombros
Pende manchada y rota hopa sangrienta,
Aumenta de este cuadro los asombros?
En su derecha mano macilenta
Un crucifijo, puño de una espada,
En noble sangre enrojecida ostenta,
Y en la izquierda la copa, que labrada
Por todos los demonios de la orgía,

De impurezas sin fin está colmada.
  Se alza la tierra cual la mar bravía
Rompiendo de las tumbas los secretos
Que abrillantado mármol encubría;
  Y amenazantes, pálidos, escuetos,
Surgen, á Dios las manos levantando,
Pidiendo «Expiación» los esqueletos.
  Mira el espectro al funerario bando,
Cual Caín á su víctima inocente,
Del Sumo Juez los pasos escuchando;
  De Luis Onceno los temores siente
(Que no le ha de faltar una vileza),
Y sus supersticiones juntamente.
  Con hipócritas muestras de flaqueza
Postra en la dura tierra una rodilla,
Y besa el crucifijo, y llora, y reza;
  Y así acallada su conciencia, brilla
La soberbia satánica en sus ojos;
Lanza de sí el terror que le mancilla;
  Yérguese; con desdén y con enojos
De sus míseras víctimas airadas
Contempla frente á frente los despojos;
  Alza después al cielo sus miradas;
No ve en ellas las cláusulas divinas
En el festín de Baltasar trazadas,
  Y busca nuevamente en las rüinas
Siervos aletargados de quien sorbe
Las gotas de la sangre purpurinas.
  ¡Tal es la patria que mi amor absorbe!
¡La que pudiera ser, si despertara,
Miedo y amor y admiración del orbe!
  ¡Oh! mientras tanto que su suerte avara

No vence con su antigua valentía,
Y guerra á sus verdugos no declara;
  Aves que váis hacia la patria mía
Como van mis suspiros doloridos,
Llevadla el beso que mi amor la envía.
  Mas no colguéis en ella vuestros nidos,
Ni apaguéis vuestra sed en sus corrientes,
Ni os poséis en sus árboles floridos.
  Pasad cual sobre lagos pestilentes
Sobre sus pueblos, cárceles medrosas,
Y sobre sus campiñas florecientes;
  Y decidla que van por escabrosas
Sendas, solos, sombríos, fatigados,
Sus hijos recordando y sus esposas,
  Los hijos de Espartaco, los soldados
Del alma libertad, que son girones
Del invencible lábaro arrancados;
  Mas que en sus esforzados corazones
Llevan su patria por la tierra extraña
Hasta las más recónditas regiones,
  Y entrar no quieren en la opresa España
Sino agitando su pendón ufano;
Porque el río al cruzar que humilde baña
  Los límites del suelo lusitano,
Han jurado á la faz del firmamento,
De la espada en la cruz puesta la mano,
  Antes morir sin agua ni sustento,
Y pasto ser de las salvajes hienas,
Que de nuevo vivir entre cadenas:
Y todos cumplirán su juramento.

DON ANTONIO APARISI Y GUIJARRO

Á LA VICTORIA DE LAS NAVAS

Cantemos al Señor: ¡bendito seas,
Gran Dios de los ejércitos triunfante!
¿Cómo te ensalzaré? ¿Quién semejante
Será á tí, vencedor en las peleas?
Canta, España: su diestra omnipotente
Fulminó en tu favor en trance fiero;
De los hijos de Agar devoró ardiente
Carro, y lanza, y caballo y caballero...
¡Embista negro espanto
A quien odie, Señor, tu nombre santo!
Alzóse armada el Africa furiosa;
Se alzó, y nervuda diestra sacudiendo,
En espantable cólera rugiendo
Hizo brillar su espada pavorosa;
Y agitando los bárbaros pendones,
Gritó con alarido:
«¿Y sufriréis magnánimas naciones
»Que los cristianos, míseros esclavos,
»Destrocen sus cadenas, ciñan bravos
»Laureles de victoria...

»¡Oh dolor! y de Alá huellen la gloria?
»¡Campos de Guadalete!... ¡Vencedores
»Coronados de lauros indecibles!
»¡Oh hijos ingloriosos! ¡oh terribles
»Tristes sombras de padres vengadores!
»Oid su voz; su voz suena indignada:
»Con sangre hemos regado nuestro imperio,
»Volad á sostenerle; á cautiverio
»Las doncellas, los niños á la espada:
»Y en perdurable ejemplo
»Asolad, asolad de Cristo el templo.»
Dijo: y desde su trono fulminante
Lo oyó, y tronó el Señor en ira ardiendo;
Y súbito retiembla con estruendo
Espantoso el olimpo vacilante;
Enciéndense las copas de venganzas,
Brillan rayos furentes,
Tienden sus alas, y de fuego lanzas,
Angeles mil y mil, vibran ardientes:
Habla, Señor... turbada
Naturaleza tornará á su nada.
Y entre tanto los mares se escondían,
Gimiendo bajo el peso de las naves;
Con fresco son los céfiros süaves
Sus blancas velas cóncavas se henchían,
Que sombreaban las inquietas olas:
Temblaron de placer los africanos,
Al divisar riberas españolas;
Irguieron su alta frente los insanos,
Y el acero apretaron
Y de furor sus ojos relumbraron.
A las playas con roncos alaridos,

Lánzanse, y á su vez Andalucía
Carro, alfanje, furor prepara impía...
Desparecen los llanos extendidos,
Y los montes, cubiertos de guerreros,
Que donde quier los encendidos ojos
Convierten, en su gloria y poder fieros;
Y gozan ya en idea los despojos,
Y dicen: «Haga muestra
»Ora su Dios de salvadora diestra.»
Señor, ¿y contra tí? la impía gente
¿Contra tí, excelso Dios?... Mas yo ¿qué veo?
No burla, no, de engañador deseo
Sueño fugaz, mi corazón, mi mente...
¿Quiénes son esos fuertes campeones
Que conduce el Señor á la pelea?
Brilla la roja cruz en sus pendones,
En sus diestras la espada centellea;
Dios es quien fortalece
Su brazo en lid, y su ánimo enardece.
¡Héroes, un tiempo de la patria mía
Sostén y honor, y ahora celestiales
Milicias con laureles inmortales
Resplandecientes en eterno día!
Ora embrazáis escudo más hermoso,
Ora blandís acero más brillante...
¡Padres! ¡Oh padres! desde el solio hermoso
Que enriquece el zafiro y el diamante,
Con amor, no con saña,
Volved los ojos á la triste España;
A vuestra fiel España. En noble anhelo
Sonará en tanto mi exaltada lira;
Dirá cual palpitando en santa ira,

A hueste infiel abominable al cielo,
«Venid, clamásteis; merecido pago
»Os daremos, inicuos agresores:
»Sangre con sangre, estrago con estrago;
»Vosotros en caballos voladores
»Fiáis, y en fuego y lanza;
»Nosotros en el Dios de la venganza.»
Y cual voraz, embravecida llama
Cébase, restallando en alta sierra,
O como el viento, de confusa tierra
En las hondas cavernas pugna y brama,
Sordamente el profundo retumbando,
Precipítanse en férvida pelea;
Y mézclase rugiendo bando y bando,
Y el aturdido suelo en sangre humea,
Y gime y se estremece
Y con el polvo el cielo se ennegrece.
Y los aceros crúzanse veloces,
La lanza va á encontrarse con la lanza,
Roncas iras encienden la matanza,
Y tiembla el aire en horrorosas voces...
¡Ved cuál huyen, cuál huyen!... ha triunfado
El Señor, el terrible, el poderoso
Sobre altísimos cedros exaltado,
Sobre el excelso monte y orgulloso...
¡Oh! Dad, dadme la lira:
La lira celestial; que Dios me inspira!
¡Ved cuál huyen, cuál huyen los impíos!
Pálidos ¡oh! y ansiosos y temblando...
Mirad, cual los acosa centelleando
El español indómito... ¿Los bríos
A dónde del valor? ¿A dó los carros

Alígeros? ¿A dó los espumantes
Caballos? ¿Dó los fuertes, los bizarros
Bárbaros, que volaban arrogantes,
Desnuda la cuchilla,
A devorar los campos de Castilla?
¡Mirad á los insignes campeones
Que sacudieron con furor la tierra!...
¿Y esos son ¡ay! los que en sangrienta guerra
Yermaron atrozmente á las naciones?
La tierra en vuestra muerte ha revivido,
Las naciones palpitan de alegría,
¿Quién abatió ese cedro enaltecido
Que la frente en los cielos escondía?
Ví su pompa: ¡qué fiera!
Pasé, volví á mirar, y ya no era.
Alzate, España, y triunfa, que el glorioso
Clamor hinche la tierra, al cielo llena...
Españoles, ¿oís, oís cual truena
Una voz en Oriente luminoso?
Voz en Oriente, voz en Occidente,
Voz que enciende mi patria á la venganza:
¡Mirad, cuál por los aires refulgente
Vuela, agitando abrasadora lanza,
Y en voz que al impío aterra,
Clama Arcángel terrible: «muerte y guerra»!
Y al grito vencedor alza medrosa
Su yerta frente el Africa turbada
Y escuálida y llorosa, la mirada
Clavando ávidamente en la espaciosa
Desierta mar, ¿y dónde mis queridos?
¿Y mis hijos... dó están? clama temblando...
Tus hijos... ¡oh, tus hijos! ya ceñidos

De gloria están, y de esplendor triunfando;
Tus hijos... muerte cruda
A la España ora dan con asta aguda.
  Aguarda, irán, irán. Tú, de victoria
Ciñe el manto y laurel... ¡España! ¡España!
Hierva esta vez en vividora saña,
¡Hierva tu corazón! No sed de gloria;
Ira del cielo te arrebate; ardiente
No desciñas el casco; está encendido
Tu acero, y de venganzas impaciente;
Vuela, y pasa la mar, y con rugido
Y hierro despiadado
Despedaza su pecho amancillado.
  Y un fuego vengador á esas naciones
Devore hasta en sus últimos alientos:
Y sobre sus cadáveres sangrientos
Tremolando tus rojos pabellones,
Alza, España, la diestra asoladora,
Y sacude la espada fulminante:
Suene tu voz cual trueno, de la aurora
Retumbando hasta el hondo mar de Atlante.
Dí, España: «la victoria
»El cielo me la dió, suya es la gloria».

DON MANUEL DE LA REVILLA

EL DIOS PAN

Á MI QUERIDO AMIGO RICARDO BLANCO

Cuando Jesús el postrimer aliento
Exhalaba en la cumbre del Calvario,
Naturaleza en fúnebre sudario
Sus galas ocultó.
Y en los bosques de mirtos y laureles,
Que al pie del sacro Olimpo se extendían,
Voces tristes se oyeron que decían:
—¡Pan, el gran Pan murió!
Murió Pan, murió el sátiro divino
Que con hendido pie la tierra hollaba
Y los dorados cuernos sepultaba
En la increada luz;
Viuda Naturaleza de sus dioses
Del Espíritu sufre el férreo yugo:
Encadenóla fiero su verdugo
Al pie de triste cruz.
Ya no se escucha entre la selva umbría

Del fauno alegre la canción donosa;
Calló por siempre la sirena hermosa,
Apolo enmudeció.
¡Sólo se escucha de Satán sombrío
Chocar las alas en las rotas peñas;
Que á las ninfas hermosas y risueñas
El diablo destronó!

. . . . . .

Siglos después, Bizancio corrompida
Hundidos vió sus muros altaneros
Bajo los rudos golpes de los fieros
Soldados del Corán;
Pero al herir la corva cimitarra
El santo suelo de la Grecia hermosa
Rompió en pedazos mil la fría losa
Que sepultaba á Pan.
Quebróse entonces de la tierra el seno
Del Dios ante el esfuerzo sobrehumano,
Y del fondo del férvido Oceano
Un nuevo mundo alzó.
Rompió Naturaleza sus cadenas,
Y desgarrando su mortuorio velo,
Los tesoros recónditos del cielo
Al hombre reveló.
Y las ninfas la selva recorrieron,
Y su voz las sirenas recobraron,
Y en el profundo tártaro arrojaron
Al lúgubre Satán.
Y en los bosques de mirtos y laureles,
Que al pie del sacro Olimpo se extendían,
Alegres voces sin cesar decían:
—¡Resucitó el Dios Pan!

MEFISTÓFELES

AL SEÑOR DON MARIANO CALAVIA

—¿Quién eres, genio fatal,
Que, matando mi ilusión,
Arrastras mi corazón
A los abismos del mal?
¿Por qué, fraguando mi daño,
Opones con tal cinismo
Al amor el egoísmo,
Al placer el desengaño?
En vano quiero creer,
En vano deseo amar,
En vano intento buscar
La ventura y el placer;
Que si la dicha anhelada
Alcanza mi afán ardiente,
Me hiela el eco estridente
De tu horrible carcajada.
—Yo soy el genio del mal
Y mi esencia es infinita;
Yo soy el ser que limita
La esfera de lo ideal.
No soy del temido infierno
El negro monarca infausto;
Yo soy del eterno Fausto
Mefistófeles eterno.
Yo vivo dentro de tí,
De tí recibo mi esencia;

Tú me debes la existencia,
Pues no vivieras sin mí.
Si de tí no fuera en pos,
Aunque saberlo te asombre,
Dejarías de ser hombre
Para llegar á ser Dios.
Por insondable misterio
A que tu razón no alcanza,
Destruir tu bienandanza
Es mi triste ministerio;
Y la eterna oposición
Que halla en mí tu vanidad
Es para tu voluntad
El necesario aguijón.
Conmigo siempre luchando,
Nunca vencer lograrás;
Pero si adelante vas
Irá mi fuerza acabando.
Mi reino hacer más pequeño,
Sin llegarlo á destruir
Será, si sabes vivir,
De tu razón el empeño.
Pero no sueñes jamás
En acabar con mi sér;
Porque si logras vencer
La existencia perderás.

Á LA NATURALEZA

Un tiempo fué que el hombre en su locura
Postrado te adoró,

Y del único Dios la esencia pura
Por tu sombra velada se ocultó.
Más tarde, por los hombres maldecida
Cual hija de Satán,
En mirarte humillada y abatida
Cifraron, crueles, su inclemente afán.
Hoy el misterio penetrar intentan
De tu ignorado sér,
Y ni te adoran ciegos, ni te afrentan
Cual te afrentaron bárbaros ayer.
Mas ¡ay! en vano penetrar tu esencia
Intentará su ardor,
Si no encienden la antorcha de la ciencia
En el sagrado fuego del amor.

EL TREN ETERNO

—¡Alto el tren!—Parar no puede.
—¿Ese tren adónde va?
—Por el mundo caminando
En busca del ideal.
—¿Cómo se llama?—Progreso.
—¿Quién va en él?—La humanidad.
—¿Quién le dirige?—Dios mismo.
—¿Cuándo parará?—Jamás.

DON VENTURA RUIZ DE AGUILERA

EL CANTO DE LA ESPIGA

A Eugenio María Hostos.

I

El cielo ya se cubre
De pardas brumas;
Ya del otoño vienen
Las frescas lluvias;
Ya el buey al yugo
Dócil se presta....
Va á dar principio
La sementera.

II

A la tierra, en el grano
Que desparrama,
El labrador confía
Sus esperanzas.
Hasta que verlas
Cumplidas logre
¡Qué de trabajos!
¡Qué de temores!

III

En el invierno, todo
Morir parece;
Las aves han huído,
Los campos duermen;
Los altos montes,
En nieve envueltos,
Como fantasmas
Se ven al lejos.

IV

En Mayo, todo es vida:
Tornan las aves,
Los hielos se derriten,
Las flores se abren,
Y los sembrados
Semejan olas
Cuando la brisa
Pasa y los toca.

V

A sazonar los trigos
Viene en pos Julio;
Con su soplo de fuego
Dora los frutos;
Y entonces, dicen,
Canta la espiga
Lo que á cantaros
Va la voz mía.

VI

Los bienes que en mí encierro
Ponderar oigo;
Mis granos los comparan
Con granos de oro.
Más que oro fino
Mis granos valen,
Y que las perlas
Y los diamantes.

VII

El hombre que paz tiene
Con su conciencia,
Mas que la miel sabroso
Mi pan encuentra;
Como reñido,
Con ella vive,
Negro y amargo
Me encuentra el crimen.

VIII

Yo soy la paz y el gozo
De las familias;
Palacios y cabañas
Me necesitan.
Año en que llenas
Se ven las trojes,
Todos respiran,
Ricos y pobres.

IX

Si ha sido el año estéril,
Veréis el hambre
Recorrer las aldeas
Y las ciudades;
Madres que sufren,
Niños que lloran,
Penas sin cuento,
Sonrisas pocas.

X

Aquel que por los hombres
Subió al Calvario,
Hizo de mi sustancia
Símbolo santo;
Pues si su sangre
figura el vino,
Yo soy el cuerpo
De Jesucristo.

XI

En cada rubio grano
Llevo escondidas
Largas generaciones
De otras espigas;
Que en pan trocadas,
Son para el pueblo
Germen de fuerza,
Maná del cielo.

XII

Labrador, si ha de darte
La tierra frutos,
Con sudor de tu frente
Riega los surcos:
Sin este riego
No esperes nunca;
Las nubes solas
No la fecundan.

XIII

Hallará en su camino
La reja tosca,
Matorrales, y abrojos,
Y duras rocas.
¿Qué pensamiento,
Qué noble empresa,
Vence sin lucha
Ni resistencia?

BALADA DE IBERIA

I

Dicen que va con España
A casarse Portugal;
Si mucho vale la novia
No vale poco el galán.

El mismo sol los alumbra,
La misma tierra feraz
Rinde á sus pies, generosa,
Ricos tesoros sin par.
Dos mares las costas bañan;
Dos mares de nombre igual;
En los propios claros ríos
Los dos contemplan su faz.
Una es su lengua armoniosa,
Una su historia inmortal;
En los siglos venideros
Uno el destino será.
Bello fruto de estas bodas,
Iberia al orbe ha de dar
Envidia por su grandeza,
Y por sus virtudes más.
¡Cuándo ese día,
Cuándo vendrá!
¿Quién no lo ansía?
¡Quién lo verá!

II

Los dos cruzaron valientes
Las soledades de un mar,
Donde sonado no había
La voz humana jamás.
Oro dicen que trajeron
De su expedición audaz;
No cuenta quien los acusa
Lo que dejaron allá:
Sangre, industria, ciencia y arte.

Entrada en la humanidad
Dieron á razas dormidas
En hondo sueño fatal.
  Y entonces allí brotaron
(Flores de su inmenso afán)
Ciudades, talleres, templos,
Maravillas que admirar.
  ¡Ojalá unidos por siempre
Desde entonces, ojalá,
Hubieran los dos estado
Con vínculo fraternal!
  ¡Cuándo ese día! etc.

III

  Todo el mundo conocido
Resueltos los vió pasar
A vencer los que imposibles
Juzgaba la antigüedad:
  Con el león de Castilla
Las quinas de Portugal;
Las barras aragonesas
Con el blasón catalán.
  Fuertes con sus libertades
Y su poder colosal,
En sus empresas llegaron
Donde nadie llegará.
  Ellos derrocan imperios,
Ellos los saben fundar,
Y uncen monarcas altivos
A su carroza triunfal.
  Hoy con recelo se miran,

Y no se conocerán
Hasta que luzca la aurora
Que tantos esperan ya.
¡Cuándo ese día! etc.

IV

El tiempo se acerca; un trono
Ha barrido el huracán,
Sobre él desplomando fiero
Una oleada del mar.
Dinastías extranjeras
Hollaron su dignidad;
Si España tiene memoria,
Ya nunca lo ocuparán.
Lázaro ha roto su tumba;
La tiniebla huyendo va;
El muerto resucitado
Saluda á la Libertad.
En esta sagrada vía,
Sin volver un paso atrás,
Con el pueblo lusitano
España se encontrará.
Y olvidando sus querellas,
Su alianza sellarán,
Fiel, sincera, indisoluble
Con un ósculo de paz.
¡Cuándo ese día! etc.

V

Iberia! yo te estoy viendo
Bella, joven, celestial,

Como en sus ensueños pudo
El poeta ambicionar.
  Iberia! yo te estoy viendo
Vestida de majestad,
Presentarte á las naciones
Con aplauso universal.
  Iberia! yo te estoy viendo
En el senado brillar
De todos los pueblos libres,
Tan alta como el que más.
  Iberia! yo te estoy viendo
Serenamente marchar
Al porvenir que adivina
La musa de nuestra edad.
  Iberia! yo te estoy viendo;
Iberia tú nacerás,
Pues han de hacerse las bodas
De España con Portugal.

Ese gran día
No faltará;
¿Quién no lo ansía?
¡Quién lo verá!

DON ANTONIO HURTADO

LA MAYA

No tiene el sol mejor rayo,
Ni de luz más bienhechora,
Que el rayo aquél que colora
La primer alba de Mayo.
Pues tanta vida y calor
Sobre los campos derrama,
Que apenas hay una rama
Que no se convierta en flor.
Y es que Dios, desde su asiento,
Con la aurora de ese día,
Pródigo á la tierra envía
Un átomo de su aliento.
Átomo de esencia tal
Y de tan rica fragancia,
Que siendo nueva substancia
Y nuevo germen vital,
A su contacto fecundo
Hierve la tierra, y parece
Que se agita y se estremece
Loco de placer el mundo.

La ciencia aquí, voto á bríos,
Gritará que esto es quimera;
Pero diga lo que quiera
La altiva ciencia de Dios,
Yo pregunto: ¿Quién potente
Mueve del mundo la bola?
¿Quién enciende y arrebola
La clara lumbre de Oriente?
¿Quién á la nube que ondea
Con visos de rosa inflama?
¿Quién da al sol la eterna llama
Con que las cumbres orea?
¿Quién de los montes desata
La densa y pesada bruma,
Y entre vellones de espuma
Destrenza arroyos de plata?
¿Quién con alta potestad
Y con vigor soberano,
Ya refrena al Oceáno,
Ya azota á la tempestad?
¿Quién, en fin, da movimiento
Á cuanto en el mundo cabe,
Y anima la flor, el ave,
El fuego, la mar y el viento?
Dios, cuyo excelso poder
En todas partes se ostenta,
Y á cuyo aliento fermenta
Lo que ha sido y puede ser.
Dios, que con nieve encanece
La sien del risco sombrío,
Y acallando el son del río
Entre hielos le adormece.

Dios, que en olas de frialdad
Envuelve á la noche umbría
Y saca la luz del día
De la densa obscuridad.
Así, cuando se desprende
La esencia de Dios creadora
Con la luz consoladora
Que en el sol de Mayo enciende,
Virgen aspirando amores
Despierta la tierra ufana,
Y gozosa se engalana
Con rico manto de flores.
Entonces, en curso leve,
Y en corrientes desiguales,
Baja deshecha en cristales
Y en globos de luz la nieve.
Y en incesante rodar,
Como el mundo en el vacío,
Corre la nieve á ser río,
Y el río corre á ser mar.
Y entonces es cuando osada
Rompe el águila las brumas,
Y va agitando sus plumas
Por la atmósfera azulada.
Y es cuando fresca la flor
Vierte al aire su tesoro,
Y es cuando con pico de oro
Canta alegre el ruiseñor.
Y entonces es cuando enhiesta
Alza su copa la encina,
Y hay más luz en la colina,
Y hay más sombra en la floresta.

Y entonces es cuando en pos
De un bien que no tiene nombre,
Se eleva el alma del hombre
A confundirse con Dios.
Pues con amor singular,
Divino, tierno y suave,
Da vida á la flor, al ave,
Al fuego, al viento y al mar.
. . . . . .
. . . . . .
Y basta de luz, de rayo,
De sol, de luna y de estrella;
Sobra con decir que es bella
La estación del mes de Mayo.

II

Orillas del Manzanares,
Soto de *Santiago el Verde*,
Sitios hoy tan olvidados
Como en otro tiempo alegres.
Álamos de la ribera,
Dulces aguas transparentes,
Que no adormecéis el gusto,
Con el rumor de otras veces;
Decid á vuestras memorias
Que á nueva vida despierten,
Y las historias que guardan
En manso arrullo nos cuenten.
Referidnos algún lance
De aquellas bizarras gentes,
Que el primer día de Mayo,
De Mayo, rey de los meses,

Risueñas y alborozadas
En son de fiesta campestre,
Poblaban la fresca margen,
Poblaban el llano agreste,
Y al compás de los albogues,
De vihuelas y rabeles,
Cantaban en grato coro
Y en soñoliento motete:

Este, madre, es Santiago,
Santiago el Verde;
Doncella sin amores
No venga á verle.

Mas ¡ay! ¡que en vano os recuerdo!
Tiempos que pasan no vuelven;
Y lo que ayer os dió pompa
Despojo es hoy de la muerte.
No esperéis, ondas sonoras,
Ni esperéis, ricos verjeles,
Ser espejos de hermosuras
Ni reclamos de valientes.
Aquellas caras de rosas,
Afrenta de los claveles,
No es fácil que en los cristales
De esas aguas reverberen.
Pasaron aquellos días
Tan ansiados cuanto breves,
De la juventud encanto,
De la ancianidad deleite.
Ya no hay tapadas que os busquen,
Ni galanes que os frecuenten,
Ni carrozas que se atasquen
Al pasar junto á la puente;

Ni corros de bailadoras,
Ni riñas de matasietes,
Ni rufianes que os aturdan,
Ni tiendas de mercaderes;
Ni muchachas que se pierdan,
Ni mozos que las encuentren;
Ni, en fin, quien diga cantando
Con festivo sonsonete:

Este, madre, es Santiago,
Santiago el Verde;
Quien bajó sin amores
Con ellos vuelve.
Las dueñas se santiguan
Cuando aquí vienen;
¿Quién las diera tornarse
De quince á veinte?
Madrecita del alma,
Calla y no reces,
Que allí baja el mancebo
Que á mí me quiere.
Flores que no le he dado
Del jubón prende;
¿Quién le habrá dado, madre,
Tal ramillete?
Con una moza baila
De ojos celestes;
Vámonos, madre, al punto,
No quiero verle.
¡Ay! Mal haya Santiago,
Santiago el Verde;
¡Sin celos bajó el alma,
Con celos vuelve!

III

El primer día de Mayo
De un año en muertes famoso,
Al pie de un álamo negro,
Y algo apartados del corro,
Ana la de Leganitos
Y Pedro Recio el Ganchoso,
Ella una piña de plata,
Y él como un pino de oro,
Pausadamente se hablaban
Dándose mutuos enojos.
Ana escuchaba riendo
Sus reniegos y sus votos,
Y Pedro viendo sus risas
Alzaba el gallo más fosco.
—¡Ana!... No me afufes, Ana,
Murmuraba Pedro ronco;
¡Mira que dentro del pecho
Me está punzando el demonio!
¿No me perjuraste anoche
Que no bajabas al soto?
¿Por qué en el soto te miro
Tan acabada de adornos?
Rizado y florido el pelo,
¡Toquilla de gasa al rostro!
¡Tú trocada en arandela
Para ensanchar tus contornos!
¡Tú con justillo de raso,
Con arracadas de á folio,
Con basquiñas enfaldadas

Y con zapatillos cortos!...
Por la vida de mi madre,
Ana, que no te conozco;
¡Ayer con parda albanega,
Y hoy con tantos perifollos!
¿Qué quieren decir, mi vida,
Estos trueques portentosos?
El santiagués que te sigue,
Aquél del lagarto rojo,
¿Te ha mandado que te enrubies
Para gala de sus ojos?
—¡Pedro!... no me afufes, Pedro,
Ana dijo con mal tono:
Mira que son tus palabras
Afrenta de mi decoro.
También tú dijiste anoche
Que no bajabas al soto,
Y hoy en el soto te encuentro
Más apuesto que un Medoro.
Sombrero de lazos llevas
Con faldas á lo rumboso;
Cuellos de Flandes caídos
Son en tu pecho despojos,
Y ese jubón y esas calzas,
Hoy te convierten en godo.
¡Tú con coleto de ante!
¡Con daga de plata el pomo!
¡Tú con vihuela en las manos
Y presumiendo de Apolo!
¡Por la vida de mi padre,
Pedro, que no te conozco!....
¡En traje ayer de cristiano

Y hoy con ribetes de moro!
¿Qué quieren decir, mi vida,
Esos trueques portentosos?
La dama aquella del Prado,
Del Prado de San Jerónimo,
¿Te quiere á lo barbilindo
Para gala de sus ojos?
—Yo no afronto á tal tarasca.
—Ni yo al santiagués afronto.
—¿Qué me importa á mí su pompa?
—¿Ni á mí su cruz ni su todo?
—Por tí he bajado á Santiago.
—¿He bajado yo por otro?
—¡Si tú eres, Ana, mi gloria!
—¡Y tú, Pedro, mi tesoro!
—Pues pelos al mar, y hablemos
De otro asunto.
—Pues dí pronto.
—Héme hallado á la Cardoncha,
La nieta de Juan el Chozno.
—¿Y qué te ha dicho?
—Me ha dicho
Que una carroza con toldo
Hoy se ha parado á tu puerta,
Siendo cebo de chismosos.
—¿Y qué más dijo?
—Ha contado
Que una dama de alto bordo
Ha entrado á hablar á tu padre
De parte del Rey Católico.
¿Es verdad?
—No te ha mentido.

—¿Y qué es ello?
—¡Eres curioso!
—¿No quieres que me sorprenda
Todo un mensaje del trono?
—Pues á fé que has de saberlo,
Que el asunto es harto honroso.
—Pues cuenta.
—Ya sabes, Pedro,
Que es costumbre entre nosotros
Celebrar la Cruz de Mayo
Con festejos y jolgorios.
—¿Pues no quieres que lo sepa?
¿No he de saberlo, pimpollo?
¡Si en la cruz de Leganitos
Me cautivaron tus ojos!...
¿Cuándo ha visto Madrid, Maya
De más brío y requilorios
Que la que el año pasado
Fué de la Corte el asombro?...
—¡Calla, Pedro, y no me adules,
Que juro que me abochorno!...
—Callo y perdona, mi vida,
Que hablo así porque te adoro.
—Pues bien; del triunfo de entonces,
Sin duda el Rey noticioso,
Cruz en Palacio dispone
Que cause á la Corte gozo.
—¿Y á tí te elige por Maya?
—Con privilegio notorio
De ser reina de la fiesta,
Con cetro, corona y solio.
—¿Y acepta tu padre?

—Acepta.
—¡Vive Dios! ¡Tu padre es tonto!...
¿Pues no mete á su cordera
En una jauría de lobos?
—Pedro, ¿tornas á los celos?
—¿Pues no he de estar de retorno,
Si el santiagués que te sigue
Debe causar este embrollo?
—¿Y qué importa que lo cause?
¿Me ha de comer ese mozo?
—Ana, otro mar es la Corte,
Mar empedrado de escollos.
¡A gran naufragio se expone
Quien va á ese mar sin piloto!
No vayas, Ana, á Palacio.
—¿Qué dices, Pedro?... ¿Estás loco?
Mi padre dió su palabra,
Y el negarme fuera impropio.
—Pues yo mando que no vayas.
—¿Qué es mandar?... ¿Eres mi esposo?
—No lo seré si tal haces.
—¡Pues busca otra novia, bobo!...

Quedóse mudo á esta frase
Pedro, con el gesto torvo:
Y al son de las castañuelas
Ana se entró por un corro,
A tiempo que las muchachas
Cantaban en dulce coro:
«Madre, en *Santiago el Verde*
Me dejó el novio,

Encontré un confiado
Se fué un celoso.
  Cantarcillo de Lope
Canto con gozo;
¡Quien ama no haga fieros!....
Digo lo propio.»

IV

A poco llegó á aquel sitio
Un tropel de mozalbetes
Luciendo el oro y la seda
Desde la planta á las sienes.
Gallardos como unas flores,
Y cual gallardos alegres,
Dieron nueva vida al soto,
Soto de *Santiago el Verde.*
El más apuesto y más hombre
Causaba delicia el verle,
Aunque era largo de manos
Y de lengua algo insolente.
Llevaba un sombrero obscuro
Con cintillo y con caireles;
Pluma blanca derribada
Del aire eterno juguete:
Jubón de raso con perlas,
Anchos gregüescos con pliegues,
Botas bordadas de plata,
Espuelas de oro lucientes,
Espada sujeta al cinto,
Y un capotillo muy leve,
En uno de cuyos lados

Como un ramo de claveles,
La roja cruz de Santiago
Se dejaba ver á veces.
Era de mirar altivo,
Y era tal su continente,
Que su apostura y sus ojos
Estaban diciendo siempre,
A los bravos,—«¿quién me tose?»—
Y á las niñas,—«¿quién me quiere?»
Hijo de una ilustre casa,
Algo deudo de los reyes,
Poderoso como un Creso,
Audaz entre los valientes,
Muy tirador de las negras,
Muy caballista y jinete,
Era el tal mozo el Tenorio,
El coco de las mujeres,
El terror de los amantes
Y el rey de los matasietes.
Entróse al punto en el corro
Diciendo: ¡viva quien puede!
Y apartando al que bailaba
Se puso de Anilla enfrente.—
—¿Qué queréis? pregunto Ana
En tono de quien se ofende.
Y dijo el mozo:—Lucero,
¿Qué he de querer sino verte?...
Harto sabes que te busco,
Y harto sabes que me tienes
Cautivo en los bellos ojos
Que en tu cara resplandecen.
—Buscad con quien divertiros,

Ana dijo en tono agreste,
Que no soy yo de esas damas
De lechuguilla y copete,
Que tales requiebros sufren
Y tales burlas consienten.
—¿No quieres bailar conmigo?
Pues vive Dios que me hieres,
Y que tus frases me queman
Y me abrasan tus desdenes.
—No está la fuente muy lejos;
Id, caballero, á la fuente,
Que las aguas cristalinas
Acaso su fuego templen.
—No será sin que al partirme
La miel de tus labios pruebe,
Que abeja soy que entre flores
Busca cosecha de mieles.—
Y añadiendo á las palabras
La ejecución harto breve,
En los labios de la niña
Estampó un beso crujiente.
Presenció el lance el Ganchoso,
Y airado como una sierpe,
Por el corro alborotado
Se entró derramando hieles.
Ana se lanzó á su lado
En guisa de contenerle;
Sacó el santiagués la espada
Preveyendo un accidente:
Sonó el choque del acero,
Dieron gritos las mujeres,
Acudió al punto á estos gritos

Un enjambre de corchetes,
Y en medio de aquella lluvia
De tajos y de reveses,
Ah ¡ténganse á la justicia!
Entre reniegos y pestes,
Rompió el aire un alarido
Triste, seco y estridente,
Que dijo: «¡Dios me perdone!
¡Muerto soy; cielos, valedme!

Cuando de vuelta del soto
Tornaron luego las gentes,
Cantaban tristes las mozas
Al son de los panderetes:
A un caballero, madre,
Galán y alegre,
Por besar á una niña
Le han dado muerte.
Se quemó en unos ojos,
Picó en claveles;
La abeja cuando pica
Dicen que muere.
Mala tarde le ha dado
Santiago el Verde:
Bajó mozo y con vida;
¡Sin ella vuelve!

V

¡Fiesta de la Cruz de Mayo!
¡Noches de la Cruz amenas!

Quien ni escritas os conoce,
No sabe lo que son fiestas.
Por todas partes brillaban
Luminarias y candelas,
Siendo un incendio abreviado
De España la corte entera.
Cada plaza era un asombro,
Un jardín cada plazuela,
Las casas grutas floridas,
Las calles frondosas selvas.
Cada portal ostentaba
Una cruz de ramos hecha
Bordada de minutisas,
De jazmines y verbenas.
Fabricados mil altares
Con cortinajes de seda,
Entre ricos pabellones
Brillaba la santa enseña,
Ante la cual volteaban
Arañas llenas de cera,
Reliquias de plata y oro
Con lazos de lentejuelas;
Y titilando sus luces
Como racimos de estrellas,
Cada altar era un incendio
Y cada cruz una hoguera.
Ante tales altarillos,
Las muchachas más apuestas,
Al son de los panderetes
Y al compás de las vihuelas,
Cantaban y bailaban
De gozo llenas:

Del Señor Jesucristo
La cruz es ésta,
Que la hallaron los ojos
De Santa Elena.
Divina Cruz del cielo,
Glorioso emblema,
Tus brazos me den vida
Cuando yo muera.

¿Qué mucho que en aquel tiempo
De tanta fe y de fe ciega,
A visitar los altares
Madrid entero acudiera?
Cierto que era para todos
Aquello miel sobre hojuelas,
Pues con pretexto fingido
De cumplir con la conciencia,
Iban á la cruz los mozos
Por bailar con las doncellas;
Éstas por hallar amantes,
Por gulusmear las viejas;
Los rufianes y gaiteros
Por tentar las faltriqueras;
Las tapadas por galanes,
Los galanes por pendencias,
Los corchetes por dinero,
Los escribas por querellas:
Y, en fin, hombres y mujeres,
Mozos, ancianos y dueñas,
De aquí para allá bullían
Con su razón y su cuenta,

Dando que hacer á los ojos,
A las manos y á las lenguas.
Para mayor incentivo,
Y dar más lustre á la fiesta,
En cada cruz presidía,
Con privilegios de reina,
La mejor moza del barrio,
La más honrada y discreta.
Con sobrenombre de Maya,
Flora de tal primavera,
Desde un alto taburete
Bordado de ricas sedas,
Con presunciones de mando
Y con visos de alcaldesa,
Ordenaba y escogía
Para bailar las parejas;
Ahogaba toda disputa,
Mataba toda querella,
Y á su poder absoluto
Sin apelación ni réplica,
Prestaba el concurso alegre
La más formal obediencia,
Rindiendo en ello homenaje
A la ley de la belleza.
En torno, pues, de aquel astro,
Vistosísimos planetas,
Las demás niñas del barrio
Luciendo flores y trenzas,
Al son de los panderetes
Y al compás de las vihuelas,
Cantaban y bailaban
De gozo llenas:

Galanes de la villa
Que á la cruz llegan;
Digan si han visto Maya,
Maya cual ésta.
Ojos de cielo tiene,
Boca de perlas;
Palidita es su cara
Cual la azucena.
Cuello tiene de cisne,
Cintura estrecha,
Como mimbre que al aire
Se balancea.
Galanes de la villa,
Vengan á verla:
¡Dichoso aquel amante
Que su amor tenga!
¡Noches de la Cruz de Mayo!
¡Noches de la cruz amenas!..
¿Qué ha sido de tanta gala?
¿Qué ha sido de tanta fiesta?
Niñas de caras de rosa,
Hoy requeridas apenas,
¡Quién os diera que esas noches
Para vosotras volvieran!

VI

¡Noche de la Cruz de Mayo!
En esa festiva noche,
En palacio el rey se hallaba
Circundado de su corte.
Las damas muy bien prendidas,

Muy bien vestidos los hombres,
Eran el vivo remedo
De un ramillete de flores.
Los pajes en la escalera
Estaban puestos en orden,
Ostentando mil adornos
A la luz de sus hachones;
Y á las puertas de palacio
Con armoniosos acordes,
Una música poblaba
El aire de alegres sones.
La estancia en que el rey yacía
Llena estaba de primores,
Y en el centro se ostentaba
Un gran dosel con festones.
Bajo sus anchas cortinas
Brillaba una cruz de bronce,
Cuyos brazos despedían
Un raudal de resplandores.
Todo el espacio era aroma,
Luz y gala los salones;
Y en compasado murmullo
Y en animado desorden,
Sonaban por todas partes
Risas, suspiros y voces,
Entrecortados requiebros
Y agudas exclamaciones.
¿Qué extraño que esto ocurriera,
Si entre concurso tan noble,
Como en certamen de ingenio
Y en son de improvisaciones,
Sus galas allí lucían

Alcanzando alto renombre,
Con sus sátiras Quevedo,
Con su galanura Lope,
Alarcón con sus sentencias,
Montalbán con sus sermones,
Y con sus chistes sangrientos
De Villamediana el conde?
Conversando el rey se hallaba
Con tan ilustres varones,
Cuando al pie de la escalera
Se apagó el rumor de un coche.
Un curioso movimiento
Se agitó en todos entonces,
Y á la escalera salieron
Damas y gentiles hombres.
Quevedo sacó sus lentes
Como el que á ver se dispone;
Alarcón estiró el cuello
Como un galápago enorme;
El Señor Villamediana
Galán se atusó el bigote,
Y el rey salió hasta la puerta
Gallardeando su porte,
Cuando oyó gritar á un paje:
—Plaza á la Maya, señores.—
Penetró en la sala Anilla
Vistiendo negros crespones,
Y al verla Góngora dijo
Con delicioso trasporte:
—*Sale la estrella de Venus*
Al tiempo que el sol se pone—
Tomóla el rey de la mano

Para hacerla los honores;
Sentóla en su silla de oro,
Rindió á sus pies el estoque,
Y en tono de vasallaje
La dirigió estas razones:
—En tus manos de jazmines
El rey su cetro depone,
Que por tu mucha hermosura
Regir debieras el orbe.
Breve es, niña, tu reinado,
Mas lo breve no te importe,
Que se ha de hacer mientras dure
Todo cuanto te acomode.
Y en prueba de ello, permite
Que el rey á tus pies se postre,
Y de tu imperio absoluto
Primer vasallo se nombre.—
Y doblando las rodillas
Besó su mano de flores,
Y al punto hicieron lo mismo
Príncipes, duques y condes.
Después de tal besamanos,
De su asiento Anilla alzóse,
Y profirió estas palabras
Con asombro de la corte:
—Todo reinado comienza
Entre gracias y perdones;
Yo, esclava de tal costumbre,
Quiero que un perdón se otorgue.
Há poco en *Santiago el Verde*
Que un hombre mató á otro hombre;
Hoy el matador espera

Que la justicia le ahorque.
Mató con razón y celos,
Celos y razón le abonen:
Quede libre, pues merece
En vez de castigo honores.—

Alzóse un sordo murmullo
Contra tales conclusiones;
Y el rey, entre afable y serio,
Esto dijo en son de informe:
—Niña, la justicia tiene
La ley del cielo por norte;
Rey que su fallo no acata,
Contra el mismo Dios se opone,
Que en la frente de los jueces
Su cetro divino rompe.
El matador es villano,
Era el muerto grande y noble;
Su padre llora su muerte
Y pide justicia á voces.
¿Quién habrá que se la niegue
Siendo justos sus clamores?
—Señor, replicóle Anilla,
Vuestra majestad perdone
Que yo en esta causa extraña
Por el matador abogue.
Los jueces antes que jueces
Han nacido, señor, hombres;
La ley divina en sus manos,
O se tuerce ó se corrompe.
Cuando la tuercen lisonjas

O promesas de favores,
Bien es que su desagravio
El rey á su cargo tome.
A vos, señor, han llegado
Muy torcidos los informes,
Que yo sé que el muerto era
Mal guardador de atenciones.
En la boca de una niña,
Audaz, insolente y torpe,
Puso sus labios profanos
Con mengua de sus blasones.
Vió el desacato su novio,
Y cara á cara matóle,
Que á noble sube el villano
Si á villano baja el noble.
La ley del honor es una
En el campo y en la corte;
Quien venga su honor altivo,
Llena su deber de hombre.
Si ese padre llora al muerto,
Justo, es señor, que lo llore;
Mas no merece su llanto
Quien fué de su honor azote.
Mayor compasión merece
Una madre anciana y pobre,
Que entre duelos y congojas
A tragos la muerte sorbe.
En un rincón de su casa
Su angustia la madre esconde,
Que un *ay* dolorido lanza
A cada pregón que oye.
Sangre derraman sus ojos,

Sangre por su rostro corre,
Que el hijo de sus entrañas
La muerte aguarda en prisiones.
¿Y qué diré de la novia
Causa de tales horrores?
Sin color en las mejillas,
Vistiendo negros crespones,
Ante el rey de España pide
La vida de sus amores.
Señor, matarle es matarme;
Ved lo que hacéis esta noche,
Si no queréis que de reina
Mis privilegios invoque.
Vuestro cetro está en mi mano;
Respeto este cetro impone:
¿Quién negándole obediencia
Manchará sus resplandores?

Calló Anilla: el rey turbado
Miró á los grandes entonces,
Como pidiendo un consejo
Con la justicia conforme.
Guardó silencio el concurso,
Turbada cayó la corte;
Y sólo Quevedo dijo
Cuchicheando con Lope...
—¡Si yo fuera el rey ahora,
Por Dios que asombrara al orbe!
—¿Que hiciérais? dijo el monarca
Que sorprendió estas razones.
—¿Queréis mi opinión?

—La quiero.
—Pues dígola y no se enoje.
Por la boca de esa niña
Han hablado los doctores:
La ley es vara que mide
Por igual á todo zote,
Llámese el zote Don Bueso,
O llámese Juan Bodoque.
Si al noble mató el villano,
Válganle los *Pater noster*
Del que le plazca rezarle
Para que Dios le perdone.
En cuanto al novio, es muy justo,
Pues mató, que se le ahorque:
Mas muera ahorcado en los brazos
De esa linda Maritornes.
Quien se casa, ¿no se ahorca?
Pues que le casen al trote,
Y viva en cárcel perpetua
Temiendo que le encocoren.
Así cumple el rey con todo,
Cumple cual monarca y noble;
Que no es bien que en esta chica
Usos antiguos derogue.
Y además la Cruz de Cristo
Presencia estas discusiones,
Y fuera gran desacato
Desairar á quien nos oye.
No es noche de luto aquesta,
Que es de jolgorio esta noche;
Ya que la Cruz se celebra,
Celébrese con perdones,

Que así el rey á Dios imita,
Pues en ella salvó al hombre.

Calló Quevedo: el monarca
Hacia la Maya tornóse,
Y tendiéndola su mano
La dijo afable:—No llores;
Será tu amor condenado
A que muera en tus prisiones.—
Ana cayó de rodillas,
Rompió en aplauso la corte,
Y en recuerdo de este caso
Compuso estas coplas Lope:

Galanes de la villa,
Mozos valientes,
Que bajáis á Santiago,
Santiago el Verde;
Respetad el recato
De las mujeres,
Que el que no las respeta
La vida pierde.
Fueros y privilegios
Ya no os defienden,
Que el rey de las Españas
Con razón quiere,
Que en su gran monarquía
Sean sus leyes
Escudo contra el pobre,
Terror del fuerte.

Muchachas de la villa,
Niñas alegres,
Que bajáis á Santiago,
Santiago el Verde;
Tejed ricas guirnaldas
Para las sienes
De la Maya donosa
De ojos celestes,
Que en la corte de España
Logró valiente
Libertar á su amante
De fiera muerte.
Hoy en su blanco seno
Tranquilo duerme;
Y al compás del arrullo
Con que le mece,
Dice á veces risueña,
Llorosa á veces:
—Que viva el rey de España
Justo y clemente,
Que á las niñas que lloran
Su amor les vuelve.

DON JOAQUÍN JOSÉ CERVINO

Introducción al poema titulado

LA VIRGEN DE LOS DOLORES

¿Mi pobre corazón por qué suspira,
Y del retiro y soledad se agrada?
¿Por qué á do yace mi olvidada lira
Súbito he dirigido una mirada?
¿Qué sombra de tristeza en torno gira
Que así me deja el ánima angustiada,
Y el arpa del dolor voy aprestando
Tonos de luto al cielo demandando?
¿He escuchado el graznar de la corneja,
Del cuervo augurador he visto el vuelo,
O turbia estrella de fatal guedeja
Terror lanzando entre el azul del cielo?
No; necio agüero al corazón no aqueja,
Ni en fantasmas la mente encuentra el duelo:
Temiéronlos paganas Roma y Grecia;
El alma del cristiano los desprecia.
Tú, Luna, que en el alto firmamento
Ves, en trono de nácares llevada,

Al ángel de la noche dando al viento
La fimbria de la veste plateada:
Tú á quien dije mi pena y mi contento
Tantas veces en cítara acordada,
¿Sabes por qué me acosa este quebranto
Que abre mi labio para triste canto?
¡Oh! dímelo si puedes, luna bella:
Así nube importuna nunca empañe
La hermosa lumbre que tu faz destella,
Así un coro de estrellas te acompañe,
Y venzas en fulgor á cada estrella.
Así en su luz el Sol por siempre bañe
Tu frente candorosa. Dime ¡ay! dime
Por qué hoy la lira entre mis manos gime.
No ha mucho, cuando el Sol en occidente
Recogía su manto de oro y grana,
Mil cambiantes de luz dando al ambiente
Su bordadura espléndida y galana;
Contemplando el tesoro refulgente
De tanta maravilla soberana,
Fijé mi incierta planta vagarosa
De regio templo ante la mole airosa.
Y salvando el umbral de mármol pario,
En la desierta silenciosa nave
Penetré del augusto santuario,
Henchida el alma de respeto grave.
Ya no vertía aroma el incensario;
Ni se escuchaba el cántico suave,
Y en música y perfume todavía
Parece que la mente se embebía.
Allí lámparas de oro reflejaban
Ante el que hizo la luz á un solo acento;

Allí rosas y acacias descollaban
Ante el que á mayo presta flores ciento;
Allí columnas dóricas se alzaban
Ante aquel que sostiene el firmamento,
Soberbios chapiteles sustentando,
De esmeralda y zafir vislumbres dando.
  Y allí... dadme otra lira más sonora,
Más dulce, más süave, con que pueda
Decir la hermosa estrella encantadora
A cuya luz la mente absorta queda.
Allí del almo empíreo la Señora
So pabellón de purpurina seda,
Tan pura, tan graciosa, tan divina,
Como el hombre en la gloria la imagina.
  Mas ¡ay! no, que en la gloria sus fulgores
Cual Reina de los ángeles ostenta:
Mientras aquí el cincel en sus primores
De los mártires Reina la presenta.
Mas ¡ay! no, que en la gloria entre esplendores
Del Sol vestida nítida se asienta,
Mientras aquí bajo enlutado manto
Un mar parece de dolor y llanto.
  Inclinada la frente alabastrina
Al grave yugo del penar profundo;
Suspendida una lágrima divina
De aquel párpado en lágrimas fecundo;
Entreabierta la boca purpurina,
Manantial de consuelos para el mundo,
Entrambas manos contra el seno oprime
De alto dolor en actitud sublime.
  Linda, y blanca, y purísima azucena,
¿Quién derramó en tu cáliz la amargura?

Estrella que la mar calma y serena,
¿Quién agitó tu luz tranquila y pura?
Virgen que llama Dios *de gracia llena*,
¿Quién te llenó de duelo y desventura?
Madre de paz, inofensiva, amante,
¿Quién te ha herido con daga penetrante?
  Yo lo diré, si á tanto es poderosa
La voz que tierna compasión embarga:
Yo lo diré, si el ánima angustiosa
Al ver tanto penar no se aletarga.
Arpa de los dolores temblorosa,
Brote en mis manos tu canción amarga;
Luna, esplendente Luna, ya no digas
Quien presta al labio fúnebres cantigas.
  Angel inspirador que al genio diste,
Que cantó de Sión la desventura,
Voz de dolor armoniosa y triste
Que enterneciera hasta la roca dura:
Tú que á David la lira concediste,
Torrente de dulcísima tristura,
Ven del cielo á templar el arpa mía:
Yo canto los dolores de María.

DON JOSÉ GARCÍA

MI DICHA

Un himno de contento
Eleve el corazón agradecido
Al Dios del firmamento,
Que á su siervo escogido
Le dió con abundancia el bien querido.
Pastores, que el ganado
Sediento conducís á la llanura
Donde el pozo sagrado
De Jacob, su agua pura
Os ofrece, y los árboles frescura;
Oid como gozosa
Mi lengua ensalza del Señor los dones
En lira armoniosa;
Aprended sus canciones
Y repetidlas luego á las naciones.
Fatigado seguía
El justo sus senderos; mas no en vano
Fué la virtud su guía,
Que Dios abrió su mano
Y el áspero camino se hizo llano.

Y consumióse luego
El acerbo dolor que le afligïa,
Como la cera al fuego;
Como á la luz del día,
La oscura niebla de la noche umbría.
Y dióle una cabaña
La más limpia y feliz que vió la aurora,
De cuantas su luz baña;
Do eterna dicha mora,
Do nunca la inquietud llamó á deshora.
No cifra su belleza
En labrado marfil, de delicada
Labor, ni en la riqueza
De Sidón la nombrada,
Ni en las artes de Menfis celebrada.
Álzase entre olorosos
Mirtos, y un ancho huerto la rodea
De manzanos frondosos,
Que el manso viento orea,
Cuando su dulce fruto amarillea.
Entre arenas de oro,
Un arroyuelo su raudal desata,
Murmurando sonoro,
Y en su espejo de plata
La majestad del cielo se retrata.
Viciosa la vid crece
Más allá, de racimos tan cargada,
Que al peso desfallece,
Cual tierna desposada,
Que lleva de su amor la prenda ansiada.
La blanda lluvia riega
De la tierra feraz el seno ardiente

Cuando el otoño llega;
Y á mi voz, obediente,
El tardo buey la rompe lentamente.
  Siembro en el surco el grano
Implorando al Señor que lo bendiga,
Y su pródiga mano
Por premiar mi fatiga
El campo cubre de abundosa espiga.
  Mas otro bien poseo,
Trasunto fiel de la mujer más pura
Que codició el deseo;
Sagrario de ternura,
Con todo el esplendor de la hermosura.
  Tal es mi bien amada,
La dulce compañera de mi vida,
Por quien enamorada,
El ánima rendida
Su esclavitud adora bendecida.
  Elévase su frente,
Como enhiesto collado, por do asoma
La clara luz de Oriente,
Y de sus ojos toma
Su mirada apacible la paloma.
  De flores de granado
Es su tersa mejilla pudorosa
Canastillo preciado,
Y su boca amorosa
Panal de ricas mieles que rebosa.
  Y dulces y templadas
Cual la leche que mama el corderillo
Sus palabras, mezcladas
Del aroma sencillo

De su aliento de mirra y de tomillo.
  Y adivinan mis ojos
Su blanco seno bajo el lino leve,
Como capullos rojos
En montones de nieve,
Que el blando soplo de la brisa mueve.
  Cuando de amor suspira
Y fallece en mis brazos tan hermosa,
Mi pecho no respira,
Y el aura cariñosa
Gime en silencio, junto á mí, celosa.
  Si alguna vez, pastores,
Así me véis, no turbe vuestro acento
La paz de mis amores:
Que está mi pensamiento
Dando gracias al Dios del firmamento.

DON GUMERSINDO LAVERDE RUIZ

PAZ Y MISTERIO

¡Qué agitación, qué soledad... columbro
Trémula antorcha en el confín sombrío...
¿Es el amor que á consolarme viene?
Voy á su encuentro.
¡Noche sin luna!... El adormido cielo
Triste sonríe á la adormida tierra,
Y ondisonando cadencioso, el grave
Ponto le arrulla.
Perdida oveja en los collados bala,
Almas en pena por las grandas gimen,
Lentas las auras, las silvestres frondas
Lentas murmuran.
¿Dónde me lleva el corazón volando?
Atrás el bosque y sus florestas dejo...
Allá en el monte el ruiseñor gorjea...
¡Vuelo á la cumbre!
Hora á cumplirse algún misterio empieza,
Cantan los ecos... mis oídos cantan...
Son armonías del festín... mi nombre...
¡Fuera del mundo!

¡Qué puro albor los horizontes baña!
¡Qué dulce estrella los alumbra inmóvil!
¡Qué alma Deidad de su dorado seno
Brota radiante!
Cetro de lirios y azucenas trae,
Bajo sus pies la inmensidad florece,
Vierten aromas del Edén sus labios,
Gloria sus ojos.
Ciñe mi frente con azul guirnalda,
Me desvanece su mirar divino,
Plácida sombra en derredor extiende...
Caigo en sus brazos...
Arden al par su corazón y el mío,
Surco los cielos en bajel de flores...
¡Es el amor!... Mi corazón espira...
¡Muero de gozo!
Sigue el festín... y las distantes arpas
Melancolía regalada infunden...
Calla la mar... el firmamento brilla...
¡Paz y misterio!

DON ENRIQUE R. DE SAAVEDRA

(*Duque de Rivas*).

EL CANTO DE LA SIRENA

Ya asoma la luna
Por la cumbre del monte vecino;
Su rostro divino
Refleja en la mar.
Mi Delio reposa
En su barco que envuelve la bruma,
Y ya puedo, cantando amorosa,
Batiendo la espuma,
Su sueño arrullar.
¡Bendita la noche,
Y benditos los tibios fulgores
Del astro de amores
Que argenta tu sien!
Entre olas levanto
Mi cabeza á su lumbre indecisa,
Y suspenden, si entono mi canto,
Su vuelo la brisa,
La mar su vaivén.

Mi voz de sirena
Es la voz del arroyo y del ave,
Del aura suave
Gimiendo en la flor.
Reposa, bien mío,
Y mis cantos escucha risueño;
De tu barco las ondas desvío,
Yo velo tu sueño,
Soy tu ángel de amor.
De Dios al amparo,
Móvil concha sirvióme de cuna;
Mi sola fortuna
Fué un barco y la red:
Mi dicha inocente
De la pesca los varios azares,
Ó contigo soñando la mente,
Mecerme en los mares
Del viento á merced.
En rústica danza,
¡Cuántas veces en esa ribera
Mi planta ligera
La arena grabó!
El libre cabello
De azabache flotaba en mi espalda,
Y la brisa besando mi cuello,
Jugando en mi falda,
De amor suspiró.
Mas ¡ay! del que fía
De este mar que los astros refleja,
É incauto se aleja
Bogando al azar!
Mis tristes despojos

Sepultó con tu dulce esperanza:
Y sin mí que era luz de tus ojos,
Tu pecho no alcanza
La dicha á encontrar.
  Bramó la tormenta;
Retemblaron la playa y la cumbre;
Del rayo la lumbre
La niebla rasgó.
¡Fué vano el lamento!
¡No escuchaste mi triste querella!
Entre rocas, juguete del viento,
Mi barco se estrella,
¡Mi barco se hundió!
  Vagar sin ventura
De la mar en el fondo es mi sino;
Mi eterno destino
Tu rumbo seguir.
Tu leve barquilla
Con poder invisible yo guío;
Soy el genio que salva tu quilla,
Si el viento al bajío
La empuja á morir.
  Ignoro, en mi arcano,
Si soy ángel, mujer ó sirena,
Si mi alma enajena
Placer ó dolor.
Tu vida es mi muerte,
Y aquí aguardo tu instante postrero;
Mas salvarte doquier es mi suerte,
Y amansa el mar fiero
Mi acento de amor.
  ¡Qué rompa el Eterno

De tu vida mortal la barrera;
Que mi alma á su esfera
Se digne llamar!
Y de ángel las galas
Ya verás cómo tiendo en el cielo
Y recojo tu aliento en mis alas,
Dejando en mi vuelo
La tierra y la mar.

CONTEMPLACIÓN NOCTURNA

DESDE UNA ALTURA DE LOS ALPES

Noche clara y amiga,
Déjame que, en tu encanto embebecido,
Por esos dilatados horizontes
El lento curso de los astros siga.
Déjame ver en tu apacible seno
Rodar la luna, fúlgido topacio,
Dando esplendor á las heladas cumbres,
Y tu ancho velo en el tendido espacio,
Salpicado de trémulas vislumbres.
Mas ¿qué vaga tristeza
Me oprime el alma al remontar el vuelo
Á esos abismos, y el inmenso cielo
Contemplar en su vívida grandeza?
Astros bellos, mecidos
Como bajeles de oro
En incógnito mar, ¿quién suspendidos
Os tiene así con invisible mano?
¿Qué aliento soberano,
Un siglo y otro en eternal carrera,

Os lleva rutilando por la esfera?
¿En el cándido seno luminoso
Qué me ocultáis? ¿Cuál es vuestro destino?
¿Acaso tributar en los espacios
Himnos de gloria al Creador divino?
¿Ó sois, tal vez, los nítidos palacios
De la ideal ventura,
Los pensiles de luz y de belleza
En donde el alma empieza
Á despertar, y libre de amargura,
Por las celestes galas
Cambiando la terrestre vestidura,
Al sol de la verdad abre las alas?
De un hado ciego, impío,
No lleváis, no, la bárbara sentencia
En vuestros claros orbes esculpida,
Que nos ata al dolor; no el albedrío
Ahogáis, y la razón y la conciencia:
Astros puros y bellos,
Si ejercéis un influjo en nuestra vida,
De paz y amor serán vuestros destellos.
¡Ay! con esfuerzo vano
En vuestro suave resplandor se anega
El pensamiento humano...
¡Cuántos, cual yo, desde que el hombre riega
Con lágrimas el mundo,
Á vuestra excelsa lumbre
Su divino secreto preguntaron!
¡Cuántos siguieron con ardor profundo
Vuestro callado giro
Por la bóveda azul que absorto admiro!
Mas ¡inútil afán, loca esperanza!

Como esfinges de luz ornáis el cielo,
Y vuestro enigma la razón no alcanza.
¿Quién, astros rutilantes,
Al veros no se postra confundido?
¿Quién os miró poblando el hemisferio,
Como suspensa lluvia de diamantes,
Y no sintió su pecho estremecido?...
Plácida noche, tu piadoso manto
Cubra mi pequeñez: no en mente humana
La excelsitud de tu misterio cabe;
Mas tu sosiego y paz, tu dulce encanto
Mi triste corazón comprender sabe.
Bañad, bañad mi frente,
Astros con que la noche se engalana:
Polvo seré mañana
Que esparcirá en sus ráfagas el viento.
Mas vosotros, del vasto firmamento
Diadema prodigiosa,
Bellos faros de lumbre misteriosa
En esos insondables oceanos,
Mientras el orbe aliente,
Gloria seréis de Dios omnipotente
Y asombro de los míseros humanos.

DOS ÁNGELES

El madero que Dios puso
Entre las iras del cielo
Y los pecados del mundo...
Calderón.

I

Bajo tu manto, oh noche pavorosa,
El orbe duerme, el universo calla;

Sólo, en acerba lid, mi alma afanosa
Paz ni quietud entre tus sombras halla...
  Muda yace la selva: en la espesura
Ni gime el viento, ni se queja el ave;
Ni del piélago en calma la llanura
Rompe la quilla de velera nave.
  ¡Todo silencio!... Solitario monte
Allí se eleva al estrellado cielo;
En él será más ancho el horizonte,
Más libre el alma tenderá su vuelo.
  ¿Qué me detengo, pues? En la alta cumbre
El aire puro batirá mi frente;
Acaso de los astros en la lumbre
La encuentre al fin mi tenebrosa mente...
  ¡Cuánta maleza! ¡Qué áspero camino!
Pavor me causa la tiniebla muda...
Ayer dudaba del poder divino,
Y hoy tengo miedo de mi propia duda...
  Mas ¿qué rumor dulcísimo resuena
De tremolantes alas? ¿Qué harmonía,
Cual vago aroma los espacios llena?
¿Qué mágico esplendor mi alma extasía?
  De la mente quiméricos antojos
No son, ni sueño que forjó el deseo:
Blanca visión, con deslumbrados ojos
En nimbo celestial tu frente veo.
  Al fin te hallé: perdona mi demencia,
Si busqué por un valle de amargura
En el amor de la mujer tu esencia,
Tu etérea forma en la materia impura.
  Hermanos son tu espíritu y el mío:
Tú ostentas el ropaje de la gloria,

Y mi alma, opresa en calabozo impío,
Sólo reviste la mortal escoria.
Ángel, si me amas, si impalpable nudo
Mi vida enlaza con tu sér divino,
Calma mi pecho, sírveme de escudo,
Templa mi sed, alumbra mi camino.

II

Ven con tus alas fúlgidas
Á serenar mi frente...
Disipa el negro vértigo
Que en mar de sombra hirviente
Anubla mi razón.
No es delirante sueño
De orgullo y de grandeza...
Luz anheló mi espíritu;
Verdad, amor, belleza
Ansió mi corazón.
Mas ¡ay! cruzo los ásperos
Senderos de la vida,
Y doquier hallo atónito
La humanidad perdida
Del infortunio en pos.
Doquier luto en el orbe,
Y peste asoladora,
Y la maldad impúdica
Que se alza triunfadora
Ante el poder de Dios.
De hambre y dolor exánime
Sucumbe la criatura;
La madre sólo lágrimas

De amarga desventura
Puede á sus hijos dar.
En tanto en sus entrañas
Oro esconde la tierra,
Y tesoros espléndidos
En sus senos encierra
El turbulento mar.
  Allí pueblo frenético
La libertad invoca,
Arrollando, en los ímpetus
De su venganza loca,
Ley, justicia, virtud.
Álzase aquí una espada
De odio y de sangre llena,
Y la mano de un déspota
Nos ciñe una cadena
De abyecta esclavitud.
  Oye... oye el estrépito
De la feroz pelea:
Oye los ecos lúgubres;
Ve la sangre que humea
Del hierro asolador.
¿Dónde está la justicia
Del brazo omnipotente?...
¿Ó condenó á los míseros
Humanos, inclemente,
Al crimen y el dolor?

III

No, no existe tal vez cuanto ver creo;
Es ilusión falaz de mis sentidos,

De mi espíritu informe devaneo,
Recuerdos confundidos,
Falsas sombras, quiméricos sonidos,
Y en mi ser está el mal que absorto veo.
  Ángel rebelde que vivió en la pura
Región del firmamento,
Pero manchó la blanca vestidura,
Perdió sus alas, y del almo asiento
Rodó al abismo de la noche obscura.
Culpa que no redimen
Ni la oración ni mi penar profundo:
Son formas de mi crimen
Todo el dolor, la iniquidad del mundo.
  La mística plegaria,
Flor que en mi labio corrompió su esencia,
Perdida luz de estrella solitaria
En el revuelto mar de mi conciencia.
  Y la riscosa cumbre
De cuya cima el águila altanera
Parte, rompiendo el denegrido manto
De la borrasca fiera;
Y del ronco volcán la roja lumbre;
La enmarañada, férvida ribera,
En donde finge su doloso llanto
El aleve caimán, ó de la artera
Sierpe se oye el silbido;
El desolado yermo que estremece
Chacal hambriento con feroz aullido;
El mar que se embravece,
Los escollos vistiendo con la espuma,
En tanto que en la bruma
Sobre las ondas el alción se mece;

Y ese mísero enjambre,
De pobres seres degradada turba,
Que el espacio conturba
En fratricida lucha carnicera,
Ó gime y muere de dolor y hambre,
Todo, todo fantástica quimera:
Cuanto alumbra es mentira
La opaca luz del pensamiento mío;
Es el alma que sueña ó que delira
Rodando en el vacío.
  Y las flores de Mayo
Que tapizan la selva y la llanura,
Y el matutino rayo
Que en el azul del piélago fulgura;
El ruiseñor que canta
Sobre el frondoso vástago mecido;
El sol que los celajes amaranta
En medio de los astros suspendido;
La mágica harmonía
Que vagarosa en el espacio suena
Al espirar el día,
Y de suave ternura el alma llena;
Y las orlas de espuma
Que tiende el mar en la risueña playa;
Y de la tarde la nacárea bruma
Dorada por el sol cuando desmaya;
El cándido embeleso
Con que sueña en amor la fantasía,
Y de una virgen adorada el beso
Que el alma y los sentidos extasía;
Y los fuertes latidos
Que siente el pecho en conmoción secreta

Cuando en dulces, harmónicos sonidos
Revela á Dios el arpa del poeta,
Ó con sublime aliento
El genio rompe la humanal escoria,
Da el eco de los ángeles al viento
Ó al lienzo da la lumbre de la gloria;
El amor, que germina
Como flor de virtud y de pureza,
Clara fuente divina,
Manantial que se pierde en la maleza;
La caridad que en abundoso manto
La humanidad abriga;
El materno cariño puro y santo,
La fe que el alma con el alma liga...
Todo, sombras quiméricas
Que en torno de mi frente
Giran; mundo fantástico
Rodando por mi mente
En loca confusión,
O recuerdos dulcísimos
De tiempos que pasaron,
De celestiales ámbitos
Que mis alas cruzaron,
Vagos sones angélicos
Que aún sueña el corazón.
Místico sér, purísima
Emanación del cielo,
Si tu mirada fúlgida
Es iris de consuelo,
Mi espíritu sostén:
Perdido en negro piélago,
Abismos sólo alcanza;

Vuélvele tú benéfico
La luz de la esperanza,
Y con la blanca túnica
Al fin toca mi sien.
Si es del sublime Empíreo
La fragancia que exhalas,
Si un ángel eres, álzame
En tus potentes alas
Al orbe celestial.
¿Contemplas ¡ay! mis lágrimas
Indiferente y mudo,
O tu espada fulmínea
Cortar no puede el nudo
Que encadenó mi espíritu
Al fango terrenal?

IV

Calló mi labio; y en el aire leve,
Entre rayos de insólito fulgor,
Tendió el ángel su túnica de nieve,
Brilló en sus ojos infinito amor.
Sígueme, dijo; y por el vago ambiente
En su vuelo sentíme arrebatar;
Se estrellaban las nubes en mi frente,
Bramó á mis pies enfurecido el mar.
Y al ancho espacio mi celeste guía
Levantando la antorcha de la fe,
Me apareció á su luz la tierra umbría,
Y mudo de terror la contemplé...
Era, como si el orbe moribundo
Se agitara en el último estertor;

Era el infierno trastornando al mundo,
Presa infeliz del crimen y el dolor...
  Ví los valles arder; guerra en los montes;
Cetros y armiños por el fango vil;
Y los rayos surcar los horizontes,
Hundirse imperios y ciudades mil.
  La tierra vacilar en sus cimientos;
Con el austro luchando el aquilón,
Y rodar en los vórtices sangrientos
La humanidad en loca confusión.
  Al pavoroso estruendo despertaban
Los muertos en el polvo sepulcral,
Y mil generaciones se mezclaban,
Hojas que arremolina el vendaval.
  Luego un inmenso grito de agonía
La voz del huracán sobrepujó;
Grito cual nave náufraga lo envía
Cuando á tragarla el piélago se abrió.
  Y no ví más: cadáver era el mundo;
Las tinieblas, su manto funeral;
Y el astro de la noche, moribundo,
Pálida luz de antorcha sepulcral.
  Mudo, suspenso en el abismo ingente,
Quedé sumido en angustioso horror;
Cuando ¡oh prodigio! el apartado Oriente
Inflamándose en súbito fulgor,
  De la ancha tierra sobre el triste osario
Ví las almas flotando en mar de luz,
Y entre el cielo y la cima del Calvario
Circundada de arcángeles la Cruz.

Á LA MUERTE

del insigne poeta

DON GABRIEL TASSARA

¡Cayó también!... Ya en polvo se deshace
El águila que al cielo se elevó:
Como extinto volcán su frente yace,
Helado está su noble corazón.
¿Qué fueron ¡ay! los sueños del poeta,
De su arpa de oro la radiosa luz,
La divina intuición de su alma inquieta,
De su acento la magia y la virtud?
Vedlo seguir á las humanas greyes
Rebosando sublime inspiración,
Y en el vaivén de pueblos y de reyes
Buscar el rumbo que les traza Dios.
Vedlo, tras lucha amarga, alzar el vuelo
En las pujantes alas de la fe,
Y las cimas salvar pidiendo al cielo
Fuente divina en que saciar su sed.
Mas ¡ay! aquella excelsa fantasía
Ya no recorre el firmamento azul;
Aquella frente donde el estro ardía
En la noche se hundió del ataúd...
No, no es Tassara lo que ven los ojos,
Árbol que el rayo de la muerte hirió;
Esos yertos y lívidos despojos
De una llama inmortal ceniza son;
Llama que eterna brillará en su nombre,
Y cual nimbo de gloria ornó su sien;

Llama que en semidiós transformó al hombre
Y dió á su aliento mágico poder.
  No, no murió: la humana vestidura
Cayó tan sólo en la afanosa lid;
Su alma se goza en la celeste altura,
Lo que anheló su pecho encuentra al fin.

DON LUIS A. RAMÍREZ MARTÍNEZ Y GÜERTERO

(Larmig).

LA HIJA DE JAIRO

I

¿Dó van las mal ceñidas
Veladas *Plañideras?*
¿Sus voces lastimeras
Qué quieren anunciar?
Traspasan de un palacio
El pórtico espacioso.
¿De quién es el pomposo,
Solemne funeral?
Del opulento Jairo
Aquella es la morada.
Allí la muerte airada
Su dardo disparó;
Allí contempla un padre,
Con aterrados ojos,
Los pálidos despojos
Del fruto de su amor.

Trocara el triste Jairo,
Con júbilo y presteza,
Su fausto y su grandeza
Por miserable hogar,
Si sacrificios, dones,
Y humano poderío
Pudieran aquel frío
Cádaver animar.
Cádaver de una niña
Tan bella como pura:
Tesoro de hermosura,
Dechado de candor.
Fué su existencia breve
La vida de una rosa;
La muerte, nunca ociosa,
Sus galas marchitó.
Conserva todavía
Su cuerpo inanimado
Del rostro nacarado
La delicada tez,
Las hebras del ondoso
Cabello refulgente,
Del seno la naciente
Alzada redondez.
Semeja de alabastro
Bellísima escultura,
De larga vestidura
Y helénico perfil.
Y su expresión revela
Que un dulce pensamiento
La suavizó el momento
Amargo de morir.

Mas lívida de Jairo
Se ve la faz sombría.
Dos tumbas aquel día
La suerte preparó:
Encerrará á la niña
La tumba de la tierra,
Al pobre viejo encierra
La tumba del dolor.
Y ya desesperado,
Su luenga barba mesa
Ya enternecido besa
La exánime beldad;
Que escucha le parece
Sus ayes dolorosos,
Y nombres cariñosos
El mísero la da.
Con vivo colorido
Se traza en su memoria
La milagrosa historia
Que cuentan de Jesús,
Del justo Nazareno,
Á cuya voz bendita
El muerto resucita
Y el ciego ve la luz.
Acusa de tardío
Al propio pensamiento,
Y con repuesto aliento
Y varonil vigor,
Aplaza su quebranto,
Ligero se levanta,
Y va con ágil planta
Buscando al Salvador.

Se dice convencido
Que Cristo es el Mesías
Del férvido Isaías,
Del lúgubre Ezequiel.
En su terrible angustia
Su gran fervor estriba,
Porque el dolor aviva
La llama de la fe.

II

Con paso infatigable,
Henchido de esperanza,
Por la ciudad avanza
En busca de Jesús,
Del jefe prometido
De la nación hebrea,
Del mártir de Judea,
Del *Hombre* de la cruz;
Del *Hombre* á quien le debe
Su luz la inteligencia,
Sus fueros la conciencia,
Su vida el corazón,
La muerte sus encantos,
Su palma el sacrificio,
Y derrocado el vicio
Magnánimo perdón.
Y Jairo ante el Mesías
Prostérnase de hinojos,
Los abatidos ojos
Apenas puede alzar,
Su mal y su deseo

Suspira en frase breve,
Y Cristo se conmueve
Y tras de Jairo va.
  Jesús, cual recatando
Su esencia omnipotente,
Así dice á la gente
Que mira en derredor:
—«Tan solo está dormida
La que juzgásteis muerta,
Y la veréis despierta
Al eco de mi voz.»

III

  Y como Abril benigno,
Tras crudo invierno fiero,
Desata al prisionero
Helado manantial,
Así su voz deshace
El hielo de la muerte,
Y el bello cuerpo inerte
Principia á respirar.
  En sus rasgados ojos
Luz apacible brilla,
Colora su mejilla
Ligero rosicler.
El padre queda inmóvil,
Atónito, suspenso,
Con gozo tan intenso
Que tiembla de placer.
  —El Salvador se aleja. —
La niña en el anciano,

Su débil, tibia mano
Apoya para andar;
Y con incierta planta
(Que mal en pie se rige)
Ansiosa se dirige
El cielo á contemplar.
  En vasto giro inútil
Prolonga su mirada,
Sin que divise nada
De lo que anhela ver.
Cual si en eternas sombras
Sumido el orbe viera,
Le asusta de la esfera
La densa lobreguez.
  ¿Del recobrado mundo
Le agobian las cadenas?
¿Suspira por las penas
Que tiene que sufrir?
La niña al níveo pecho
Inclina tristemente
Su enajenada frente,
Y á Jairo dice así:

IV

  «Las sienes abrasadas,
Acongojado el pecho,
En el revuelto lecho
Postrábame el dolor;
Nublábanse mis ojos,
Y por doquier sentía
Confusa vocería,

Monótono rumor.
  Mis párpados de pronto
Se entornan blandamente,
Arómase el ambiente
Con nardos y azahar,
Me arrulla y me embelesa
De oculta lira de oro,
Dulcísimo, sonoro
Y armónico vibrar.
  Hollando con sus plantas
Arrebolada nube,
Gentil, blondo querube
Del éter descendió.
Del morador del cielo
El cerco centellante
Con esplendor brillante
Mi faz iluminó.
  Un ósculo de suave
Y de hermanal ternura
Dió el ángel de la altura
En mi turbada sien,
Y desceñida al punto
De la terrena veste
Á la región celeste
Gozosa me lancé.
  Y sin afán molesto
Ni esfuerzo fatigoso,
Siguiendo al venturoso
Espíritu inmortal,
Hendí los no medidos
Espacios, coronados
Con orbes inflamados

Que ruedan sin cesar.
  Contemplo al remontarme
Portento tras portento,
Del suelo al firmamento
Llenando la extensión;
La escala se dibuja
De innumerables gradas,
Por ángeles guardadas
Que en sueños vió Jacob.
  De esfera á esfera cruzan
Estrellas misteriosas,
Y notas cadenciosas
De mágico laud,
Y de abrasada mirra
Embalsamadas nubes,
Y alígeros querubes
Y espíritus de luz.
  Me esfuerzo vanamente
Con temerario empeño
Tan inefable ensueño
Queriendo relatar.—
Perenne primavera,
Belleza inmarcesible,
Sosiego inextinguible,
Eterna libertad.
  De amor inagotable
La sin igual delicia,
En triunfo la justicia,
Con lauro la virtud;
Á su perdida patria
La humanidad volando,
Por lábaro llevando

Ensangrentada cruz;
  Y, en fin, la cumbre célica,
Espléndida, infinita;
Tal fué mi mal descrita
Seráfica visión.
Por eso, al despertarme,
Al verme en este suelo,
La hiel del desconsuelo
Me amarga el corazón.
  Yo he visto, padre mío,
De par en par abierta
La reforzada puerta
Á do se estrella el mal,
Y al traspasar del cielo
El muro de diamante,
Gemido penetrante
Me tuvo en el umbral.
  En Palestina un hombre
Mi ausencia lamentaba,
Llorando me llamaba.
Escucho y es tu voz.
Y tiemblo, gimo, dudo,
Me rinde tu quebranto,
Y dejo al ángel santo
Y acudo á tu dolor.
  Desciendo, padre, en alas
De la filial ternura.
¿Qué vale mi ventura
Si cuesta tu pesar?
Es caro el goce eterno
Con tu aflicción comprado:
No quiero de tu lado

Volverme á separar.
¿Fué larga mi jornada?
¿Duró breve momento?
¿Quién tu apenado acento
Llevó á mi corazón?
¿Quién me mostró la puerta
Del inmortal seguro?
¿Quién á este valle oscuro
Mi espíritu lanzó?
Si cuadro tan magnífico,
Tan bello y halagüeño,
Fué realidad ó sueño,
Decirte no podré;
Mas sé que la bajeza
Del mundo he comprendido,
Que niña me he dormido
Y desperté mujer.
No digo bien; el eco
Que vibra en mi conciencia,
No es, padre, la experiencia
De la madura edad.
Ni quemo incienso inútil
Con esperanza vana
De la ventura humana
En el profano altar.
No cubre ya mis ojos
Del mal la espesa venda,
Y en la escabrosa senda
Que lleva á ser feliz,
Cual peregrina cauta
Caminaré de día,
Y para solo guía,

Señor, te quiero á tí.
  Encontraré al embate
Del infortunio rudo
Inquebrantable escudo
En el paterno hogar,
Aquí, contigo, lejos
Del mundanal ruido
En sosegado olvido,
En venturosa paz.

DON MANUEL CAÑETE

EL ARBOL SECO

A Don Pantaleón de la Torriente.

Ciñen el valle
Verdes montañas.
¡Qué ricos prados!
¡Qué puras aguas!
Densas neblinas
Males presagian;
Pero respetan
Esta comarca,
Y benéficos aires las impelen
Más allá de la Peña de Cabarga.
Limpia de aspecto
Vese en la falda
De una colina
Pobre morada.
Dios la bendice:
Nunca las ansias
De honda miseria
Turban su calma,
Y generosas nubes enriquecen
El huerto estrecho, las sedientas parras.

Junto á la lumbre
Yace sentada,
Triste y doliente,
Linda zagala.
Reza su madre,
Reza en voz baja;
Y ella, entre angustias
Mal sofocadas,
Rinde al honrado esposo el casto fruto
A que prestó alimento en sus entrañas.
Pálido el rostro,
Lirio entre zarzas,
Sale á los campos,
Troncha una rama,
Clávala en tierra
Junto á su casa,
Dulce suspiro
Lánguida exhala,
Y á que brinde con sombra la conjura
A su albergue y al hijo que idolatra.
¡Cómo los años
Rápidos pasan!
Hombre es el niño;
Tiende sus ramas
Arbol la un tiempo
Rústica vara;
Sola murmura
Tiernas plegarias
La hermosa madre, y el garzón brïoso
Parte á buscar riqueza en otras playas.
¡Ay si á las olas
Joven te lanzas!

Pisa el mancebo
Costas lejanas;
Piensa en su madre;
Lucha y trabaja...
¡Vanos esfuerzos!
¡Loca esperanza!...
Al fin sin padre, sin salud, rendido,
Torna al hogar de su apacible infancia.
Ya del otoño
Soplan las auras;
Visten los picos
Nieves tempranas;
Yace del árbol
Mustia la gala;
Triste la madre
Que lo regaba
Con lágrimas lo riega: el hijo amado
De lentas fiebres al rigor se apaga.
¡Cuán larga noche!
¡Qué dura escarcha!
Más del enfermo
Crecen las ansias;
Sangre á torrentes
Mísero lanza;
Grita espirante:
«¡Madre adorada!»
Y la madre infeliz, cayendo en tierra,
Clama en hondo clamor: «¡Hijo del alma!»
Súbito el árbol
Blande las ramas;
Vuelan sus hojas;
Sangre las mancha.

Rueda en el prado,
Cárdena y lacia,
La última, há poco
Verde y lozana,
Y el tronco gime cual si ardiente rayo
Calcinado le hubiese las entrañas.
Pasa el invierno:
Llena de galas
Flora los prados
Cándida esmalta.
Trinan las aves;
Bullen las aguas;
De hojas se cubren
Todas las ramas...
Solo el árbol fatídico desnudo
Yace, velando por la humilde casa.
«Míralo, madre
Desventurada...
¡Cómo á los cielos
Aun se levanta,
Tronco sin jugo,
Seco fantasma!
¡Cuál le dirige
Mudas plegarias!...»
¡Ay! También su cadáver gigantesco
Vendrá por tierra al espirar la anciana.

DON JOSÉ COLL Y VEHÍ

LA BELLEZA IDEAL

¡Oh lumbre misteriosa
Al sentido mortal siempre velada!
Por tí suspira ansiosa
El alma desterrada
De su primera celestial morada.
Su cerviz irguió impura
La serpiente del mal, y huiste al cielo,
Dejando en amargura
Y torcedor desvelo
En tinieblas envuelto el hondo suelo.
Los celajes y flores,
La airosa cumbre donde el sol centella,
Los ríos corredores,
La silenciosa estrella,
Impresa aún guardan tu divina huella.
Si risueña alborada
Canta el ave al nacer del nuevo día,
Ó en la noche callada
Suena triste alegría
Dentro el recinto de la selva umbría;

Si la fuente murmura,
Ó suspiran las auras; si violenta
Rasga la nube oscura
Y en las ondas revienta
Del mar, que ronco brama, la tormenta;
Tú brillas: dentro el pecho,
De inmortal voz retumba el eco santo,
Y el corazón deshecho
En copioso llanto
Respira exento de inmortal quebranto.
Sombras de un bien perdido
Agítanse en la mente; vago crece
Deseo indefinido
Que alegra y entristece;
La tierra de los ojos desparece.
Bien como al deslizarse
De cenicienta niebla los vapores
El valle empieza á ornarse
De formas y colores,
Centellando entre vivos resplandores;
Así en la fantasía
Mundos surgen de luz pura y riente
Do nunca muere el día;
El pensamiento hirviente
Se precipita en rápido torrente.
Arde la veloz rueda
Entre el polvo de Olimpia glorioso;
Rojeante humareda
El destino ominoso
De Troya anuncia y caso lastimoso.
De Orestes parricida
Desgarran las Euménides el seno;

Llora la luz perdida
Edipo; sordo trueno
Retumba, y calla el circo de horror lleno.
  Corre al sepulcro santo
Cual desbordado río la cruzada;
Libre ondea en Lepanto
Y en la hermosa Granada
La bandera de Cristo desplegada.
  Suenan las alas de oro
Del Dante y Calderón en las moradas
De eterna dicha ó lloro,
De espíritus pobladas
Y de planta mortal jamás holladas.
  Beethowen gime y canta,
Orlado de ciprés Mozart camina;
Bajo la arcada santa
Armonía divina
Mueve el pecho de Bach y Palestrina.
  Cual tempestad retruena
La voz de Haydn del Gólgotha en la cumbre,
Grito de espanto y pena
Lanza la muchedumbre,
Y espera con horror del Sol la lumbre.
  Del templo el velo roto,
De los sepulcros rómpense los lazos;
Furioso terremoto
Agita sus cien brazos;
Cruje la piedra y salta hecha pedazos.
  En misterioso sueño,
¡Oh Velázquez! de noche rodeado
Viste en el santo leño
Al Dios crucificado

De sangrientas espinas coronado.
  Y tú, gloria de Urbino,
¡Quién como tú sintió la cruel herida,
Y aquel dolor divino
De la Madre afligida
Tierna llamando al Hijo de su vida!
  Mas ya en *dichosa nube*
De arreboles y oro recamada
Triunfante al cielo sube
La Víctima preciada,
Y el arpa gime de León sagrada.
  Como antorcha en la altura
Que hasta el profundo abismo su luz vierte,
Arde limpia y fulgura
La Iglesia del Dios fuerte,
Y enfrenada á sus pies ruge la muerte.
  Sobre yermos y osarios
Arcos de paz los Angeles colocan;
Sonoros campanarios
Que á la oración convocan
Al alto cielo con sus cruces tocan.
  El concierto sublime
De los astros que vagan por la esfera,
La arquitectura imprime
En la mole severa,
De lejanas edades mensajera.
  Hija del pensamiento
La línea en torno la materia gira,
Y del alma el acento
En la forma respira
Como en las cuerdas de armoniosa lira.
  ¡Oh lumbre soberana,

De la eterna Verdad fiel compañera,
Del Bien supremo hermana!
¡Ay! quien feliz pudiera
Con tus alas volar al alta esfera!
  ¡Quién pudiera ¡ay! del alma
Saciar la ardiente sed que la devora!
¡Quién ¡ay! tornar la calma,
Oh lumbre encantadora,
Al triste corazón que ausente llora!
  La patria do te escondes
En valde buscan mis cansados ojos;
Te llamo y no respondes...
¡Solo yertos abrojos
Doquier contemplo y míseros despojos!
  Ya que no puedan verte,
Nunca cesen mis ojos de llorarte,
Ni el alma de creerte,
Ni el corazón de amarte,
Ni el balbuciente labio de ensalzarte.

  Vosotros que el acento
Del alma poseeis sabio, elocuente,
Decid lo que yo siento,
Decid lo que impotente
En vano anhela descifrar la mente.
  Cantad, y vuestro canto
Del alto cielo al corazón descienda;
En amor puro y santo
El espíritu encienda,
Y vencedor del tiempo el vuelo extienda.

DON JOSÉ MARTINEZ MONROY

Á LA VIRGEN

Quién oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
(*Fray Luis de León.*)

De este valle sombrío,
Que riega de los míseros el llanto,
Aparto el pecho mío,
Y hacia tu trono santo
Mi débil voz y mi oración levanto;
A tí, cuyos fulgores
Rompe la sombra y la tiniebla oscura
Del seno de dolores
Do la humana criatura
Gime, envuelta en horror y desventura;
A tí, mística rosa,
Que el sentimiento marchitó en el suelo,
Y tornaron preciosa
Las aguas del consuelo,
Que fecundan los ámbitos del cielo;
A tí, que eres, Señora,
Símbolo misterioso y escondido

De cuanto el hombre adora,
Postrado y confundido,
Y de los fuegos de la fé vestido.
Flor de aroma sagrado,
Que al mundo esparce su fragancia amena,
Y al pecho da cuitado
La paz dulce y serena,
Y al alma baña y engrandece y llena.
Manantial de ventura,
Do el hombre bebe con ansioso anhelo;
Paz y vida y dulzura
Del infelice suelo;
Ebúrnea torre que corona el cielo.
Estrella matutina,
Que nace siempre eterna y siempre nueva;
Antorcha peregrina,
Que á los hijos de Eva
Á manso puerto con su lumbre lleva.
Entre velos de oro
El cielo te alza un templo, y te proclama
Su Reina y su tesoro,
Pura y creadora llama
Del santo amor que nuestro amor inflama.
En tu regazo tierno
Al Salvador del mundo omnipotente
Depositó el Eterno,
Y su diestra fulgente
De luz y lauro coronó tu frente.
Y al pie del Crucifijo,
Ornó tu sien de enrojecidas flores
La sangre de tu Hijo;
Y tú, Madre de amores,

La bañaste en el mar de tus dolores.
Los mundos te cantaron
Madre de amor y paz, Reina elegida;
Los cielos te guardaron
Diadema esclarecida,
Con alma de los ángeles tejida.
Yo separo mis ojos
De esta vida fugaz y transitoria,
Y postrado de hinojos,
Aclamo tu victoria,
Cegado por los rayos de tu gloria.
Con el vago deseo
Del triste corazón que á amar empieza,
Por doquiera te veo,
Radiante de pureza,
Sembrar por los espacios tu belleza.
Te miro en el Oriente
Trayendo al sol, y caminar te siento
Tranquila y dulcemente
Por las ondas del viento
En la bóveda azul del firmamento.
Te miro tras la nube
Rosada, que á lo lejos se desvía,
Y por los aires sube;
Te miro dar al día
Su ardiente resplandor y su alegría.
Te siento en la serena
Noche, que con la luna te levantas,
Y de fulgores llena,
Rasgando te adelantas
Pabellones de estrellas á tus plantas.
Y, anhelante, te estrecho

De mi mente en los senos recogida;
Te adivino en mi pecho,
En mi alma dolorida,
En mi triste destino y en mi vida.
Así dulce me atiendas
Cuando mi acento en su fervor te aclame,
Y benigna desciendas,
Y tu mano derrame
Consuelo en mi dolor cuando te llame.
Así, luz de belleza,
Me conceda tu gracia protectora,
Para cantar tu alteza,
Un destello, Señora,
Del puro rayo que tu lumbre dora.
Así propicia y tierna
Nos des amparo y tu piadosa guía,
Y hasta la vida eterna
Sea tu nombre, María,
La santa enseña de la patria mía.

DON BERNARDO LÓPEZ GARCÍA

LA FE Y LA RAZÓN

I

Cuando la cruz coronó
A la cúpula valiente
Que Miguel Angel potente
Sobre el templo levantó,
Dios que escuchaba el cincel
Más cercano cada día;
Dios que las piedras veía
Subir, subir hasta Él,
Al ver la mole arrogante
Suspensa en mitad del cielo;
Contemplando el raudo vuelo
De aquella creación gigante;
Al ver como hasta su pie
Soberbio el templo se alzó,
«¡Quién llega hasta mí!» gritó,
Y el templo dijo: «¡La Fe...!»
Entonces Dios, siempre bueno,
Bendijo belleza tanta:

Por no herir la mole santa
Pasó arrebatado el trueno;
  La hirviente borrasca impía
Al estrellarse en sus muros
Llenó los cielos oscuros
De religiosa armonía,
  Y el sol dejando el tesoro
De su magnífica frente
Sobre aquel templo esplendente,
Tan brillante, tan sonoro,
  Dió viveza á sus calados:
Movimiento á sus pilares;
Besó en los blancos altares
Los mármoles delicados;
  Y dando con efusión
Su luz clara y purpurina,
Fué la lámpara divina
De la gran decoración.

. . . . . .

  Desde entonces, por liviano
Murió el arte viejo y rudo;
Sobre el peñón quedó mudo
De asombro el cincel pagano;
  La artística Roma en coro
Saludó al arte infinito,
Con el gran arco de Tito,
Con el Circo y con el Foro;
  Y las estatuas de Atenas
Honra de la Grecia esclava;
Aquellas diosas de lava
Que arrancan fuego á las venas,
  En sus pedestales rudos

Mudas de vergüenza vieron,
Como las yedras cubrieron
Sus pechos antes desnudos;
  Y era porque ante el fulgor
De la cristiana pureza,
Hasta la naturaleza
Velaba por el pudor...!

II

  Todo cambió con la luz
Que en aquel templo elevaron;
El marca cómo brotaron
Nuevas artes de la cruz.
  La piedra que antes liviana
Hizo eternas las pasiones
Arrancando sensaciones
A la impudicia pagana,
  Bajo el cristiano cincel
Que en la gloria se ilumina,
Tomó la forma divina
De la virgen de Israel:
  Retrato del Redentor
La faz amorosa y grave,
Trazó el contorno süave
De la madre del dolor;
  Copió el sollozo, el suspiro,
La fe, la vida, la gloria;
Llenó de encantos la escoria
De nuestro pobre retiro;
  Y era porque Dios, hermano
De los que le amaban fieles,

Mandaba al mundo cinceles
Para el artista cristiano.

. . . . . .

Y no tan sólo el peñón,
Su ser el arte cambiaba.
También el lienzo entonaba
Su más solemne canción.
Mientras Cellini á la historia
Daba su nombre y su brillo,
Ya fermentaba Murillo
Con el fuego de la gloria:
El gigante apareció:
Lo eterno brillaba en él;
Donde llegó su pincel
Sólo su pincel llegó;
Empapado en la grandeza
Del espíritu cristiano,
Con su aliento sobrehumano
Domó á la naturaleza;
Y de su potencia en pos
Volando en vuelo fecundo,
Después de abarcar el mundo,
Pintó á la gloria y á Dios.
Gigante que al orbe asombra
Bajó á la tumba, dejando
Al arte nuevo pensando,
Y al arte viejo en la sombra;
Porque en su audaz corazón
Que en sus creaciones se ve,
Vivieron mundos de fe,
Con mundos de inspiración.

III

¡Revolución esplendente!...
Cuán inmenso es su poder...
La *luz* se principia á ver
En cada creación naciente.
Cantando un himno profundo
Se alzan moles colosales;
Con manto de catedrales
Principia á cubrir el mundo.
Y no es ya en el Partenón
Donde el arte se ilumina;
La basílica mezquina
De la griega ostentación,
Es pequeña ante la idea
Que en el templo soberano,
Cual sol del arte cristiano
Bajo la cruz centellea.
El genio volando en pos
Del más inspirado anhelo,
Coje en la cúpula el cielo
Para ofrecérsela á Dios.
Alza la nave altanera
Por cima del monte grave;
La cruz corona á la nave
Como la luna á la esfera;
Y al par que la estatua brilla,
Y el lienzo se anima y llora,
Y el arpa consoladora
Trémula al genio se humilla;
El cincel, y la canción,

El lienzo, el mármol, el oro,
Y el órgano que en el coro
Canta nuestra redención,
  Al alzar su canto allí,
Donde á Dios el alma ve,
Dicen: «Señor, soy la fe
Que se levanta hasta tí.»

IV

  Hoy... dormido está el laúd;
Dormido el pincel divino;
La estatua gira sin tino
Del arte en el ataúd.
  Ya los duros pedernales
No toman formas humanas;
Mudas las artes cristianas
No levantan catedrales.
  Sólo la música pura,
Sólo el arte de Stradela,
Como un risueñor que vela
De la fronda en la espesura,
  Cantando gloria ó pasión
Desde un árbol de otro mundo,
Contempla el astro fecundo
De la gran revolución.

V

  Es otro siglo... ¡Escuchad!...
El hierro arrumba y golpea,
En el taller de la idea

Se funde la humanidad.
  El genio que se lanzó
Ayer tras de la belleza,
Roba á la naturaleza
Lo que cien siglos guardó.
  A su luz el pensamiento
Domina montes y mares,
Los peñascos seculares
Se desprenden de su asiento,
  Y en vez de alzarse á la altura
En cúpulas ó palacios;
En vez de hendir los espacios
Al sol de la arquitectura,
  Bajan formando torrentes
De la tierra á las entrañas;
Unen abiertas montañas,
Forman arcos, forman puentes;
  Y cuando el hombre sereno
Los arranca al monte mismo,
O descienden al abismo
O se levantan al trueno.
  El cincel que nos asombra
Por las obras que animaba,
Hoy en las rocas se clava
¡Paso! gritando á la sombra;
  Abre inmensas galerías
En las montañas más graves;
Por sus magníficas naves
Gigantescas y sombrías,
  Raudas, hirvientes, sonoras,
Corren cubiertas de galas,
Locomotoras con alas

Más rápidas que las horas.
  Allí penetra y se extiende
El hilo en que va el acento;
Cuando pasa el pensamiento
La negra sombra se enciende;
  Porque al verse sorprendida
La virgen naturaleza,
Canta á la humana grandeza
Confesándose vencida.

VI

  ¡Siglos de fe y de razón!...
¿Cuál es más grande, Dios mío?
¡Ayer, arte y desvarío...
Hoy... ciencia y revolución!
  Ayer el peñón sereno
La gloria de Dios cantaba;
Hoy la tormenta es esclava,
Esclavo el rayo y el trueno!
  Ayer el lienzo brilló
Con el fuego de Dios mismo!
Hoy se ilumina el abismo
Que Dios con la mar cubrió.
  Ayer en la sombra muda
Brillaba la fe bendita;
Hoy... entre la luz se agita
Cual negra sombra la duda.
  Ayer con la fe por guía
Sin otra luz ni otro muro,
En lecho de sombra oscuro
La humanidad se dormía;

Hoy con fiera voluntad
Fijo y seguro timón
La barca de la razón
Conduce á la humanidad;
Y por la mar adelanta....
Y no detiene su vuelo;
Y desde el mundo hasta al cielo,
Todo vacila á su planta;
Ya está lejos... ¿Dónde irá?
¿Será presa de su ardor?
¡Busca un puerto!... tiene amor...
La nave se salvará.

VII

¡Miradla!... No hay que temer;
Siglo que en tan honda liza
Tan grandes obras realiza,
Sabe adorar y creer.
Mundo que de su ansia en pos
Vuela en tan rápido vuelo,
No está solo; desde el cielo
Le tiende su mano Dios.
Si los templos seculares
Cantan de ayer las creencias,
Hoy nuestras propias conciencias
Son templos y son altares.
Libre el pensamiento humano
Á Dios ofrece su culto;
Ese templo tan oculto
Es el templo más cristiano.
Alzando en su utilidad

El siglo cuanto proclama,
No se ama así, sino que ama
A Dios, en la humanidad.
  Por eso la reflexión
Nos dice al vernos sentir,
Que la fe no ha de morir
Ahogada por la razón;
  Sino que en vuelo fecundo
Las dos uniendo sus lazos,
Van á confundir sus brazos
Para redimir al mundo.

DON FERNANDO VELARDE

¡ADIÓS!

Santiago de Cuba, 1846.

¡Qué breves fueron las felices horas
Que en dulce calma disfruté contigo!
Pasaron como rápidas auroras
Y ¡adiós! temblando de pesar te digo.
Aunque mis largas desventuras lloras,
Aunque me llamas cariñoso amigo,
Mi nombre oscuro olvidarás mañana
En la ruidosa confusión mundana.
Jamás la pena el corazón te oprima,
Ni desgraciada por el mundo vayas,
Ave extranjera en apartado clima,
Náufrago errante en extranjeras playas:
No es agudo el pesar que te lastima,
Aunque tan tierna en el dolor te ensayas,
Tú tienes en tu virgen fantasía
Amores, esperanzas y alegría.
¡Dolor profundo, el que mi pecho siente!
Mortal tristeza, la tristeza mía!

Mira esta joven orgullosa frente,
Que entusiasmada levantar solía
Cuando impetuosa inspiración valiente
En mi amoroso corazón ardía.
¡Héla abatida y en mortal desmayo
Al estampido súbito del rayo!
  En áridos desiertos peregrino,
Donde roncos los vientos de la pena
Rebraman en ardiente torbellino
Y en son terrible que el espacio atruena;
Donde borran las huellas del camino
Rojas balumbas de encendida arena,
Solo y perdido en la mitad del yermo,
Cansada el alma, el corazón enfermo;
  Te ví á lo lejos, solitaria palma:
Corrí á buscarte demandando sombra,
Y tú me diste deleitosa calma,
Dátiles dulces, pabellón y alfombra.
Tú perfumaste con tu amor el alma
Que con doliente gratitud te nombra,
Y, á más de darme hospitalario abrigo,
También lloraste, por llorar conmigo!
  Y siempre afable y con placer oías
De mis amores la penosa historia:
Tu voz hermosa con mi voz unías
Para cantar y bendecir mi gloria;
Y mis endechas repetir solías
Por grabarlas mejor en la memoria,
Y afanosa después me consolabas
Y esperanzas divinas me soñabas.
  Como las tribus de Israël perdidas
Allá en los arenales del Mar Muerto,

Se alegraban al ver las florecidas
Y espléndidas oasis del desierto,
Y olvidaban las ansias padecidas
Y su azaroso porvenir incierto,
Así halló en tu doliente simpatía
Vaga consolación el alma mía.
  Vé cuán amargo me será perderte
Y cuánto ahora sentiré dejarte,
Cuando en secreto el corazón me advierte
Que nunca, nunca volveré á encontrarte,
Porque me lanza mi contraria suerte
De tí muy lejos, á ignorada parte...
¡Vé cuán hondos serán y cuán sombríos,
Al irme ahora, los pesares míos!
  ¡Ay! no se encuentran en el mundo amigas
Que, en mi desgracia, como tú me velen,
Al triste abriguen como tú le abrigas
Y mis angustias como tú consuelen.
¿Qué le importan al mundo mis fatigas?
Egoístas los hombres no se duelen
Del ajeno dolor, y en su ventura
Escarnecen del triste la amargura.

. . . . . .

  El misterioso porvenir contrista
Mi pobre corazón abandonado.
¡Ay del que torna la cansada vista
Al triste resplandor de lo pasado!
¡Ay del que vaga como seca arista
Al soplo horrible del turbión airado!
¡Ay del que llora con dolor profundo,
Solo y perdido en la mitad del mundo!
  Mas tú me seguirás en la memoria

Doquier me lleve la desgracia impía,
Cual viva imagen de soñada gloria,
Cual la vaga y etérea melodía
Que aduerme mis pesares, ilusoria,
Cuando abstraída en la nocturna calma
De amor suspira y agoniza el alma.

DE NOCHE

EN LAS PLAYAS DE CHILE

Ya la noche, cual cóndor inmenso
Precursor del eterno misterio,
Con sus alas cubrió el hemisferio
Y los grandes abismos abrió.
Ya derrama en los pechos dolientes
Celestial, voluptuoso beleño,
Y en sus brazos amantes el sueño
Blandamente acaricia al dolor.
¡Cuánto place al errante poëta
Meditar en silencio y á solas,
Al solemne rumor de las olas
Que levanta el Pacífico Mar!
¡Cuánto place á mi espíritu triste,
Contemplando estrelladas esferas,
Recordar mis antiguas quimeras
Y en la vida futura soñar!
En los mudos espacios oscilan
Tibios rayos de luz indecisa,
Y sus alas recoge la brisa,
Y su cáliz recoje la flor.

Y en la arena se aduerme la ola
Y suspira en confusa cadencia,
Cual suspira la casta inocencia
Cuando sueña un misterio de amor.
Todo yace en silencio profundo
En el cielo, en el mar, en el monte,
En el denso y lejano horizonte
Y en el fondo del negro ataúd.
Sólo gime mi pecho doliente,
Sólo vela y suspira mi alma,
É interrumpe del mundo la calma
Con su eterna, insondable inquietud.
Cual recuerdo de un bien inefable,
Cual sublime y audaz esperanza,
En la vaga y azul lontananza
Del abismo la luna se alzó.
Á su luz reverberan las olas,
Y en las alas sonoras del viento
Se coronan de vívido argento,
Se deshacen cual blanca ilusión.
Á su luz resplandecen las playas
Y los mares profundos ondean,
Y los altos nevados blanquean
Y las albas rompientes del Sud.
Á su luz, á pesar del olvido,
Mi feliz pubertad resucita,
Con su eterna tristeza infinita,
Con su vaga, amorosa inquietud.

. . . . . .

¡Ved la luna detrás de los Andes!
Yo me exhal › en suspiros al verla
Cual inmensa, fantástica perla

Coronada de etéreo fulgor.
  Los nevados eternos irradian,
Y sus albas y límpidas nieves
Se revisten de púrpuras leves
Y de azul luminoso vapor.
  En su augusta ascensión cataratas
Y torrentes y mares argenta,
Y la etérea región transparenta,
Y reviste las sombras de luz.
  Y deshace en los montes la bruma,
Y las nubes errantes traspasa,
Las transforma en purísima gasa,
Las disuelve en fantástico tul.
  Y la noche despierta y sonríe,
Y se viste de mágicas galas,
Y las brisas desplegan sus alas,
Y murmura en las playas el mar.
  Y los ruidos errantes, los ecos,
Que en los báratros hondos se esconden
En lejanos retumbos responden
De Aconcagua al fragor colosal.
  ¡Oh, qué noche tan diáfana y bella!
Todo es paz, plenitud, melodía:
Es la brisa un raudal de ambrosía,
Son las nubes oásis de luz.
  ¡Ved la luna en los cielos azules,
Cristalina, fantástica, plena,
Cual la casta inocencia serena,
Rebosando inmortal juventud!
  ¡Quién pudiera del tiempo implacable
Contener el fatídico vuelo,
Y este mar, esta luna, este cielo

Contemplar en transportes sin fin!
¡Quién me diera estrechar en mis brazos
Mi ilusión más doliente y más bella
Y admirar estos cielos con ella
Y con ella gozar y morir!
¡Oh celeste, inmortal peregrina!
¡Oh amorosa y poética luna!
Siempre ha sido tu luz mi fortuna,
Siempre ha sido mi amor tu beldad.
Con doliente efusión te bendigo,
Porque siempre amorosa te encuentro,
Cual si fueras el mágico centro
De otra vida futura, idëal.
Tu virgíneo candor me enternece
Y entrañables suspiros me arranca.
¡Oh ilusión melancólica y blanca
De mi errante, infeliz juventud!
¡Oh qué bella, qué lánguida y triste
En el cóncavo azul resplandeces!
¡Un delirio infinito pareces
De inocencia, de amor, y virtud!
¡Cuánto place á mi espíritu ardiente,
Del delirio en las alas flotantes,
Contemplar universos radiantes,
Traspasar horizontes sin fin!
¡Cuánto place á mi alma sombría
Inspirarse en insomnios obscuros,
Y en los hondos abismos futuros
Ver las cosas que están por venir!
Yo bendigo estas playas sonoras
Y estas vírgenes selvas floridas,
Porque están perfumadas y ungidas

Por la bella y feliz libertad.
  Porque aquí se desploma ya el solio
Del hipócrita y vil fanatismo,
Y en las fáuces del lóbrego abismo
Ese monstruo sacrílego está.

. . . . . .

  Aquí vagan las sombras augustas
De los héroes de Arauco y Castilla,
Al fulgor de la luna amarilla
Meditando en su gran porvenir.
  Al fragor de los rudos volcanes
En los cóncavos valles dormitan,
Ó en los altos perfiles se agitan
Cual si fueran de nuevo á vivir.
  ¡Ved la sombra gigante de Ercilla
Levantarse en magnífica pompa,
Con su eterno laurel y su trompa
Y su noble, imponente ademán!
  Los perínclitos manes de Arauco,
En arranques de júbilo intenso,
Le circundan en círculo inmenso,
Le proclaman su Homero inmortal.
  Y dos pueblos ilustres y audaces
En ardientes, intrépidos coros,
Al compás de los vientos sonoros
Le bendicen y aclaman después.
  Y al magnífico estruendo los montes
Y los férvidos cráteres truenan,
Y los hondos abismos resuenan
Y los mares responden también.

. . . . . .

  Yo prefiero una noche serena

Al más bello y magnífico día,
Con su ardiente estruendosa alegría,
Con su claro esplendente fanal.
  Yo prefiero las noches sin nubes
Con sus astros que oscilan radiantes,
Cual enormes y eternos diamantes
Que en los negros abismos están.
  Esas noches serenas de Estío,
Voluptuosas, románticas, bellas,
Con su inmensa corona de estrellas
Con su augusta y solemne quietud,
  En mi alma doliente derraman
Misteriosos, profundos beleños,
Y me infunden dulcísimos sueños
Y me inspiran grandiosa inquietud.
  Cuando el Sol en los cielos irradia,
En su luz nuestra atmósfera inunda,
Pero envuelve en tiniebla profunda
De los astros la inmensa beldad.
  Así el pobre criterio del hombre,
Cuando ardiente y audaz examina,
Las verdades del mundo ilumina,
Pero ofusca la eterna verdad.
  Cuando tiende la noche sus alas
La región inferior oscurece;
Pero inflama la luz y engrandece
La infinita, estrellada región.
  Así el genio inspirado y sublime,
Cuando en férvidos éxtasis sueña,
Las miserias del mundo desdeña,
Pero vuela y se lanza hasta Dios!
  Es la noche el santuario del genio,

Es la imagen sublime del alma,
Ya fulguren los cielos en calma,
Ya retumbe medroso huracán.
  Siempre brilla en el sol y en el día
La existencia terrestre y finita,
Y la vida futura, infinita,
De la noche estrellada en la faz.

DON CASIMIRO DEL COLLADO

LIENDO Ó EL VALLE PATERNO

Del riesgo vencedor y la distancia
Que entre dos mundos pone el mar de Atlante,
Á tí mi acerco, valle de mi infancia,
De temor y esperanza palpitante.
Un siglo es cada instante.
¡Cuán ancho el río! El arenal ¡cuán largo!
Columbro al fin el somo del Candina.
¡Qué lento sube en el azul sereno!
Corro, vuelo, transpongo la colina...
¡Feliz puedo espirar!... Héme en tu seno.
Valle, donde benigna suerte quiso
Cercaran mi niñez dicha y ternura,
Cuando gocé tu paz de Paraíso,
No supe valorar tanta ventura.
Después, maëstra dura,
Enseñóme la ausencia entre zozobras
Á comprender, á desear tu calma;
Y vuelvo, como ves, de los extraños
Con heridas de penas en el alma,
Con la escarcha, en el rostro, de los años.

Tú también, valle amado ¡cuán distinto!
Víctima fué de la segur impía
La selva que en gracioso laberinto
Las laderas del término vestía.
Las rocas á porfía
Asoman, cual gigantes osamentas,
Del pie de la montaña al horizonte;
Rastrero abrojo al haya sustituye,
Y la aridez conquista en cada monte
Cuanto el avaro leñador destruye.
No ya, afianzada en sólidas raïces,
En vistosos rectángulos despliega,
Rico marco de espléndidos maïces
La viña sus verdores por la vega;
Ni ya el rabel congrega
Lucio rebaño en pasto redundante.
Pasó, cual plaga egipcia, insecto crudo:
Y con sorpresa amarga, ven los ojos
Tronco de vid, de vástagos desnudo,
Ganado ruin en míseros rastrojos.
El membrudo garzón de la labranza
Abandona el fecundo ministerio
Á mujeres y ancianos sin pujanza:
De la codicia al riguroso imperio,
En el otro hemisferio
Insegura riqueza solicita:
Torna doliente ó viejo, cuando vivo;
Y del caudal indiano en recompensa
Halla los patrios campos sin cultivo
Y los paternos lares sin defensa.
De primavera á las sutiles áuras,
Al vivífico aliento del verano,

Tu pristina beldad tal vez restauras,
Tal vez recobras tu vigor lozano;
  Pero el otoño en vano
Á disfrazar tu desnudez aspira
Con restos de su regia vestidura:
Y al contemplarte mísero, discierno
Cuánto cuadre mejor con tu tristura
La túnica severa del invierno.
  ¡Qué silenciosa soledad! ¡Cuán honda
De tus risueños sotos la mudanza!
¿Por qué no suena por la alegre fronda
El tamboril de la festiva danza?
  Diríase que avanza
De la discordia el ominoso espectro
Espiando tus limpios horizontes:
Del leñador el carro, con chirrido
Áspero, finge en los lejanos montes
De venideros males el quejido.
  Cesaron ya los plácidos cantares
Del labrador que, tras la grave yunta,
Retornaba al solaz de los hogares
Do parca cena la familia junta.
  Mi corazón pregunta
Con ansia y miedo por amigos techos...
Sació su rabia en unos el estrago :
De otros ya, en espiral, no se levanta
Humo que figuró en el éter vago,
De doméstica paz bandera santa.
  Álzase en arco de maciza piedra
Sobre el camino, al pie de la colina,
Mi hogar antiguo: junto al huerto aún medra,
Con nobles cicatrices, vieja encina

Que, cual reina domina
Sobre el mustio follaje del contorno;
Y allá, como en brocal de peña dura,
Mana y desborda cristalina fuente
Que al arroyo vecino se apresura,
No sé si melancólica ó rïente.
¡Salve, sacra mansión de mis mayores!
Arrasados en lágrimas, mis ojos
Contemplan tus ruinosos miradores;
Y ante el ansiado umbral caigo de hinojos.
De la muerte despojos
Gran tiempo fueron ya cuantos mi infancia
Rodearon de afección: ellos constantes
En el santuario de mi pecho viven;
Y en mi propio solar fríos semblantes
Hoy como advenedizo me reciben!
Un tiempo—¡ay breve!—la presencia mía
Júbilo en estos muros despertaba:
Siempre un amante labio sonreía;
Siempre una mano amiga se alargaba.
Viejo corcel turbaba
Con alegre relincho en el establo
El rumiar sosegado de los bueyes;
Y olvidaba el mastín, con noble ahinco,
De su cadena las tiranas leyes
Para abrazarme en turbulento brinco.
Entro, subo, recorro cada estancia...
¡Reina aquí el abandono, aquí la inopia!
Quiero inquirir, y en triste resonancia
Devuelve el eco mi palabra propia.
En abrumante copia
Me asaltan los recuerdos: allá miro

El padre austero que al sumiso grupo
De la familia, ejemplo fué admirable;
Acá la santa madre, que hacer supo,
El deber fácil, la virtud amable.
De los rudos patriarcas de la aldea
La abuela, con los nietos consentidos,
En las noches de invierno se rodea,
Al amor de la lumbre reunidos.
Ó suena en mis oídos,
La voz, entre severa y cariñosa,
Del docto sacerdote, á cuyo celo
Debí entender los que el fecundo Lacio
Dió á las humanas letras por modelo,
Maron y Livio, Cicerón y Horacio.
Tenaz repasa la memoria y nimia
Escenas de campestres emociones:
El gozo de la siega y la vendimia,
El entrojar mazorcas y vellones;
Luego las impresiones
Profundas de domésticos pesares:
La eterna ausencia, la partida amarga,
Las ruinas que en mi mente reconstruyo...
Me asfixia este aire: el vértigo me embarga;
No puedo más; salgo, desciendo, huyo!...
Huyo hasta do la altiva pompa extiende
La encina de mis lares protectora.
Aquí mi horrible agitación suspende
La voz del sacro bronce, que á la hora
Del crepúsculo llora:
Voz que al pasado el alma restituye;
Eco de aquella religión de antaño
Que para todo mal tuvo un consuelo.

Noche y dolor conjúrense en mi daño:
Fulgura en otra esfera el bien que anhelo!
  Serenado el espíritu, ve clara
En el limpio cristal de la memoria
La imagen de los tiempos, y compara
La ventura rëal con la ilusoria.
  ¡Cuánta lúgubre historia!
¡Cuánto mártir sin nombre! «¡Oh, patria, ex-
[clamó,
»¡Qué necio quien se aleja, y sacrifica
»En extranjero altar á la fortuna!
»¡Cuán sabio quien su túmulo fabrica
»Al pie del árbol que asombró su cuna!»

DON NICANOR ZURICALDAY

Fragmento del poema titulado

LA LECCIÓN DE MÚSICA

—«¡Inés! Cuando tú lloras
Escuchando el *¡Hosanna en las alturas!*
Y en lágrimas de amor abrasadoras,
Quieres como tu abuelo,
Rauda volando á las regiones puras,
Beber la luz y el esplendor del cielo;
Cuando de amante tórtola la queja
Hace vibrar como en doliente lira
Los débiles alambres de su reja;
Cuando el aire en sus círculos suspira
Y el árbol que recibe los gemidos,
Con las trémulas ramas se estremece,
Columpiando las hojas y los nidos;
Siempre que el mar en sus riberas crece
Extendiendo su cántico sonoro;
Al despertarse el sol, cuando se acuesta,
Prendiendo el velo azul con broche de oro;
Siempre que el ave canta en la floresta;
Siempre que manso se lamenta el río;

Y cuando el eco á tu clamor contesta,
Y cuando gira un astro en el vacío...
Siempre, siempre ¡ángel mío!
Está sonando la divina orquesta.
El aroma, el color, la poesía,
Todo es música, Inés, todo armonía;
Y lo mismo el azul del firmamento
Es melódico acento,
Que una lira la lengua de las aves,
Y un sonido el perfume de las rosas...
¿Lo ignorabas, Inés? Pues ya lo sabes;
¡La música es el alma de las cosas!»—
Aquí Don Juan, queriendo que el estudio
Fuese más grato, deslizó un preludio
Sobre las teclas pálidas y rotas
Que regalaron á los aires ledos,
Alta espiral de cristalinas notas,
De las voces angélicas, remedos.
Luego, otra vez, sus manos arrugadas,
Las de Inés abrazaron, cuyos dedos,
Desde aquel calabozo tan querido,
Dejaban ver sus yemas sonrosadas,
¡Cabecitas de pájaro asomadas
Al antepecho de su tosco nido!
Y aun no apagado el eco tembloroso
De aquella melodía,
Oyó Inés que su abuelo la decía
Con acento de padre cariñoso:
—«¿No sabes tú la fábula, hija mía?
Cuando Orfeo en los bosques primitivos
Contemplando las cosas y los seres
En la mudez y en el dolor cautivos,

Sintió piedad porque sumida estaba
Naturaleza ruda,
En noche eterna, dolorida y muda;
La cítara inventó que subió al cielo
En suspiros alados y veloces,
Llevando al infinito, desde el suelo,
Las quejas ó las voces,
Amargas ó armoniosas,
De los hombres, las fieras y las cosas.
Y aquella creación antes esclava
Que nunca sus dolores consolaba,
Porque ni lengua ni expresión tenía,
Para lanzar sus gritos al espacio,
Halló, por fin, su idioma y melodía,
En la sonante cítara del Trácio.
Y así dice la fábula que Orfeo,
Al cruzar de los bosques la espesura,
Coronado de olímpico trofeo
Y pulsando su lira á la ventura,
Como en la rama el pájaro canoro,
Llevó detrás en majestuoso coro,
Lanzando quejas dulces y süaves,
Los dioses y las gentes,
Los árboles, las fieras y las aves,
Los arroyos, el mar y los torrentes.

De la leyenda histórica titulada

LA QUINCENA DE DON PEDRO

LA MUERTE DEL INFANTE

12 Junio de 1358.

En Bilbao y en su posada
Ponen fin á la comida
El infante de Aragón
Y el monarca de Castilla.
Desde Bermeo han llegado
Aquella mañana misma,
Don Juan midiendo esperanzas
Como Don Pedro perfidias.
Ha dicho el rey á su primo
Que si ayer no le querían,
Hoy en Bilbao sus promesas
Serán palabra cumplida.
Por eso, alegre el infante,
Haciendo honor á la orgía,
Chancero y desatinado
Los vinos diáfanos liba.
—«Bien me regaláis, Don Pedro;
»Tal favor nunca se olvida;
»¡Qué manjares y qué vinos?
»¡Y qué hermosa argentería!
»Mas tened ¿sabéis qué falta
»Señor, en vuestra vajilla?
»Del anciano de Bermeo
«La cabeza encanecida.

»¡Buena plata! Y buena copa
»Cualquier artífice haría
»Desencajando el celebro
»De aquella testa maldita!
»Cuando yo tenga á Vizcaya
»Á mis antojos sumisa,
»Os haré merced con ella
»De oro y plata guarnecida.
»Mientras, siguiendo obligado
»Á vuestra fe y cortesía,
»Quiero me pidáis ahora
»Memoria que os dé en seguida.»—
—«Si tal empeño mostráis,
»Dijo el rey, que yo la exija,
»Regaladme vuestra daga,
»Don Juan, como prenda amiga;»—
—«Tenedla, dijo el infante,
»Y del cinto se la quita:
»Y que la guardéis os ruego,
»Mi primo, en memoria mía.»—
Tomóla el rey y exclamando
—«¡Bravo filo y hoja limpia!
Añadió: «Será guardada
»Mas allá de vuestra vida.
»En cuanto á ser el señor
»De Vizcaya, vais deprisa.
»No, Don Juan, el señorío
»De Don Tello, es cosa mía.»—
—»Qué decis?—clamó el infante.
—»Que estáis ébrio de codicia
»Y que no podréis (no siendo
»Con vuestra cabeza misma)

»Con aquella del anciano
»Enriquecer mi vajilla.»—
—«¿No son ley vuestras promesas?»—
—«¡Loco el que en promesas fía!»—
—«Si estoy firme en mi derecho
»Más loco el que me resista.»—
—«Osado habláis y por Cristo,
»Me alegro de ver rompida
»Esa mudez obstinada
»Que ha durado quince días.
»Tened, si queréis promesas,
»Una que os hice en Sevilla
»De serviros por mí mesmo
»El término de la orgía.
»Ya estais en coto cerrado
»Y no encontrareis salida.
»Para cazar reses mansas
»No necesito jauría.
—»¡Callad, Caín de bastardos!»—
—»¡Y hablais vos de bastardía
»Que tenéis en vuestra estirpe
»Apellidos de pocilga!»—
—»¡Cobarde y traidor, mi daga!
»¡Devolvédmela que es mía!»—
—»Toda la vais á guardar,
»Le dice el rey, en la herida.»—
Y agitándola en el aire
—«¡Favor!»—el infante grita,
Pero Don Pedro le alcanza
Y de un golpe le asesina.
Después, sacando el cadáver
Por la ventana contigua,

Suspendido del cabello
Mostróle á los de la villa.
  Y diciendo:—«*Allá tenedes*
Al señor que vos quería;»—
En las piedras de la plaza
Sangriento le precipita.
  Entróse el rey, y se cuenta
Que al choque de la caída
Contestó una carcajada
Por la ventana vacía.

LA FERRERÍA

  Por la margen del Cadagua,
Río arriba, á trote largo,
Cruza de noche Don Pedro
Pedregales y barrancos.
  Con airosa gentileza
Va envuelto en cándido manto
Que al resplandor de la luna
Semeja un triste sudario.
  La pluma de su birrete
De tornasol encarnado,
Al aire sobre el espectro
Flamea cual fuego fátuo.
  Los árboles en la senda
Su larga sombra arrojando,
Parece que le amenazan
Intrépidos con sus brazos.
  Los ecos, que se repiten
Del potro al sonante paso,

Simulan gritos de alarma
De monte en monte lanzados.
  Mas Don Pedro, indiferente
Á tan medroso aparato,
Extiende sus tristes ojos
Por el azul del espacio.
  En abandono las riendas,
Marcha tranquilo, aspirando
Los misteriosos efluvios
De una noche de verano...
  Á la altura de Sodupe
Paróse el rey asombrado,
Con la vista en el Cadagua
Y el oido más lejano.
  Y oyó de una ferrería
El golpe sordo del mazo
Y el estridente chirrido
De los barquines soplando.
  Arpas de cristal rompía
La presa sobre el peñasco,
Y la luna se bañaba
Más arriba en el remanso.
  Por las copas de los fresnos
Iba el céfiro callado,
Subiendo en sus tenues alas
Los aromas de los jaros.
  Allí evocó su memoria
Aquellas noches de encanto
Que regalan á Sevilla
Guadalquivir y los astros.
  Tal vez pensó en su manceba
Y á sus ojos vino el llanto

Por tornar lleno de sangre
Y no de gloria á sus brazos...
  Sereno ya, pasó el puente
Á su corcel refrenando,
Y le alivió de su peso
Al pie de unos muros altos.
  Á una vieja que allí andaba
Dió las riendas del caballo,
Y empujó de la herrería
El postigo siempre franco.
  Cuando él entró el martinete
Daba golpes sobre el tajo
Que lanzaba rojas ascuas,
Á sus pies, como venablos.
  Su bruñido guantelete,
De pálida luz bañado,
Agitaba las falanges
Como lívidos gusanos.
  Por los negrecidos muros,
Con resplandores extraños,
Vió que subía un enjambre
De duendecillos y trasgos.
  Vió agigantarse la hoguera
Entre riscos encarnados
Que él se fingió los despojos
Sangrientos de los bastardos.
  Vió á los cíclopes desnudos
Blandiendo en sus negras manos
Las gigantescas tenazas
Y los espantosos garfios.
  Y cegado de la lumbre
Y ensordecido del mazo

Y medroso de los ayes
Que daba el barquín llorando,
Le pareció que su reino
Se deshacía en pedazos.
  Y como aquellos titanes
Indiferentes é impávidos
Seguían con arrogancia
El fuerte hierro labrando,
Se dijo el rey á sí propio,
Más confuso que enojado:
—«¿Serán libertad y hierro
Elementos necesarios?»—
  Y aturdido ante el enigma,
Con temor de adivinarlo,
Buscó otra vez el postigo
Y se salió de aquel antro.
  Allí vió al potro impaciente
El duro suelo escarbando
Y á la mujer que esperaba
De su servicio el salario.
  —«¿Quién sois?»—preguntó á la vieja.
—»Bruja de Zalla me llamo.
»¿Queréis la buena ventura?»—
Y el rey la tendió su mano.
  —«¡Fratricida! la hechicera
Clamó con mortal espanto.
«Joven moriréis, señor,
»Y muerto por un hermano.»—
  Asióla el rey por el cuello,
Colérico del presagio,
Y la lengua de la bruja
Salió de la boca un palmo.

Después al fondo del río
Arrojó aquel espantajo,
Diciendo:—«Vete á dar cuenta
»De tus embustes al diablo.»—
Tornó á montar y el camino
De Valmaseda tomando,
En vuelo vertiginoso
Despareció su caballo.
Y entre el polvo y las centellas
Que levantaban sus cascos,
Metió á Don Pedro en Castilla
Como entre nubes y rayos.

DON JOAQUÍN MARIA BARTRINA

Oyendo hablar á un hombre, fácil es
Acertar dónde vió la luz del sol;
Si os alaba á Inglaterra, será inglés,
Si os habla mal de Prusia, es un francés,
Y si habla mal de España, es español.

Si miro al cielo en estas noches bellas
En que mi alma se eleva al infinito,
En caracteres mágicos de estrellas
Nunca el nombre de Dios sé ver escrito.
Creo que si á alguien Dios dejó encargado
Trazar algunos versos alusivos,
No supo qué escribir, poco inspirado,
Y lo llenó de puntos suspensivos.

Si cumplir con lealtad
Nuestra última voluntad
Es sagrada obligación,
Cuando mis ojos se cierren

He de mandar que me entierren
Dentro de tu corazón.

Ríe, en el hermoso hoyuelo
Un beso quiero enterrar,
Luego ponte seria, y nadie,
Nadie lo conocerá.

Rodó una perla de tu collar,
Cayó en tu seno,
Y allí, á tu seno, fuíla á buscar
De gozo lleno.
¡Creílo un nido! Dulce calor,
Fuertes aromas,
Y acurrucadas hallé en su amor
A dos palomas!

La cosa más sublime,
El cuadro más hermoso,
Que he visto en este mundo
Ni puedo ver en otro,
Fué el techo de tu alcoba
Reflejado en el fondo de tus ojos.

Para matar la inocencia,
Para envenenar la dicha,
Es un gran puñal la pluma
Y un gran veneno la tinta.

Quien vive siempre entre pena
Y remordimiento y dudas
No sabe ver más que á Judas
En el cuadro de la cena.

«DE OMNI RE SCIBIBI»

Todo lo sé! Del mundo los arcanos
Ya no son para mí
Lo que llama misterios sobrehumanos
El vulgo baladí.
Sólo la ciencia á mi ansiedad responde,
Y por la ciencia sé
Que no existe ese Dios que siempre esconde
El último por qué.
Sé que soy un mamífero bimano
(Que no es poco saber)
Y sé lo que es el átomo, ese arcano
Del ser y del no ser.
Sé que el rubor que enciende las facciones
Es sangre arterial;
Que las lágrimas son las secreciones
Del saco lacrimal;
Que la virtud que al bien al hombre inclina

Y el vicio, sólo son
Partículas de albúmina y fibrina
En corta proporción;
Que el genio no es de Dios sagrado emblema,
No señores, no tal;
El genio es un producto del sistema
Nervioso cerebral,
Y sus creaciones de sin par belleza
Sólo están en razón
Del fósforo que encierra la cabeza
¡No de la inspiración!
Amor, misterio, bien indefinido,
Sentimiento, placer...
¡Palabrotas vacías de sentido
Y sin razón de ser!...
Gozar es tener siempre electrizada
La médula espinal,
Y en sí el placer es nada ó casi nada,
Un óxido, una sal.
¡Y aun dirán de la ciencia que es prosáica!
¡Hay nada vive Dios,
Bello como la fórmula algebráica
$C = \pi r 2$!
¡Todo lo sé! Del mundo los arcanos
Ya no son para mí
Lo que llama misterios sobrehumanos
El vulgo baladí...
Mas ¡ay! que cuando exclamo satisfecho:
¡Todo, todo lo sé!...
Siento aquí, en mi interior, dentro mi pecho,
Un algo... un no se qué!...

¡ECCE HOMO!

Hace ya veinte y cuatro años
Que vivo solo conmigo,
Y hace cuatro que deseo
Divorciarme de mí mismo.
Todo cuanto me rodea
Me causa profundo hastío,
Y si entro en mí me da espanto,
Y me da horror lo que miro...
Mi cabeza es vasto caos
Caliginoso y sombrío
Del que nunca saldrá un mundo,
Y es mi corazón un circo
En que luchan como fieras
Mis virtudes y mis vicios.
Sin una estrella en mi cielo
En negra noche camino;
Busco flores y hallo abrojos,
Celeste aroma percibo,
Corro á él, y al correr, ciego,
Mis pies hallan el vacío;
Imposible es detenerme,
Caigo rodando á un abismo.
Logro agarrarme á una roca...
¡Y se desprende conmigo!

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Hoy ni amar ni sentir puedo..
¡Oh! cuando pienso que he sido
Feliz ¡que podría serlo!
Un día, día maldito,
Una ansia de saber loca
Hizo probar á mi espíritu
La por vedada incitante
Fruta del arbol prohibido
Del bien y del mal... La ciencia
Me arrojó del paraíso!
Cruel ella en microscopios
Mis ojos ha convertido;
La que otros ven agua pura
Llena de infusorios miro,
Y donde hallan amor ellos,
Sólo descubro egoísmo.
Hay quien de noche en el bosque
Se encanta ante el puro brillo
De una luz que entre las hojas
Del césped se abre camino;
Yo no, no puedo encantarme
Y á aquella luz me aproximo
Hasta encontrar el gusano...
¡Y hago en el mundo lo mismo!
Y si me causa la vida
Aburrimiento y fastidio,
Sólo al pensar en la muerte
Me vienen escalofríos.
Mal si vivo, y peor si muero,
Ved si estaré divertido...
Si los seres de la tierra
Viven todos cual yo vivo,

¡Como hay Dios (si lo hay) no entiendo
Para qué habremos nacido!...
Maldita sea mi suerte
Y el día sea maldito
En que me enviaron al mundo
Sin consultarlo conmigo!

LA ÚLTIMA CUERDA

Cuatro cuerdas rompí de mi lira
Hiriéndolas lleno
Del afán de volar y alejarme
Del mundo y su cieno,
Cual el ave que quiere ser libre
Lanzando mil quejas
Hiere, ciega de cólera, el áureo
Metal de sus rejas.
Amo y sufro; la cuerda que sólo
Le resta á mi lira
De mi bien al oído no llega
Por más que suspira.
A su arco ha de atarla Cupido,
La cuerda ya arranco...
Mas tal vez al tenderla se rompa
Sin dar en el blanco.
Si al extremo sutil de una caña
A atarla me atrevo
Y mis sueños de amor y de gloria
Coloco por cebo,
Y á pescar voy la suerte en el mundo...
Es fácil la pierda,

Que es posible que un monstruo arrebate
El cebo y la cuerda.
¡Ah ya sé... Si no alcanzo fortuna
Ni es mía la bella,
A mi cuello la cuerda yo anudo
Y me ahorco con ella!

SILOGISMO

Si al ser feliz creo serlo
Sufro en mi dichoso estado,
Porque me hace desgraciado
Sólo el miedo de perderlo,
Y si estoy bien sin saberlo,
Pues no lo sé, no lo estoy.
Así, mañana como hoy,
Ser feliz nunca podré,
Pues si lo soy no lo sé....
Si lo sé... ya no lo soy.

DON NARCISO CAMPILLO

AL VERANO

Bajo el follaje de robusta encina
Por la segur y el tiempo respetado,
Asilo fiel del ave peregrina
Y verde pompa del feraz collado,
Miro cuán lento el sol y grave inclina
El ancho disco y resplandor sagrado,
Y solo yo con la natura en calma,
Melancólica paz siento en mi alma.

Ya vienes tú, consuelo y compañera
En el sendero de mi triste vida,
Tú, que engalanas la verdad severa
Y formas das á la ilusión querida,
Y nueva luz á la celeste esfera,
Y aromas á la selva florecida,
Inspiración, inspiración ardiente,
Con tu llama inmortal toca mi frente.

Del astro rey al moribundo rayo
Enajenado admire en torno mío,
El sauce mustio en lánguido desmayo
Besando el haz del transparente río:

El prado que gentil ornara mayo
Y enciende ahora el caloroso estío,
Donde la rubia mies trémula ondea
Cuando el céfiro plácido la orea.
¡Oh! cómo á nuestros ojos apareces
De majestad vestida y hermosura,
Y cuán grata y fecunda resplandeces
En el campo andaluz, rica natura!
Por tí su fruto en los estivos meses
Rinden el monte, el valle y la llanura,
Y bajo el techo de la humilde choza
El labrador al contemplarlos goza.
Goza, sí; de sudor con larga vena
Bañó los surcos fértiles que abría
Su reja corva en rústica faena
Desde la aurora hasta morir el día:
La espiga ya creció: muestra serena
El antiguo olivar su lozanía,
Y el fresco y ancho y delicioso huerto
Está de flores y verdor cubierto.
Mas no el olivo ni la mies dorada
Ornan tan solo mi natal ribera;
Que su lujo y su pompa más preciada
Naturaleza pródiga le diera:
Acaricia purpúrea la granada
El tronco de la altísima palmera,
Y sus hojas el plátano sonante
Ufano mueve con el aura errante.
El naranjo doquier su copa extiende
Llena de olores y de pomas de oro,
Que el meridiano sol vívido enciende
De su luz al espléndido tesoro:

Parece que la rama se desprende
Hacia el arroyo de cristal sonoro,
Y que el arroyo murmurante pára
Viendo en sus ondas su belleza rara.
  Morados lirios hay, rojos claveles,
Y entre la grama blancas azucenas,
Simple tomillo, plácidos laureles,
Y madreselvas de fragancia llenas:
De donde liba sus sabrosas mieles
La abeja en las auroras más serenas,
Con eco ronco y en copioso bando
De floresta en floresta revolando.
  Y para más belleza, no con ira
Bramadores torrentes se desatan,
Ni la tormenta por los aires gira,
Ni el ganado las fieras arrebatan;
Sólo en la linfa que fugaz suspira
Los árboles y flores se retratan,
Y purísimo azul ostenta el cielo,
Y trisca la cordera sin recelo.
  No aquí se arrastran por hirviente arena
Cual en las playas del desierto Nilo,
Hórrida sierpe de ponzoña llena,
Ni acerado y sangriento cocodrilo;
No aquí la madre escucha de la hiena
El tremendo rugir, y en pobre asilo
Al niño débil con abrazo estrecho
Quiere ocultar en el turbado pecho.
  No se levanta entre la verde alfombra
De fresca yerba pródiga de olores,
Árbol que engañe con nociva sombra
Y frutos tan lozanos cual traidores:

No el astro rey velado nos asombra
En negras nubes y húmedos vapores,
Ni espira solitario en su camino
Abrasado y sediento el peregrino.
  Todo es paz y ventura: coronada
De fruto y flor la bella Andalucía,
Se alza risueña de esplendor bañada,
Cual suele alzarse en el oriente el día;
Que ya sobre la vega dilatada
Benigno el sol y generoso envía
Inmensos dones en su rayo cano:
Dones que ostenta plácido el verano.
  Tiempo es ahora que el vellón de nieve
Rinda al pastor la cándida cordera,
Que el perezoso buey mugiendo lleve
La mies nutrida á la redonda era:
De donde esparza murmurando leve
La seca paja el áura más ligera,
Cuando con duro y resonante callo
Huella la espiga el volador caballo.
  Tiempo es ahora en baño delicioso,
Si dormido en sus grutas yace el viento,
Y de las selvas el ramaje umbroso
No se agita con tenue movimiento,
De gozar el arroyo rumoroso
Que sobre guijas desmayado y lento,
Entre amargas adelfas encamina
La tarda huella y onda cristalina.
  Aquí Nisida bella se bañaba,
Aquí su rubia cabellera de oro
Sobre la espalda y pecho derramaba,
Avara de esconder tanto tesoro:

Aquí su voz suavísima entonaba
Himnos que el eco repitió sonoro,
Y que las aves modularon cuando
Por el limpio raudal iba nadando.
  Aquí en un tronco que en la margen crece
De una vid trepadora revestido,
Donde el ganado errante se guarece
Y tiene el dulce colorín su nido,
Un juramento fiel que amor le ofrece,
En la verde corteza halló esculpido:
La letra dice: «Nísida, primero
Que olvidarme de tí, la muerte quiero.»
  Y enrojeció su púdico semblante,
Que ya por el amor estaba herida:
Y vió á lo lejos á su tierno amante
Con faz inquieta y la color perdida:
Contempla del zagal la fe constante,
Acúsase de ingrata, y conmovida,
La secreta pasión con que batalla
Dicen los ojos, si el acento calla.
  Mas ora miro que desplega el cielo
Su magnífica pompa y hermosura:
La vista absorta con ansioso vuelo
Sube y se pierde en la sublime altura:
Nubes purpúreas ondeante velo
Extienden al brillar la noche pura,
Y sobre ellas la noche se adelanta,
Y al orbe todo misteriosa encanta.
  ¡La noche! De mi patria en el estío
Su blanca luna es sol resplandeciente,
Penetra por el bosque más sombrío,
Tiembla en las aguas de la clara fuente,

¡Astro de amor! El pensamiento mío
Á tí se alzó con entusiasmo ardiente,
Y exclamé al eclipsarte: «espera, espera,
No escondas, no, tu celestial lumbrera.»
  Que tiene para mí fulgor suave,
Indecible y feliz melancolía,
Cuando en el alto nido muda el ave
No gime ó canta en la arboleda umbría:
Cuando el reposo y el silencio grave
Llenan el suelo y la región vacía,
Y exhala con rumor vago y profundo
Sones inciertos adormido el mundo.
  Hora llena de encantos, luna bella,
Sombras queridas del que triste llora,
Pronto su luz la matinal estrella
Difundirá seguida de la aurora:
De su cuna oriental con noble huella
Saldrá el planeta que los orbes dora,
Y tierra y viento y mar en su alegría
Himnos sin fin tributarán al día.
  En tanto luce desmayada y pura,
Rica de aromas, languidez y amores,
Dando á los cielos mística hermosura,
Y gotas de ámbar á las mustias flores,
Noche serena: tú con la dulzura
De tus sueños disipas los dolores,
Tú derramas la paz con franca mano,
¿Quién más galas que tú rinde al verano?

LA MONJA

I

Ella es alta y gentil. ¡Dios, cuán hermosa!
Envuelta hasta los pies en blanco velo,
Santa visión parece misteriosa,
Hija de los alcázares del cielo.
Ella tiene la tez de la azucena,
Pálida frente, labios de escarlata,
Y en su voz que los pechos enajena
Vibraciones metálicas de plata.
Su alma es de fuego y llena de ternura
Y nació para amar, como las flores
Nacen del sol á la sonrisa pura
Para esparcir balsámicos olores.
Los que al albor de juventud lozana
Huir del mundo y profesar la vieron,
Lirio pisado en su primer mañana,
O serafín divino la creyeron.
Que era, en verdad, terrible y doloroso
Ver á la tumba descender la vida,
Desposarse una esposa sin esposo,
Apagarse la lámpara encendida.
Y era también sublime el heroísmo
Y la fe del espíritu impaciente,
Que va derecho al fondo del abismo
Y piensa de su Dios hallarse enfrente.
Corona de las vírgenes sagradas,
Altares que escucháis su juramento,

Velos y rejas densos y cerradas,
Recinto impenetrable del convento;
  Ceñid la hermosa frente de María,
Dadla el pavor que el ánimo avasalla:
Entre su celda solitaria y fría
Y el mundo levantad triple muralla.
  ¿Pensáis acaso helar su pecho ardiente
Con vuestra calma religiosa y grave?
Encadenad el vuelo de la mente,
Cortad sus alas rápidas al ave,
  Negad aroma al campo y giro al viento
Y al joven corazón sueños de amores...
Bien: hallará otro mundo el pensamiento,
El ave se alzará, brotarán flores;
  Y sobre el campo lleno de belleza
Tibias auras armónicas vagando,
El himno de la gran naturaleza
De un mar al otro mar irán cantando.
  ¿Quién es aquella monja solitaria,
De ojos de fuego y pálido semblante,
Que mezcla y equivoca en su plegaria
Los nombres de su Dios y de su amante?
  Ya deshace una flor hoja tras hoja
Y las entrega al aura fugitiva,
Y el tallo luego con su llanto moja,
Doblada la cabeza pensativa;
  Ya se desliza como sombra vana
Por claustro, iglesia y amplios miradores,
Y le suena la voz de la campana
Cual gritos y fantásticos clamores.
  ¡Cuántas veces, María, la alta luna
Desde el sereno azul te vió llorando,

A tí, mujer hermosa cual ninguna,
Entre tu amor y religión luchando!
¡Amor! decía en el jardín el viento
Que desde fuera plácido llegaba;
¡Perjura! extraña voz en el convento
Por las sombrías bóvedas clamaba.
Al fin, calló la voz acusadora:
Sueños, quimeras, ilusión sería...
Y fué de amor la llama arrolladora
Más fuerte, más que tú, ¡pobre María!

II

Era la noche negra y sin rüidos,
Ni una estrella, ni un átomo vibrante,
La tierra, el aire, el cielo están dormidos;
Pero despierta la mujer amante.
Aquella celda cándida y severa
Donde en modesto altar Cristo preside,
Y á sus pies la amarilla calavera
Pavor infunde y oraciones pide;
Ya por última vez oye asombrada
No la maceración, ni el santo ruego,
Sino la voz del alma enamorada,
Su dulce queja y suspirar de fuego.
Palabras y suspiros que semejan
Blando rumor del agua entre corales,
Besos de querubines que se alejan,
Céfiros murmurando entre rosales.
Cuando María, de su amante avara,
Sus entrañas, su amor, su Dios le nombra,

La misma calavera se animara
Y dijera: «mujer, tu amor me asombra».
  Ella peina su corta cabellera
Y ante un espejo de metal sonríe,
Luz ardiente en sus ojos reverbera,
Y en su hermosura y juventud se engríe.
  ¡Pues, qué! ¿No mira esa mujer enfrente
Tu sombra colosal, Mártir del mundo?
¿No te contempla de la cruz pendiente,
Por su amor enclavado y moribundo?
  No; que una imagen con gozoso llanto
Y caricias sin fin besa y adora;
Y esa imagen no es tuya, Cristo santo,
Y no es por tí por quien delira y llora.
  Es por un hombre, cuyo audaz semblante
El pincel reflejó con valentía;
Tan fiero, enamorado y arrogante,
Que con la misma muerte lucharía.
  Y así no teme profanar el templo,
Ni arrebatar las vírgenes sagradas,
Aunque el rayo divino para ejemplo
Le volviese en cenizas calcinadas.
  Vendrá esta noche: contra el viejo muro
La escala el viento moverá callado:
Mañana... ¡oh climas donde el sol más puro
Tan solo frentes libres ha besado!
  ¡Oh campos de amenísimas praderas!
¡Oh grandes bosques verdes y sombríos,
Ciudades con mil torres y palmeras
Que reflejan temblando inmensos ríos!
  ¡Oh pláticas secretas y sabrosas,
Llenas de ardor y llenas de embeleso,

Que en un beso principian cariñosas,
Y acaban, suspirando, en otro beso!
¡María! ¿por qué tiemblas? Demudado
Está tu rostro y sin acción tu planta,
Mientras latiendo el pecho enamorado
Tu blanquísima túnica levanta.
¿Quieres rezar, arrepentirte? Es tarde:
Ya sonó la señal: anda: él te espera:
Ella domina el corazón cobarde
Y baja como sombra la escalera.
Y atraviesa revueltas galerías,
Patios verdosos, pórticos obscuros,
Y siente del jardín las auras frías,
Y aspira con placer olores puros.
Allí, bajo un humilde cobertizo,
Un Cristo colosal sus brazos tiende,
Y un farol vacilante, apagadizo,
Su duro rostro á intérvalos enciende.
Obra de tosco y fervoroso artista,
Sangriento y polvoroso y contraído,
En él se clava con horror la vista,
Y aun se espera escuchar hondo gemido.
—¡Oh mi primer amor, mi amor postrero!
¿Cómo pude vivir sin adorarte,
Sin verte, sin oirte, sin hablarte,
Y sin decirte que por tí me muero?
Así al pasar la pálida María,
En su amante pensando, murmuraba:
Y el Cristo pareció que se movía,
Y el Cristo pareció que la miraba.
Mas ella no lo vió, ni oyó á su amado;
Vió los añosos árboles, el muro,

Oyó la fuente, el viento regalado,
Los mil rumores del convento obscuro...
¡Dios! la escala allí está: y está el amante
A sus pies derribado contra el suelo:
Como el carbón las manos y el semblante
Y los ojos sin luz vueltos al cielo.
Ella entonces lo vió; ni voz, ni llanto:
Como la estatua del dolor callaba:
La corva luna se elevaba en tanto,
Dormía el mundo, el agua murmuraba.
Por fin, dió un grito ante el cadáver frío:
—«¡Oh infeliz entre todas las mujeres!
¡Esposo, amado esposo, esposo mío!»
Y respondióla el Cristo:—«¿Qué me quieres?»

DON RAMÓN RODRIGUEZ CORREA

EL PRO Y EL CONTRA

Si cuando la lluvia cala
Y se tirita de frío,
De un casado amigo mío
Penetro en la tibia sala,
Y oigo un beso mientra espero
Y él me recibe amoscado,
Digo cogiendo el sombrero:
¡Qué bueno es vivir casado!
Pero si el tal no está alli
Y la esposa al presentarse,
Viene á mi lado á sentarse
Y se arrima mucho á mí,
Poniendo si no me espero,
Un rostro desesperado,
Digo cogiendo el sombrero:
¡Qué malo es vivir casado!
Si en un pobre cuarto piso
Dos cónyuges que se adoran
Hacen del cuarto en que moran
Envidiable paraíso,

Y del trabajo la lidia
Termina un beso anhelado,
Exclamo muerto de envidia:
¡Qué bueno es vivir casado!
Mas si un cuarto principal
Habita alguna pareja,
Y el hombre á la mujer deja
Que pague siempre el local,
Y en solitaria desidia
Cada cual duerme en su lado,
Digo sin pizca de envidia:
Qué malo es vivir casado!
Si hasta el borde de una cuna
La pareja se adelanta
Y la esposa fiel levanta
Su frente sin mancha alguna,
Y un par de besos resuena
A un mismo tiempo estampado,
Exclamo lleno de pena:
¡Qué bueno es vivir casado!
Mas si oyendo asegurar
Que el hijo no sale al padre,
Los ojos se ve á la madre
Avergonzada bajar,
Y luego la faz serena
Besar del marido honrado,
Exclamo muerto de pena:
¡Qué malo es vivir casado!
. . . . . .
. . . . . .
Al nacer, puede tener
Gloria ó infierno el que nace;

Después que en la tumba yace
Dirá que tal es nacer.
Según del diablo el veneno
Pruebe, ó de Dios el regalo,
El nacer será muy bueno,
O el nacer será muy malo.
  Lo mismo del matrimonio
Digo que del nacimiento,
Si me caso, en el momento
Podré dar mi testimonio.
Mientras tanto, de contado
Diré temiendo un revés....
¡Caramba! el estar casado
¡Qué bueno y que malo es!

DON AUGUSTO FERRÁN

Los mundos que me rodean
Son los que menos me extrañan:
El que me tiene asombrado
Es el mundo de mi alma.

Pasé por un bosque y dije:
«Aquí está la soledad»,
Y el eco me respondió
Con voz muy ronca: «aquí está.»
Y me respondió «aquí está»
Y sentí como un temblor,
Al ver que la voz salía
De mi propio corazón.

La muerte ya no me espanta;
Tendría más que temer
Si en el cielo me dijeran:
Has de volver á nacer.

Mirando al cielo juraste
No me engañarías nunca,

Y desde entonces el cielo
Solo con verte se anubla.

Las pestañas de tus ojos
Son más negras que la mora,
Y entre pestaña y pestaña
Una estrellita se asoma.

Sé que me vas á matar
En vez de darme la vida;
El morir nada me importa,
Pues te dejo el alma mía.

En lo profundo del mar
Hay un castillo encantado,
En el que no entran mujeres
Para que dure el encanto.

Morir contentos, vosotros
Que tenéis por compañeras
Dos madres que os acarician:
La Humildad y la Pobreza.

DON GUSTAVO ADOLFO BECQUER

No digais que agotado su tesoro,
De asuntos falta, enmudeció la lira:
Podrá no haber poetas; pero siempre
Habrá poesía.
Mientras las ondas de la luz al beso
Palpiten encendidas;
Mientras el Sol las desgarradas nubes
De fuego y oro vista;
Mientras el aire en su regazo lleve
Perfumes y armonías;
Mientras haya en el mundo primavera
¡Habrá poesía!
Mientras la ciencia á descubrir no alcance
Las fuentes de la vida,
Y en el mar ó en cielo haya un abismo
Que al cálculo resista;
Mientras la humanidad siempre avanzando
No sepa á do camina;
Mientras haya un misterio para el hombre,
¡Habrá poesía!
Mientras sintamos que se alegra el alma,
Sin que los labios rían;

Mientras se llore sin que el llanto acuda
A nublar la pupila;
Mientras el corazón y la cabeza
Batallando prosigan;
Mientras haya esperanzas y recuerdos,
¡Habrá poesía!
Mientras haya unos ojos que reflejen
Los ojos que los miran,
Mientras responda el labio suspirando
Al labio que suspira;
Mientras sentirse puedan en un beso
Dos almas confundidas;
Mientras exista una mujer hermosa,
¡Habrá poesía!

———

Espíritu sin nombre,
Indefinible esencia,
Yo vivo con la vida
sin formas de la idea.
Yo nado en el vacío,
Del sol tiemblo en la hoguera,
Palpito entre las sombras
Y floto con las nieblas.
Yo soy el fleco de oro
De la lejana estrella;
Yo soy de la alta luna
La luz tibia y serena.
Yo soy la ardiente nube
Que en el ocaso ondea;

Yo soy del astro errante
La luminosa estela.
  Yo soy nieve en las cumbres,
Soy fuego en las arenas,
Azul onda en los mares,
Y espuma en las riberas.
  En el laud soy nota,
Perfume en las violetas,
Fugaz llama en las tumbas,
Y en las ruinas hiedra.
  Yo atrueno en el torrente,
Y silbo en la centella,
Y ciego en el relámpago,
Y rujo en la tormenta.
  Yo río en los alcores,
Susurro en la alta hierba,
Suspiro en la onda pura,
Y lloro en la hoja seca.
  Yo ondulo entre los átomos
Del humo que se eleva,
Y al cielo lento sube
En espiral inmensa.
  Yo, en los dorados hilos
Que los insectos cuelgan,
Me mezco entre los árboles
En la ardorosa siesta.
  Yo corro tras las ninfas
Que en la corriente fresca
Del cristalino arroyo
Desnudas juguetean.
  Yo en bosque de corales,
Que alfombran blancas perlas,

Persigo en el Oceáno
Las náyades ligeras.
  Yo en las cavernas cóncavas,
Do el sol nunca penetra,
Mezclándome á los gnomos,
Contemplo sus riquezas.
  Yo busco de los siglos
Las ya borradas huellas,
Y sé de esos imperios
De que ni el nombre queda.
  Yo sigo en raudo vértigo
Los mundos que voltean,
Y mi pupila abarca
La creación entera.
  Yo sé de esas regiones
A do un rumor no llega
Y donde informes astros
De vida un soplo esperan.
  Yo soy sobre el abismo
El puente que atraviesa;
Yo soy la ignota escala
Que el cielo une á la tierra.
  Yo soy el invisible
Anillo que sujeta
El mundo de la forma
Al mundo de la idea.
  Yo, en fin, soy ese espíritu,
Desconocida esencia,
Perfume misterioso
De que es vaso el poeta.

Del salón en el ángulo obscuro,
De su dueño tal vez olvidada,
Silenciosa y cubierta de polvo
Veíase el arpa.
¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
Como el pájaro duerme en las ramas,
Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarla!
¡Ay! pensé; ¡cuántas veces el genio
Así duerme en el fondo del alma!,
Y una voz, como Lázaro, espera
Que le diga: «¡Levántate y anda!»

Los invisibles átomos del aire
En derredor palpitan y se inflaman;
El cielo se deshace en rayos de oro;
La tierra se estremece alborozada;
Oigo flotando en olas de armonía
Rumor de besos y batir de alas;
Mis párpados se cierran.... ¿Que sucede?
¡Es el Amor que pasa!

Mi vida es un erial,
Flor que toco se deshoja;
Que en mi camino fatal,
Alguien va sembrando el mal
Para que yo lo recoja.

Como enjambre de abejas irritadas,
De un obscuro rincón de la memoria

Salen á perseguirme los recuerdos
De las pasadas horas.
Yo los quiero ahuyentar. ¡Esfuerzo inútil!
Me rodean, me acosan,
Y unos tras otros á clavarme vienen
El agudo aguijón que el alma encona.

Volverán las obscuras golondrinas
En tu balcón sus nidos á colgar,
Y, otra vez, con el ala á sus cristales
Jugando llamarán.
Pero aquellas que el vuelo refrenaban
Tu hermosura y mi dicha á contemplar,
Aquellas que aprendieron nuestros nombres...
Esas... ¡no volverán!
Volverán las tupidas madreselvas
De tu jardín las tapias á escalar,
Y otra vez á la tarde, aun más hermosas,
Sus flores se abrirán;
Pero aquellas cuajadas de rocío,
Cuyas gotas mirábamos temblar
Y caer, como lágrimas del día....
Esas.... ¡no volverán!
Volverán del amor en tus oídos
Las palabras ardientes á sonar;
Tu corazón de su profundo sueño
Tal vez despertará;
Pero mudo y absorto y de rodillas,
Como se adora á Dios ante su altar,
Como yo te he querido... desengáñate,
¡Así no te querrán!

ADVERTENCIAS

ADVERTENCIAS

Apenas habrá motivo ó fundamento de censura que no vea yo cada vez con mayor claridad, según voy adelantando en la formación de este FLORILEGIO. Sus defectos son evidentes. Los que me parecen irremediables, al menos por mí, tal vez se atenúen y consigan perdón ó indulgencia cuando yo los explique. A los que yo creo que tienen remedio, procuraré dársele en las notas biográficas y críticas que serán el contenido del tomo V de esta obra.

Alguien dirá que quiero yo rebajar la justa fama y la elevación de nuestros más egregios poetas, poniendo al lado y al nivel de sus obras las de otros poetas olvidados hoy ó que tal vez no salieron nunca de una oscuridad relativa.

Zorrilla, es sin duda el más popular, el más glorioso de cuantos poetas me prestan

obras suyas, para componer este tomo III, y Zorrilla sin embargo, ni por la cantidad ni por la cualidad se levanta y sobresale entre los demás poetas que van en dicho tomo. Yo, sin embargo, no podía hacer las cosas de otra manera. Aunque en todas las obras de Zorrilla resplandece la marca de su originalidad genial y de su espontánea y maravillosa fantasía, más se advierte esto en lo dramático y en lo épico que en lo meramente lírico. De lo épico nada completo cabía en mi FLORILEGIO, á causa de su grande extensión. Nada cabía tampoco de lo dramático porque yo solo colecciono composiciones líricas ó breves narraciones. De aquí que Zorrilla pueda aparecer, menor de lo que es, si sólo se atiende á los versos coleccionados y si no se recuerda lo que digo en la *Introducción* y si no se tiene en cuenta lo que he de decir más adelante en las notas del tomo V.

Peor tratados quedan y más quejosos pudieran estar de mí otros notabilísimos poetas de cuya inspiración presento pocas muestras ó no presento ninguna, por lo mismo que la brillante gloria que tienen como dramaturgos anubla, cuando no eclipsa y oscurece del todo, el mérito que tienen ó que pudieron adquirir como líricos. Así

Don Juan Eugenio Harzenbusch, Don Antonio García Gutiérrez y el fecundísimo y ameno Don Manuel Bretón de los Herreros de quienes pongo muy pocas composiciones; y así, en mayor grado aún, porque nada pongo de ellos, Don Manuel Tamayo y Baus, Don Eugenio Sellés y Don José Echegaray.

En este tomo III, incluyo en cambio no pocas poesías de vates, ó ya casi olvidados ó que nunca obtuvieron gran notoriedad, favor y atención del público, aunque á mi ver no por culpa de ellos, sino por mala ventura, por la poca afición que hay á los versos, por la estupenda y viciosa abundancia con que se producen y por extravío ó mengua de la facultad estética que se llama buen gusto, algo pervertido con frecuencia entre nosotros. De estos poetas, olvidados ya ó nunca conocidos y estimados, incluyo en este tomo composiciones de Don Juan Floran, Marqués de Tabuérniga, Don Baltasar Lirola, canónigo del Sacro Monte de Granada, Don Fernando de la Vera é Isla, diplomático muy estimable, Don José García tan elegante, inspirado y castizo como modesto, y Don Fernando Velarde, cuyo poderoso estro no puede menos de admirarnos á pesar de la exuberancia y del desorden

que le perjudican y cuyas peregrinaciones por la América que fué española le hacen semejante á Don José Joaquín de Mora, influyendo como éste en la cultura de aquellas nuevas y remotas naciones. Para ponderar el olvido, el desdén ó la carencia de noticias que ocultan hasta hoy el valer de los mencionados poetas, baste decir que ni siquiera mienta á ninguno de ellos, salvo á Don Fernando de la Vera y á Don Fernando Velarde, un sujeto tan diligente en sus informaciones como el Padre Blanco García, y tan esmerado y cuidadoso de no dejar fuera de su cuadro figura alguna de importancia.

Harto reconozco yo que pecan por dos opuestos extremos, algunos de los poetas, de quienes en este FLORILEGIO hay ya composiciones insertas. El mérito de dichas composiciones se menoscaba así y se deslustra no poco; pero, á pesar de todo, tales composiciones no pueden ni deben relegarse al olvido nunca, y mucho menos en el día en que la corriente del tiempo á fuerza de pasar sobre ellas no ha logrado arrastrarlas muy lejos, arrancándolas de la memoria reciente de admiradores entusiastas. Uno de los dos opuestos extremos censurable es la escasez de inspiración y de energía poéti-

cas, disimuladas ya que no compensadas por el estudio, por la crítica juiciosa y por la corrección y el primor del estilo. Conviene que versos de esta condición, persistan y se estudien, ya que mejor y con menos peligro que los muy inspirados pueden y deben servir de modelo á la juventud estudiosa, ó á fin de componerlos sin desatinar, ó á fin de comprender y de reprobar los disparates y extravagancias de poetas verdaderamente inspirados en ocasiones pero descarriados por la caótica confusión de sus ideas y por una audaz ignorancia.

Ningún arte requiere menos aprendizaje, menos preparación y especiales estudios que el de la poesía. Mucho hay que estudiar y mucho en que ejercitarse antes de ser músico, pintor, escultor ó arquitecto. Para ser poeta basta saber la lengua en que se poetiza, lengua que previamente se supone sabida y empleada en otros mil menesteres. En cuanto á la forma pues, nadie para ser poeta se considera desapercibido. Y en cuanto al fondo, bien puede el númen infundirle, sin que el vate tenga que calentarse la cabeza. Ocurre además, y yo confieso que no muy raras veces, que lo infundido por el númen, casi sin que el poeta en quien el númen lo infunde lo comprenda y

lo ilustre con la reflexión crítica, aparezca en sus versos con mayor espontaneidad y lozanía que lo reflexionado y premeditado, y adquiera visos y vislumbres, por lo mismo que su mortal autor es inconsciente, de una cooperación sobrenatural ó semidivina.

En España, donde todavía se estudia poco, donde la educación primaria suele estar muy descuidada y donde particularmente durante la fuga revolucionaria del romanticismo se hacía gala de no estudiar para que el Pegaso sin la pesada carga y sin el freno de los estudios volase más ligero, tal mezcla de admirables aciertos y de feos errores, de luminosos rasgos y de lunares obscuros se nota más que en otros países. Y esto, no sólo por el descuido en la educación literaria, sino también, y perdóneseme la vanidad patriótica, por la nativa aptitud y por la extraordinaria agudeza de ingenio de que los españoles suelen estar dotados.

Válgame lo expuesto de disculpa, contra los que me acusen de que hay en algunas composiciones poéticas de las que incluyo en mi *Florilegio,* faltas de toda clase, ora confusión, ora desorden ó carencia de plan, ora algo que un juez severo podría calificar de desatino. Pero, en los poetas que en ta-

les pecados incurren, pecados que yo no señalaré porque el discreto lector los descubrirá sin que yo los señale, resplandecen tan altas dotes y hay tantas bellezas, que nos impulsan á echarles nuestra absolución y á darles nuestro aplauso. Incluyamos sus obras en el número de aquellas á que alude el maestro de los Pisones cuando dice:

Ubi plura nitent in carmine non ego pausis
Offendar maculis.....

De desear sería, sin embargo, que no hubiese manchas; pero aunque las manchas no sean pocas y hagan que entren con dificultad en la citada sentencia latina las composiciones en que se hallan, todavía es lícito y hasta plausible que en esta colección las insertemos, porque no insertamos sólo aquello que puede y debe servir de dechado, sino también aquello que logró ser admirado en su día ó que lo es aún, aunque no por completo lo merezca. Para mayor severidad que la mía ó se requiere menos blando carácter ó que pase mucho tiempo sobre el que ya ha pasado.

Con el entusiasmo poético que produjo en España el romanticismo, adquirió también nuestra literatura, en cierta clase ó género, joyas de más alto valor que nunca.

Me refiero á la poesía lírica escrita por mujeres. Si prescindimos de Santa Teresa, cuya religiosa inspiración hasta en verso la encumbra sobre las demás, nunca habíamos tenido tan inspiradas, elegantes y originales poetisas como Doña Caroliña Coronado y Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda. Ambas descuellan por su indisputable mérito, sin que atine yo á declarar cuál de las dos merece ser preferida. Creo á la Avellaneda más diestra, más docta, dirigiendo mejor en sus composiciones el vuelo de la fantasia por el reflexivo criterio y templando mejor también el fuego de la pasión con el magisterio del arte; pero en cambio es la Coronado más sincera, más espontánea, más original á veces y siempre más mujer, ó sea menos parecida en cuanto escribe á los hombres poetas, representando en suma más distinta y exclusivamente el *eterno femenino*.

Conviene notar aquí que yo excluyo de esta colección, por regla general, á los poetas hispano-americanos. Parte es cuanto han escrito de la literatura española. La ruptura del lazo político que nos unía no basta á romper los más firmes y persistentes lazos del idioma y de la casta ó de la sangre. Mientras nuestra casta no se hunda, mien-

tras la inmigración no la ahogue ó la desvanezca, las letras y toda cultura, desde Tejas y California hasta el Estrecho de Magallanes, seguirán siendo una prolongación de las letras y de la cultura de España: serán acaso ramo más frondoso, más florido, más abundante en frutos que el árbol mismo, pero conservarán indeleble el sello y carácter del tronco en que se sustentan y del que no acabarán de desprenderse por completo.

A pesar de lo dicho, no he de negar yo que algo de exclusivo y de muy singularmente propio, hay ó debe de haber en lo hispano-americano que de lo español peninsular lo distinga. Por esto no he querido incluir ni he incluído en mi colección poesías castellanas de americanos, salvo las de algunos pocos que por adopción y por su larga permanencia entre nosotros pueden considerarse como si hubieran en España nacido. Tales son la mencionada doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, D. Rafael María Baralt y D. José Heriberto García de Quevedo. No hablo de otros, por ser más evidente aun la razón de que aquí se incluyan. D. Ventura de la Vega, D. Juan de la Pezuela y D. Antonio Ros de Olano, por ejemplo, sólo son americanos por accidente;

porque nacieron en nuestras antiguas colonias del otro lado del Atlántico pero de quien allí servía al gobierno de la madre patria.

Fuera de las mencionadas raras excepciones no he contado yo con los poetas hispano-americanos para formar la presente colección. Una bastante completa, aunque limitada á los poetas que ya murieron ha formado con el saber y con el exquisito buen gusto que siempre le distingue don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Esta colección, que lleva por título *Antología de poetas hispano-americanos*, fué publicada por orden de la Real Academia Española, para celebrar, en el año de 1892, el cuarto centenario del descubrimiento de América. La composición y el orden de la *Antología* fueron encomendados al ya mencionado D. Marcelino, y la obra en cuatro volúmenes en 4.° de cerca de 500 páginas cada uno, apareció sucesivamente en los años de 1893, 1894 y 1895.

No contiene solo esta obra versos de los más importantes entre los muchos poetas que ha habido en la América española sino también extensas, eruditas y muy discretas disertaciones sobre la historia literaria de cada una de las Repúblicas en que la América española se divide en el día.

La fecundidad poética no ha sido menor que en la madre patria en aquellas regiones trasatlánticas durante el siglo XIX.

A la citada *Antología* me remito, recomendándola encarecidamente á cuantos aspiren á completar el conocimiento de la poesía castellana en el siglo pasado. Así justifico además la omisión en mi *Florilegio* de las composiciones de no pocos poetas, muy notables algunos de ellos y que nacieron y florecieron cuando todavía su suelo natal estaba bajo el dominio de España. Así por ejemplo en Cuba, D. José María Heredia y D. Juan Clemente Zenea; en Méjico, don Manuel Eduardo de Gorostiza; en Venezuela, D. Andrés Bello; en el Ecuador, don José Joaquín Olmedo; en Colombia D. José Eusebio Caro y D. Julio Arboleda; y en el Perú, D. Felipe Pardo y Aliaga.

Multitud de poetas de no escaso mérito, han brillado además, después de hallarse su patria en plena independencia de la metrópoli, cuyos versos entran en el tesoro de la ya mencionada y rica *Antología;* pero mayor acaso y de igual ó de superior valer es el número de poetas hispano americanos, no incluídos en la *Antología* del Sr. Menéndez por estar aun en vida. Así v. gr. don Rafael Obligado y D. Calixto Oyuela, en

la República Argentina; D. Juan Zorrilla de San Martín, en el Uruguay; en el Perú, D. Ricardo Palma, y en Colombia, D. Miguel Antonio Caro, D. Rafael Núñez, don Rafael Pombo, D. Jorge Isaacs, D. Antonio José Restrepo y D. Antonio Gómez Restrepo, el cual vivió algunos años entre nosotros, como Secretario de la Legación de su República, dejándonos mil amistosos recuerdos, y un tomo de preciosas poesías, publicado en 1893.

Como se vé la vena poética hispano-americana, ha sido durante el siglo XIX, no menos abundante que la peninsular española. Para formar cabal y debido concepto de tanta riqueza, sin acudir á los libros que contienen separadamente las poesías de cada singular poeta, convendría leer algunas *antologías* ó *parnasos* que en América se han publicado, como el *Colombiano* de 1886, impreso en Bogotá. Si esto no bastase se podría acudir, sobre el estudio de la *Antología* del Sr. Menéndez, al estudio de aquella parte de *La literatura Española en el Siglo XIX*, dedicada por el Padre Blanco García á la poesía hispano-americana.

De todos modos, y aunque poco de esto nos incumba exponer aquí, importa tener presente el florecimiento de la lengua de

Castilla en América y los vínculos de fraternidad que por su medio se conservan y aun pueden y deben estrecharse más entre los americanos y los españoles de Europa.

Signo es de la vitalidad y pujanza de una raza que su idioma persista, que se extienda por muchas regiones, y que sea hablado ó escrito por muchos millones de hombres. Así el inglés con el que debe emular el castellano. Independientes son ya del Imperio británico muy populosas colonias. Otras, muy florecientes y ricas también, como el Canadá y la Australia, gozan ya de amplia autonomía; pero todas siguen rindiendo vasallaje y se complacen en no sacudir el yugo de aquellos gloriosos soberanos de la idea y de la palabra que las mantienen unidas con tan dulces como firmes cadenas.

El dominio de Shakespeare y de su brillante comitiva sin duda durará siglos. Lo que Júpiter prometió á Venus, en favor de los romanos, Apolo, en consideración á grandes poetas y escritores, lo prometerá también á los ingleses. ¿Por qué, pues, no hemos de esperar los españoles igual promesa é igual decreto del Numen? ¿Valen menos Cervantes, Lope, Tirso, Calderón, ambos Luises y tantos otros que por los es-

pañoles interceden? ¿No merecen que por ellos diga también el dios de Delos

His ego nec metas rerum nec témpora pono:
Imperium sine fine dedi. . . . . ?

Digo lo que antecede para contrarrestar hasta donde llegue á mi alcance, la extraña manía que ha invadido últimamente algunos pueblos hispano-americanos de inventar ó de adoptar idiomas nuevos. Por fortuna, aunque modestamente confesemos nuestra decadencia política, no veo yo, ni confieso, la menor decadencia en la esfera del pensamiento, ni hay por ello razón, ni causa para que nadie despida á su ministro el lenguaje ó contra él se rebele. Hermosas muestras de su poder sigue dando en España y yo me lisonjeo de que este *Florilegio* lo prueba. Y en esa misma América, donde algunos díscolos y extraviados personajes se empeñan en despedirle, no ha dejado de dar, en el último siglo, muestras de su vitalidad y de su vigor, no menos abundantes y hermosas.

Sin salirnos de nuestro asunto y limitándonos á los poetas, no lleva trazas de perderse nuestro idioma, ni en la América Central, donde han escrito Batres é Irisarri y de donde es Rubén Darío; ni en Ve-

nezuela que, además de Bello, Baralt García de Quevedo, puede jactarse de Gómez Calcaño, de Pérez Bonalde y de Miguel Sánchez Pesquera: ni en el Ecuador, donde el estro de Olmedo vive y agita después á Juan León Mera y á Numa Pompilio Llona; ni en la misma República Argentina, la más cosmopolita de todas y donde es más crecida la irrupción de los emigrantes, y donde, sin embargo, hubo y hay poetas, á más de los ya citados, tan eminentes y tan castellanos por la forma y por la palabra, como José Marmol y Olegario Víctor Andrade.

Nos asegura por último la duración de nuestro sér castizo y de nuestro lenguaje en América, el auge y la prosperidad de la República Mejicana donde tanto abundan los buenos escritores, así en prosa como en verso. Bien lo manifiesta la preciosa *Biblioteca* que Don Victoriano Agüeros está publicando en Méjico, á imitación de la que de autores castellanos publica en Madrid Don Mariano Catalina. En Méjico la vida intelectual sigue siendo vigorosa y fecunda. Concretándonos á los poetas, nos complacemos en citar á Don José Joaquín Pesado, á Don Manuel Carpio, á Don José Peón y Contreras, á Don José M. Roa Bársena, á

Don Ignacio M. Altamirano, á Don Vicente Riva Palacio, á Don Alejandro Arango y Escandón, á Don Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares y á Don Francisco A. de Icaza.

A pesar de tan caudalosa corriente de poesía castellana, que brota y se extiende por el Nuevo Mundo, ni se agotan los veneros de la península ni van menos pobres sus ríos como yo me lisonjeo que en el presente volumen se nota. Ni en apariencia los empobrece el reciente divorcio de algunos claros ingenios de Cataluña, entre los cuales descuella el admirable vate épico y lírico Mosén Jacinto Verdaguer, cuya muerte lamentamos en estos días.

No quiero discurrir aquí sobre lo que por exuberancia de savia ha de considerarse lisonjero y sobre lo que por implicar cierto desvío puede mirarse como ominoso, en el rico renacimiento de la lengua literaria de Cataluña. Contentémonos con afirmar que los que escriben en catalán siguen siendo españoles, y son, si escriben bien, gloria de España, y que muchos de los más excelentes prosistas y poetas catalanes, escriben aun en castellano á pesar del mencionado renacimiento. Así Don Jaime Balmes, Don Víctor Balaguer, y Cabanyes y Arolas y Coll

y Vehí y el egregio y simpático poeta mallorquín Miguel Costa, con algunas de cuyas hermosísimas composiciones enriqueceremos el tomo IV de este *Florilegio.*

Quiera Dios que lo contenido en este tomo III, que empieza en Zorrilla y termina en Becquer, dé al público la misma alta idea que tengo yo de la originalidad y hermosura de la poesía castellana contemporánea.

FIN DEL TOMO III

ÍNDICE

Págs.

Don José Zorrilla:
La noche de invierno 5
Oriental 10
«De la Noche inquieta». El silencio y la obscuridad . 13
La margen del arroyo..... 21
Del «Libro de las perlas» del poema Granada 23
Don Juan Eugenio Harzenbusch:
El Alcalde Ronquillo y el Obispo Acuña..... 31
La hermana de la caridad en la guerra de Africa.... 36
Antón Berrio... 38
En la corona poética del Sr. Don Alberto de Lista... 43
Don Juan Florán (Marqués de Tabuérniga):
La despedida..... 44
Soneto..... 46
Don Baltasar Lirola:
Sierra Nevada..... 47
Don Antonio María Segovia:
La profesión de Fe política..... 58
Carta de un flaco..... 62
Don Fermín de la Puente y Apecechea:
La Corona de Flora..... 66
Don Enrique Gil:
Una gota de rocío..... 71
Don Gernando de la Vera é Isla:
En la tumba de Don Enrique Gil 75
La fuente..... 76
Don Antonio García Gutiérrez:
La dádiva del poeta..... 81

Págs.

La noche de verano..... 82

Don Gregorio Romero Larrañaga:

El de la cruz colorada..... 84

Don José Amador de los Ríos:

Recuerdos de Baena..... 89

A Don Jacobo M.ª de Parga, con motivo de un viaje que hizo éste á Salamanca..... 92

Don Antonio de Trueba:

La niña de ojos azules..... 98

La perejilera..... 104

La serrana..... 104

A la luz de las estrellas..... 106

Doña Carolina Coronado:

El Amor de los Amores..... 109

A mi hija María Carolina..... 116

A un poeta del porvenir..... 120

Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda:

A El..... 125

Amor y orgullo..... 128

La Cruz..... 134

Don Rafael M. Baralt:

A Cristóbal Colón..... 139

Don José Heriberto García de Quevedo:

A Italia..... 148

A Pío IX..... 152

Don José Selgas:

El laurel..... 157

La cuna vacía..... 158

La soledad..... 158

La felicidad..... 160

La infancia..... 162

La lluvia..... 163

Don Antonio Arnao:

Fray Luis de León..... 166

Quintana..... 166

A Murcia..... 167

La gloria humana..... 168

Lo invencible..... 168

Vida universal..... 169

Págs.

El mejor emblema 169

Don Pedro A. de Alarcón:

El Mont-Blanc..... 170

El secreto..... 172

Sueños de sueños 174

Ayer y hoy..... 179

Don Eulogio Florentino Sanz:

Epístola á Pedro..... 182

Don Carlos Rubio:

A unas aves..... 189

Don Antonio Aparisi y Guijarro:

A la victoria de las Navas..... 195

Don Manuel de la Revilla:

El Dios Pan..... 201

Mefistófeles 203

A la Naturaleza 204

El tren eterno 205

Don Ventura Ruiz de Aguilera:

El canto de la espiga..... 206

Balada de Iberia..... 210

Don Antonio Hurtado:

La Maya..... 215

Don Joaquín José Cervino:

Introducción al poema titulado «La virgen de los Dolores»..... 241

Don José García:

Mi dicha..... 247

Don Gumersindo Laverde Ruiz:

Paz y misterio..... 251

Don Enrique R. Saavedra (Duque de Rivas):

El canto de la sirena..... 253

Contemplación nocturna desde una altura de los Alpes. 256

Dos ángeles..... 258

A la muerte del insigne poeta Don Gabriel Tassara.. 267

Don Luis A. Ramírez Martínez Güertero (Larmig):

La hija de Jairo 269

Don Manuel Cañete:

El árbol seco..... 280

Págs.

Don José Coll y Vehí:
La belleza ideal..... 284
Don José Martínez Monroy:
A la Virgen..... 289
Don Bernardo López García:
La fe y la razón..... 293
Don Fernando Velarde:
¡Adiós!..... 303
De noche en las playas de Chile..... 306
Don Casimiro del Collado:
Liendo ó el valle paterno..... 313
Don Nicanor Zuricalday:
Fragmento del poema titulado «La Lección de música». 319
De la leyenda histórica titulada «La Quincena de Don Pedro». La muerte del Infante..... 322
La ferrería..... 325
Don José María Bartrina:
Arabescos y composiciones íntimas..... 330
«De omni re scibibi»..... 332
¡Ecce Homo!..... 334
La última cuerda..... 336
Don Narciso Campillo:
Al verano..... 338
La Monja..... 344
Don Ramón Rodríguez Correa:
El pro y el contra..... 350
Don Augusto Ferrán:
Cantares..... 353
Don Gustavo Adolfo Becquer:
Rimas..... 355
Advertencias..... 363

PB.C.
V162f

Author Valera, Juan

Title Florilegio de poesias castellanas del siglo XIX
Vol. 2

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU